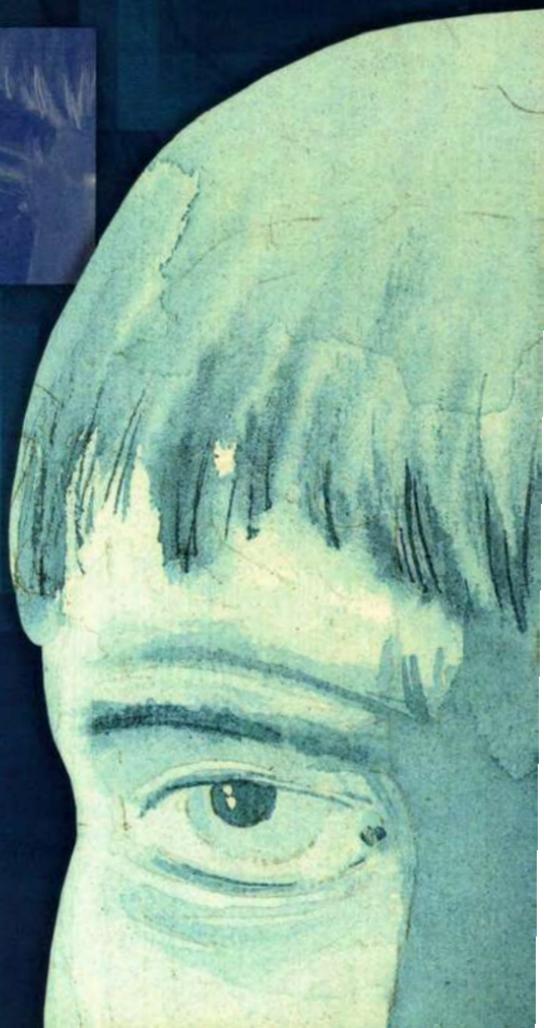
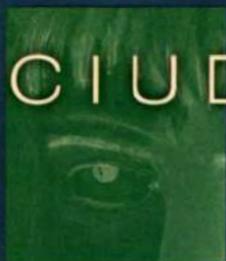


Concurso de cuentos

CIUDAD DE ELDA



RELATOS

GANADORES

1991 • 2000

Concurso de
cuentos
CIUDAD DE ELDA

ELDA, DICIEMBRE DE 2000

SECCIÓN DE PUBLICACIONES DEL AYUNTAMIENTO DE ELDA
CONCEJALÍA DE CULTURA

DISEÑO DE PORTADA:

Estudio DAC sobre un dibujo de Miguel Ángel Guill

ILUSTRACIONES INTERIORES:

Carlos Carvalho, Vicente Beltrá, Miguel Ángel Guill, Yolanda Pérez, Alejandro Torres, Davia, Ramón López Verdú, Salvador Lázaro y Stasys Eldrigeivicius.

COORDINACIÓN DE LA EDICIÓN:

EMIDESA. Empresa Municipal de Información, S.A. Jardín de la Música, s/n 03600 ELDA

DISEÑO Y PREIMPRESIÓN:

Estudio DAC

IMPRESIÓN:

Gráficas Vidal Leuka

Depósito Legal: A - 856 - 2000

PRESENTACIÓN

HAN pasado dieciséis años y sigue en pie aquello que un día de diciembre de 1984 dio en llamarse Concurso de Cuentos «Príncipe de Asturias, 40» (la dirección postal de la Casa de Cultura de Elda) y que más tarde, después de seis ediciones, para evitar posibles problemas institucionales con la Casa

Real pasó a denominarse Concurso de Cuentos «Ciudad de Elda».

El certamen no sólo ha sobrevivido —casi está a punto de obtener la mayoría de edad—, sino que ha ido desarrollándose cualitativamente. Dejó de convocarse un premio específicamente local, cambiándolo por dos accésits en 1990, cuando el premio local quedó desierto (actualmente sólo se concede un accésit). Y el premio absoluto, que en principio estaba circunscrito al ámbito autonómico, luego al nacional, hasta que finalmente adquirió la categoría de internacional, lo hizo siempre con la puntualización en sus bases de «relatos escritos en castellano», lo cual implica que hayan sido muchos los autores latinoamericanos que han participado en el concurso, sobre todo desde las bases se difunden a través de Internet. Esa circunstancia ha influido poderosamente para que en la última edición se haya batido el récord de participación con 780 cuentos presentados a concurso, de los que un 20% procedían del extranjero.

No obstante, el espíritu del concurso ha permanecido indeleble a través de todos estos años. No es otro que «el descubrimiento y la difusión de buenos narradores», no sólo de nuestro país, sino allende las fronteras. Y tal como sucedió en 1990, cuando se realizó una publicación con la docena de relatos que habían ganado en las seis primeras ediciones habidas, ahora, en el último año de este milenio a punto de extinguirse, el Ayuntamiento de Elda, a través de la Concejalía de Cultura, la organizadora del certamen, ha decidido publicar otro volumen, que comprende un total de 20 cuentos, los que han sido galardonados en las últimas diez ediciones, desde 1991 hasta este año 2000. Cuentos que por sí mismo justifican la publicación de este libro. En él, el lector hallará relatos interesantes, atrayentes, con gran sentido del ritmo narrativo y que giran mayoritariamente en torno a los dos grandes temas literarios de la historia de la Humanidad: el amor y la muerte.

Quisiéramos agradecer desde estas líneas, tanto al comité de preselección como a los diferentes jurados constituidos, su buen hacer a lo largo de todos estos años y, por supuesto, al Concurso de Cuentos «Ciudad de Elda» augurarle que siga manteniendo el magnífico nivel que ha tenido hasta el momento. Que dure. ■ **Consuelo Poveda Poveda**

ÍNDICE

EL HIJO DE PEDRO JUÁREZ	7
TRAJE DE NOVIA SIN ESTRENAR	15
EL PUENTE	25
EL TEMOR	35
LA TEORÍA DE LOS CONJUNTOS SEGÚN NOÉ	43
UN ERROR GASTRONÓMICO	55
LA PIEDRA	65
LAS NOCHES GALANTES	75
LA MIRADA DE OTRO	89
LA HUIDA A EGIPTO	103
DORITA MAYALDE, COCINERA	119
EN ALGÚN LUGAR DE SU MEMORIA	129
EL MUERTO ROBADO	143
GLORIA	157
EL ÉXITO DEL TIGRE	171
EL EXCESO	181
LA CITA	191
LA ESCALERA DE JACOB	203
LA VIDA EN LOS ARMARIOS	215
EL MUDO SIN NOMBRE	229

7ª EDICIÓN — 1991



EL HIJO DE PEDRO JUÁREZ

de **José Antonio Panero**
(GANADOR) • DE ELDA

SIN ofender a la Providencia, no podría decir yo que viviésemos mal. No, señor. Antes de que ocurriese lo de la Rosita, re bien vivíamos, para lo que penamos más tarde. Plata, lo que se dice plata, nomás la justa para no tener que andar por ahí limosneando, pero hambre no pasábamos. Tampoco es que a ninguno se nos juntaran las mantecas de gordos, pero un cuenco de fríjoles con chile o una ensalada de guacamol nunca faltó a la mesa. Ni el pan bendito tampoco, no señor. La verdad donde sea y por delante.

Mi papá trabajaba para don Trinidad Sarmiento, que tenía un beneficio que alcanzaba más allá de donde le alcanzan a uno los ojos. Seguro que de Tehuantepec a Santasmartas no había otra ranchería como la del patrón. Se te cansaba la mirada de tanta pastura verde y tanta milpa roja. Mi papá pastoreaba vacas cachudas en los zacatales de don Trinidad. Pastoreaba vacas y talaba ojotes en la sierra, según se terciase el comendamiento. Eso hacía. Y a fe que con las cuatro chachalacas que andaban siempre picoteando por el corral y el guajalote que cebábamos para la Natividad del Señor, teníamos nuestra paz y nuestro tantito de alegría en la vida. Mi papá, mi mamá, la Rosita y yo.

Me acuerdo que, con la fresca, de atardecida ya, sorbíamos tan ricamente nuestra agüita de limón, puesta a refriar en el pozo, y platicábamos los cuatro hasta que la tarde le daba carrera al sol para detrás de los montes. A mí se me ponía una cosa muy grande aquí, mero en medio del pecho, como si me faltase sitio para el corazón. Nomás de puro gozamiento. Desde el corral oíamos el arrullo de los palomos buchones arriba del tejado. Parecía cosa de magia: era principiar los palomos a arrullarse y empezar a renegrar el cielo. Mi papá decía que el arrullo de los buchones era el reclamo de las sombras. Y debía de ser verdad. Bajaba por las paredes de cal una noche mantecosa y dulzona que lo llenaba todo. Cuando nos tumbábamos a descansar, a mí me agarraba enseguida un sueño de piedra y me dormía de repente, como los propios ángeles.

Y luego, de mañanita, daba gloria ver aquel pedazo de hombre que era mi papá antes de la desgracia, cargando machete al cinto y echando a andar sendero adelante, con aquel paso suyo de hombre entero, capaz de darle la vuelta al mundo ni tan siquiera pararse a atacar las correas de los huaraches.

Mi mamá se quedaba entre su tabla de lavar y sus cacharros, y mi hermana Rosita y yo largábamos camino para la Casa Grande. La Rosita bordaba mantelerías para doña Virtudes, la mujer del patrón, y yo me iba con el peonaje, a las órdenes de don Porfirio, el caporal, para ponerle fierros a la yeguada y limpiar los establos.

Así vivíamos los de nuestra familia antes de la desgracia.

Ahorita que lo pienso, ni sé cómo empezó a torcérsenos la vida. Aunque si hago memoria, se me antoja que debió de ser allá por la Trinidad, por la fiesta del patrón. Eso fue, por la onomástica del patrón, recién cuando la Rosita acababa de ajustar los quince años. Volvíamos a casa de regreso de la fiesta. Caminábamos por la linde de los maizales, yo delante, la Rosita detrás. El airecillo de la noche esparcía los perfumes de la parranda en todas direcciones: olía a pulque, a cerveza, a venado asado, a pastel de melcocha... Entre las explosiones de los cohetes, escuchábamos todavía la gritería de los vaquerizos y la música de las guitarras. Me acuerdo que dije: «Estuvo linda la fiesta, ¿eh, hermanita? ¿Dónde te metiste, que no te vi en toda la tarde?». Pero la Rosita no contestó. Siguió andando detrás de mí, en silencio. «¿Sabes que le di una probadura al tepache que me dejó medio mareado?», le dije, por darle conversación, pero ella tampoco contestó nada. «¡Pues qué!, ¿te ha comido la lengua el gato?». Y otra vez se calló. Entonces me voltee y la miré a los ojos, pero no se los vi. La luz de la luna le daba mero en medio de su pelo negrísimo y le sacaba relumbres azulones. Traía la cabeza gacha y la cara llena de chorreaduras, como de haber llorado. Me asustó. «¿Qué te ocurre, Rosita?», le pregunté. Ella entonces escondió un poco la cara detrás de unas cañas y sólo dijo: «Nada. Ya cállate, y camina». Eso dijo. Yo obedecí y me arranqué de nuevo a caminar. No vol-

vimos a cruzar palabra hasta llegar a casa. Antes de entrar, se limpió los chorretones de las lágrimas con agua del pozo. Papá y mamá dormían. Nos desnudamos a oscuras, en silencio, cada uno en nuestro rincón. Me acuerdo que aún le dije: «Buenas noches, Rosita», para que se me deshebrara aquel nudo que se me había puesto en la garganta. Y ella me respondió: «Buenas noches», bajito. Después oí que se tapirujaba bajo la cobija y me volteaba la espalda. Lo sé porque reconocí el ruido de las rodillas de ella contra la pared.

Sí, ahorita que lo pienso, aquella fue la noche que principió la ruina de nuestra casa.

Después de la fiesta del patrón, la Rosita anduvo como dos meses cabzcaída, dueña de unos silencios que ni mi papá ni mi mamá entendían. Yo hacía como que no, pero un miedo sin nombre me aflojaba los huesos y no abría mi boca cuando se hablaba del asunto. A mi hermana la procuraba poco, no por falta de cariño, sino por no tropezarme con todos sus ojos tristes, que querían estar solos. Mi mamá, de primeras, la estuvo jaropeando unos días con cocimientos de gordolobo con azúcar y hojas de té, porque creía que había pillado la tisis blanca. Y mi papá le hablaba y la acariciaba, «¿Qué te ocurre, mi niña», le decía, pero ella ni respuesta le daba. Entonces fue cuando llamaron al doctor.

De lo que vino después, mejor casi no cuento. Allí empezó de a veras a torcérsenos la vida.

Sólo se me representan en la memoria las voces atronadoras de mi papá y el llanto de mi mamá, quedo quedo, de la mañana a la noche, día tras día, y la apuración y el silencio de mi hermana Rosita. Y mi miedo. Y unas ganas muy grandes de morirme.

Lo que más encorajinaba a mi papá era no saber quién le había hecho el hijo a la Rosita. Se dio al mezcal y al chilote para que no le reventara el corazón. Ya no le interesaban ni zacatales ni talas ni nada de nada. Apenas le amanecía, se agarraba a su botella y se olvidaba del mundo. Don Trinidad probó a averiguarse con él, pero mi papá ni caso le hizo. Mi papá sólo quería descubrir al culpable, para madrugarlo. Pero no sabía por dón-

de empezar. Por eso tomaba. Empezamos a pasar hambre. Vendimos lo mejorcito del mueblaje para poder comer. Días hubo que nomás puros ejotes nos llevamos al estómago. A veces mi papá regresaba a casa en la alta noche, bebido hasta las cejas. Entraba a trompicones por el corral y alborotaba a manguzadas a las chachalacas que dormían en sus palos. Después iba derecho al petate de mi hermana Rosita y la levantaba en vilo por el aire, con todo y su hijo adentro.

—A ver, mi niña, ahorita me lo vas a decir quién te lo hizo—. Y la zangoloteaba como si fuera de trapo.

La Rosita lloraba y repetía lo que había venido diciendo desde que el doctor le certificó la preñez:

—Uno de los caballistas que estaban en la fiesta.

—¿Cuáles caballistas? ¿De dónde eran?

—¿Y que yo lo sé, papá? Nunca los había visto.

Mi mamá corría y se colgaba del brazo de mi papá, suplicante.

—Ya suéltala, por Dios, ¿no ves que la niña no lo sabe? ¡Un día me la vas a matar! ¡Por poco y me la ahogas, Dios mío!

Mi papá entonces la bajaba despacio, suavcito, como si la Rosita fuera de porcelana, la echaba de nuevo en el petate y la acariciaba, rojos los ojos de lágrimas y pulque.

—Perdóname, mi hijita.

Después se retiraba a un rincón de la pieza y allí se desentripaba escupitajeando flemas en el pañuelo, hasta tantito la nublazón del alcohol no le atarantaba completamente la cabeza y se dormía.

En estas miserias anduvimos varios meses. El hijo de la Rosita ya casi no le cabía en el vientre, de grande.

Un día llegó a la ranchería un forastero que venía a marcar ganado con don Trinidad. Dizque se tropezó en la calle con los pasos temblones y la mirada pisoteada de mi papá. Se pusieron a platicar por más de una hora, aunque yo no los vi. Lo que yo sí vi fue que mi papá al llegar a casa sacó un cubo de agua del pozo y se metió con toda la cabeza dentro, igual que un somormujo. Yo le miraba hacer, atilingado, in-

capaz de moverme, porque pensé que allí mismo se me acababa el padre. Después de la eternidad, vi que sacaba la cabeza del cubo, chorreante, renacido, y se ponía a hacer buches y a gargarear con el agua. Le sonreí. Recién entonces se dio cuenta de que lo estaba mirando. Cuando me habló, reconocí su voz de siempre, la dulce voz perdida de mi papá de cuando éramos felices.

—No sufras más, mi hijo. No tiene ni qué. Ya vas a ver, de aquí a tres días se acabó la deshonra de esta casa y se acabó el bravear del que hinchó a la Rosita. A más de salteador, lenguaraz: a ése lo madrugó la mucha lengua, mi hijo, a los efectos. Nomás aguarda tres días, hasta tantito se me esparcen estos vapores del chilote.

Hace cinco días que se fue mi papá, pero ya ha regresado. Acaba de regresar. Llegó mero a la hora que empezaban a arrullarse los palomos buchones. Ahorita está aquí tendido junto al fuego, desquitándose de la deslomadura de estos trabajos últimos. Seguro que el chaparrazo que está cayendo ni lo siente, de puro agotamiento. Y eso que llueve como si Dios se hubiera olvidado de sus promesas. Pero es que fueron muchas leguas de cargar con un peso muerto al hombro. Antes de acostarse, mi papá nos lo contó todo a mi mamá, a la Rosita y a mí.

Cuando hace cinco días le dijeron cómo se llamaba y por dónde se perdía el que le hizo el hijo a la Rosita, él metió la cabeza en el cubo de agua, arrimó la botella para siempre jamás y salió para matarlo. Afiló el machete y salió para matarlo. Un tal Pedro Juárez, le dijeron, por mal nombre el Cambujo, porque tiene los ojos achinados, de Tepalque.

Por la boca muere el pez. El Cambujo había estado largando más de la cuenta en una cantina de Tepalque. Allí fue donde lo oyó el hombre que después se lo refirió por lo menudo a mi papá. Que dizque él, Pedro Juárez, y otros ocho o nueve caballistas venían de vender unas reses del patrón para el que trabajaban, cuando una música de guitarrones y violines les llegó hasta la oreja. Que picaron espuelas hacia el rancho de don Trinidad sin conocerlo y sin invitación, nomás porque traían los huesos rotos y el gznate seco de tantos días a caballo, y aquella san-

dunga les brindaba ocasión de darle gusto al cuerpo honestamente, como cristianos, antes de seguir su camino. Que pidieron licencia para sumarse a la parranda y se la dieron. Que a ritmo de huapango se fueron entremezclando todos con los braceros y gentes de la hacienda, buscando el hembraje para bailar un rato y a la paz de Dios, pero que él, Pedro Juárez, que nada buscaba sino lavarse el polvo reseco de la garganta con unos tragos de pulque, se encontró de repente detrás de los establos, entre unas milpas altas, con los sorprendidos ojos de la hembrita más linda que jamás había visto. La chinita estaba haciendo aguas menores con la falda subida y, aunque al sentirse descubierta la bajó hasta los tobillos, él alcanzó todavía a verle la oscura flor rizada de la entrepierna, la miel que le manaba de entre los muslos duros. Que aquello fue lo que le encabritó la sangre en los orígenes. Que quiso voltearse, pero no pudo. Que él, de su natural, era respetuoso con las mujeres ajenas, cuánto más con las chamacas inocentes, pero que el mismísimo diablo debía de estar de ronda aquella tarde por la pradería aguijoneando las carnes, porque sin saber cómo se encontró así nomás con toda su hombría dentro del más hermoso vientre de mujer que haya parido madre. Que él, Pedro Juárez, juraba por lo sagrado que la había gozado dos veces seguidas, una detrás de otra, contra la mera tierra, y que desconfiaba de que en el Paraíso aguardasen a los santos delicias mayores de las que él había probado aquella tarde en el puro suelo.

Lo que menos esperaba Pedro Juárez es que la puerta se le viniese abajo de golpe, con bisagras y todo. Y menos aún que apareciese un pedazo de hombre semejante en el umbral. Pedro Juárez desorbitó los ojos. Mi papá dice que vio una muerte descolorida y caliente espejeándole en las pupilas.

—No me mate, señor, soy hombre que no me valgo —dizque le dijo el Cambujo, mientras se desabotonaba aprisa la camisa para mostrarle el pecho.

Entonces fue cuando mi papá se dio cuenta de que no precisaba matar a Pedro Juárez, porque Pedro Juárez se estaba muriendo solo, co-

mido por las bubas. Tenía el pecho y los sobacos en carne viva, en pura llaga. Lo habían dejado solo en un chamizo a los primeros síntomas, por temor al contagio. Como a un perro sarnoso. Ya ni agua le quedaba en la lata que había junto al camastro. Dice mi papá que la fiebre le había reventado los labios y hablaba como si tragase arena.

—Aunque no nos hayan presentado, yo sé quién es usted, señor, y qué deuda se viene a cobrar. Mientras estuve sano, lo esperé durante meses, pero no vino... Ahora está aquí, por fin... Cóbrese usted lo que le debo, señor, pero por su santa madre le suplico que no me mate usted en la cama..., déjeme que me ponga de pie... —dijo, y empezó a echar los pies fuera del petate con intención de erguirse.

Mi papá se estuvo quieto sin saber qué hacer y luego dejó caer el machete y se arrancó a llorar con ese llanto digno que tienen los varones corajudos.

—Dios te valga, criatura, así no debe morir un hombre —le dijo, y se lo cargó a la espalda todavía llorando y así lo trajo desde Tepalque a nuestra casa, durante dos días, por cerros y pajonales.

Antes de echarse a descansar, mi papá hizo llamar al doctor para que visitara al Cambujo. El doctor le dijo a mi mamá que lo agarramos a tiempo por puro milagro, que un par de días más tarde y se nos iba para siempre al otro mundo, pero que ahora no hay cuidado, que de aquí a tres semanas se le pondrá una piel fresca y limpia como los tejocotes. Mi mamá hizo sus cálculos y dice que justo para cuando la Rosita salga de cuentas y alumbra a su hijo. El hijo de Pedro Juárez.

7^a EDICIÓN - 1991



TRAJE DE NOVIA SIN
ESTRENAR, MITAD DE
PRECIO

de Mari Carmen Gómez Valera
(ACCÉSIT) • DE DOS HERMANAS (SEVILLA)



CUANDO Elena Reyes leyó aquel anuncio no lo pensó dos veces, no tenía nada que perder, la boda corría prisa y más ahora que habían quedado totalmente disipadas las dudas acerca de la validez del test del embarazo con la hinchazón manifiesta de su vientre y las náuseas matutinas.

Conoció a Germán el verano pasado, desde que entró en el Metrópolis se fijó en él porque francamente desentonaba bastante en aquel lugar. No se trataba de su camisa de rayas ni de sus pantalones de planchado impecable, era su aspecto en general que evidenciaba que sobrepasaba al menos en diez años al más viejo de los que allí alteraban.

Elena había terminado aquel año Derecho y estaba con la familia de veraneo; en años anteriores daba clases durante los meses de verano a odiosos escolares que tenían asignaturas de Letras para recuperar en septiembre. Este trabajo extra le permitía sacar algún dinero para añadir a la exigua paga semanal que su padre le daba cada sábado.

Pero aquel año no hubo clases particulares, por una parte se merecía descansar al cien por cien después del último año en la Universidad y, por otra, había conocido a Luis, un santanderino de ojos azules que sólo estaría las dos primeras semanas de julio y prefirió pasar con él hasta el último minuto. Ya tendría tiempo de trabajar en septiembre como pasante de don Antonio, un viejo abogado amigo de la familia que le iría abriendo camino en el difícil mundo de las leyes partiendo de la mismísima base.

El día que conoció a Germán era viernes, lo que equivalía a no más de doscientas pesetas en el bolsillo. Al verlo intuyó que sería el camino más corto para beberse un par

de cubatas gratis. La conversación fue iniciada por ella con un calculador:

—Oye, ¿me das un cigarro?

Seguido por un:

—Eh, vaya pitillera más chula, ¿me dejas verla?.

Luego siguieron las esperadas preguntas por parte de ambos: ¿De dónde eres?, ¿Cuánto tiempo estarás aquí?, ¿A qué te dedicas?, intercaladas con frases como: «Me encanta esta canción», «Qué calor hace aquí», «Gracias, sí me apetece otra copa... tal vez en otro sitio».

Acabaron abrazados en la semipenumbra de un sótano dando vueltas y pasitos cortos al son de una canción de moda que hablaba de los problemas racistas en Sudáfrica, pero como estaba en inglés y tenía una música tan suave y romántica podría pensarse que la letra hablaba de amantes abandonados o de la fuerza del destino.

Cuando salieron de la discoteca ya habían quedado para el día siguiente y así estuvieron quedando todos los días hasta que terminó el verano.

Al principio frecuentaban los sitios de moda y Elena le presentaba a sus amistades, pero él se cansó de tanto jovencuelo y acabaron pasando las tardes en un pequeño apartamento que él tenía alquilado, encargaban cena en la pizzería, en el chino o en la hamburguesería de la esquina y bebían latas de cerveza helada y a veces champán, únicos inquilinos en el frigorífico de la cocina.

A pesar de que Germán era arquitecto y tenía empleo fijo en una empresa de prestigio, a la familia de Elena no le cayó nada bien el precoz y ultrarrápido noviazgo de la niña y mucho menos cuando llegó la noticia del embarazo.

Sucedió durante el otoño. Germán volvió a trazar líneas en el estudio y Elena se convirtió, más que en abo-

gado principiante, en la chica de los recados, de la fotocopidora y en secretaria que se pasaba horas y horas archivando papeles e intentando hacerse con los trucos de la máquina de escribir eléctrica que don Antonio, el veterano abogado que la iniciaría en el mundo profesional, acababa de adquirir.

A veces estaba a punto de dejarlo todo, pero entonces siempre brillaba alguna promesa en su horizonte profesional, algo así como:

—Elena, la semana que viene tengo un juicio muy importante, me gustaría que me acompañases.

O tal vez:

—Elena, tengo una entrevista pendiente con un cliente acusado de robo y estafa, tal vez te gustaría encargarte de las investigaciones preliminares.

Estas pequeñas incursiones en el mundo del Derecho y la ilusión de estar con Germán los fines de semana daban algún aliciente a la vida de Elena, que añoraba terriblemente su despreocupada vida de estudiante.

Los primeros fines de semana, Germán se hospedaba en un hotel, más tarde la familia cedió y le prepararon una cama en la casa y fue allí en donde debió suceder según las cuentas de Elena, el día de Nochevieja, cuando al regresar del cotillón y comprobar que eran los primeros en llegar a casa, decidieron continuar más tiempo juntos, pero qué más da el lugar, podría haber sido en cualquier sitio, el coche, la habitación del hotel...

Elena estaba preocupada pero también estaba contenta porque eso suponía su liberación, su nueva vida con Germán, la ruptura con todo lo anterior.

Se había imaginado que la noticia caería mal pero no creyó que el asunto diera para tanto.

Escogió la ocasión y las palabras a pronunciar con sumo cuidado. Aprovecharía la ocasión en que sus hermanos no estuvieran en casa para plantearles el asunto a sus padres sin caer en sentimentalismos ni melodramas.

Esperó a que apagaran el televisor tras la serie de la sobremesa, un «culebrón» sudamericano que su madre no se perdía jamás. Los personajes de esta serie eran para la madre de Elena como de la familia, los incluía en sus conversaciones a diario y se alegraba de su buena suerte o se lamentaba de sus desdichas, de tal suerte que el padre de Elena, primero por curiosidad y más tarde por complicidad quedó totalmente enganchado a la serie y tampoco perdía detalle.

Aquella tarde, Elena se unió a los dos boquiabiertos televidentes y cuando por fin sonó la cursilona canción que indicaba el final, las palabras de Elena, una vez apagada la televisión, resultaron como un eco de la telenovela que acababan de ver:

—Papá, mamá, estoy esperando un hijo y voy a casarme con Germán el mes que viene.

Aquellos dos apacibles seres que parecían de algodón hace apenas unos segundos se transformaron en un ogro devorador y vociferante y en una medio moribunda a causa de los tremendos disgustos que recibía de sus hijos.

Por eso la boda sería en el pueblo de Germán, la madre y los hermanos irían, pero el padre no quería saber nada.

Ella no quería ir de blanco, la verdad es que nunca se había ilusionado por aquellas pamplinas y cursilerías de las bodas, pero él se lo pidió encarecidamente, no había dicho nada en su casa del embarazo de Elena, a todos los efectos sería una boda normal, en la iglesia, con los invitados, el

banquete, la luna de miel en Madeira, luego marcharían a Madrid y vivirían de alquiler en el mismo apartamento que ahora ocupaba Germán, ella encontraría trabajo, allí en Madrid hay más ofertas y resulta más fácil, ahorrarían y se comprarían una casita en las afueras.

El padre de Elena no había soltado un duro y, por ello, cuando Elena leyó aquel anuncio no le dio muchas vueltas.

«Traje de novia sin estrenar. Mitad de precio».

Marcó el número de teléfono y concertó una cita para aquella misma tarde.

Ana estaba corrigiendo los exámenes de los biólogos cuando llamaron a la puerta. Había prometido que las notas saldrían antes de febrero y aún le quedaban unos cincuenta por corregir. Era el primer año que daba Bioestadística y se encontraba con serios problemas pues hasta ahora sólo había dado Cálculo Numérico en la Facultad de Matemáticas.

El examen que estaba corrigiendo estaba plagado de faltas de ortografía que ella encerraba en un círculo rojo y la caligrafía era prácticamente indescifrable. Además, los planteamientos de los problemas eran erróneos. Miró la firma del alumno y comprobó que se trataba del delegado de curso, aquel ser de dos metros con la cara llena de granos que el primer día de clase le pidió en voz alta que por favor dejase de hablar con la pizarra y se dirigiese a los alumnos.

Debería estar releendo la tesis que tenía que leer dentro de una semana y no perdiendo el tiempo con... Afortunadamente, el sonido del timbre la rescató del pantano de papeles garabateados.

—Hola, supongo que eres Ana Trigo, vengo a por lo del anuncio, ¿recuerdas?, hablé contigo esta mañana.

El vestido tenía el cuerpo de seda color marfil, el escote alto, a la caja y la manga larga. No llevaba cola, sólo una falda larga hasta los tobillos formada por tules que caían unos sobre otros.

—Sencillo y elegante, además muy apropiado para esta época del año —le pareció a Elena.

El precio era ideal y además incluía todos los accesorios, hasta los zapatos que Elena ya se había puesto al probarse el vestido.

Aunque Ana era mayor que Elena, sus tallas eran las mismas.

—Perdona —dijo Elena cargada de paquetes a punto de marcharse—, en el anuncio decía que estaba sin estrenar, la verdad es que me ha gustado tanto que no me importaría que estuviese usado.

—Mi novio murió en un accidente poco antes de la boda.

—¡Oh!, lo siento... yo...

—No importa —dijo Ana.

—Adiós.

—Adiós, que seas feliz.

Realmente fue un accidente el motivo por el que Ana no se casó, pero las cosas sucedieron de otro modo.

Ana y Carlos se conocieron de estudiantes, comían bocadillos juntos a la sombra de los árboles y se citaban en la biblioteca para estudiar.

Cuando empezaron a trabajar ahorraron para comprar un piso y después de varios años de noviazgo fijaron la fecha de la boda.

El día anterior a la boda se encontraba Ana ultimando detalles en su nueva vivienda cuando vinieron a recogerla tres amigas para salir a tomar unas copas. Dos de ellas

eran novias de unos amigos de Carlos que en ese momento se encontraban con él celebrando la despedida de soltero.

Ana y sus amigas estuvieron de copas hasta muy tarde, a la vuelta Ana fue dejando a los otras en sus respectivas casas y condujo por el tramo de autovía que la acercaba a casa.

Miró un segundo en el espejo retrovisor las terribles ojeras que delataban la juerga pasada y apenas le vino a la cabeza el pensamiento sobre el maquillaje que usaría para disimularlas cuando se vio encima de un muchacho que con los ojos vendados caminaba hacia su coche.

Intentó frenar y esquivarlo pero lo alcanzó de lleno.

—Soy un guerrero —dijo el chico antes de perder el conocimiento.

Apenas recordaba cómo lo subió al coche, sólo era consciente de la cantidad de sangre y del temblor de sus manos.

En el hospital le dijeron que aún vivía.

Se trataba del tercer caso en lo que iba de mes.

—Son locos suicidas, drogadictos que por una dosis se dejan la vida. Pero los culpables son los que fomentan este tipo de juego mortal —dijo el médico.

Ana llamó por teléfono a Carlos pero no contestaba.

El muchacho acababa de salir del quirófano y aún no se había avisado a ningún familiar suyo. Ana preguntó a una enfermera por qué no venía nadie.

—De eso se encarga la policía, ya lo hemos comunicado pero el chico no tiene teléfono, quizás hasta mañana no venga nadie, quizás usted... —añadió la enfermera— el chico está muy grave.

—De acuerdo —dijo Ana— déme su dirección.

A las siete de la mañana Ana conducía por una zona suburbial por la que nunca había transitado.

Por fin llegó a la casa, la madre del muchacho subió al coche sumisa y resignada, no parecía extrañarse por la noticia.

El que sí quedó extrañado fue Carlos, que no entendía qué significaban las palabras: Aplazar la boda, está agonizando, me ha tomado declaración la policía, habrá juicio...

Un suceso acontecido en un segundo no podía alterar el curso de los acontecimientos que a lo largo de tantos años se habían planeado y sin embargo era la voz de su novia la que decía que no podían casarse. ¿Sería una broma?

Eran las 9'30, él se encontraba vestido de novio con una flor ridícula en la solapa, sus padres ya estaban en la iglesia, quizás algunos de los invitados también, los tíos ricos de Valencia sin duda, la mitad del banquete pagado, las habitaciones en Italia reservadas y su novia lo dejaba plantado por un drogadicto moribundo.

A las 10 de la mañana murió el muchacho, a las 12 se encontraban Ana y la madre del chico en una funeraria arreglando lo que ya no tenía solución, a la 1 se vio Ana con Carlos, la boda no se aplazó, se suspendió, porque fue justo entonces cuando quedaron rotas aquellas relaciones de toda una vida.

Contrataron a un abogado que se encargó de vender el piso y los muebles obteniendo el diez por ciento. Carlos invirtió la parte de su dinero en acciones y con los beneficios se fue de vacaciones para olvidar. Ana estrenó coche y contempló muchas veces su traje de novia antes de poner el anuncio.

Elena fue puntualísima el día de su boda, su marido Carlos Germán López Salvatierra admiró la elegancia del vestido de su flamante esposa y jamás sospechó que era el vestido de su antigua novia Ana, pues ya se sabe que trae mala suerte ver el vestido de la novia antes de la ceremonia.



EL PUENTE

de **Carmen Botello Pérez**
(GANADOR) • DE VALENCIA

ENTRÓ en la habitación oscura y percibió el desagradable olor del ambientador. Encendió las luces y chasqueó la lengua con fastidio al comprobar la precariedad de las lámparas. Miró la cama, ancha, de aspecto blando y acogedor, que se cubría con una colcha azul haciendo juego con las cortinas del ventanal y con la gastada moqueta. Una habitación cualquiera de un hotel cualquiera, pensó. Se deshizo de las prendas de abrigo y meditó un momento antes de decidirse a colocar su equipaje en el armario, si no le vendría mejor darse, antes que ninguna otra cosa, un baño relajante que le sacudiera el sopor de la espantosa noche sufrida en el tren. Enseguida comprendió que era mejor ordenar sus ropas, y en especial los útiles de aseo, antes de plantearse nada parecido a un baño o al merecido descanso. Así evitaría, además, pasearse desnudo por la estancia rebuscando en el equipaje, temiendo resfriarse y exasperándose a cada paso por no encontrar, al primer golpe de vista, aquello que podía desear.

El cuarto de baño tenía una zona perfectamente iluminada con tubos fluorescentes disimulados en un adorno del gran espejo, y sonrió complacido al contemplar su imagen cuidada en la superficie del cristal. Le faltaban dos años para ser sexagenario, pero nadie podría calcularle más de cincuenta. Y ello con gran empeño. Una vez vencida la tentación de comenzar a teñirse el cabello, tentación que le hubo asaltado veinte años atrás, comprobó que la blancura de sus sienes, que crecía no tan deprisa como sospechó en un principio, le brindaba, en cambio, ahora, un aspecto sensible y distinguido. Su rostro, rasurado con esmero, mostraba la saludable expresión del hombre tranquilo que disfruta de la vida al aire libre con frecuencia, y sus ojos, vi-

vaces, de color miel, de mirada intensa y directa, aún no habían sido dañados con defecto óptico alguno. Únicamente su cintura, cada vez menos esbelta, delataba su edad, pese a que combatía esta «circunstancia», como le gustaba llamar a los aspectos de sí mismo que le desagradaban, mediante flexiones diarias y un par de horas de tenis a la semana.

No siempre se detenía tanto en el análisis de su físico. Antes de pasar a abrir los grifos, se preguntó algo intrigado qué le habría inducido a tan cruel examen. Sonrió fugazmente, turbado pero alegre, y recordó a la joven morena que coincidió con él en la recepción. Parecía que el encuentro fortuito le impelía a ser estricto. Ella, con su juventud descarada, ponía en claro entredicho la frescura de su apariencia esa mañana. Se introdujo lentamente en la bañera y evocó, aún sonriendo, el soplo cálido que la muchacha dejó emanar mientras firmaban en el registro. 504, señor. Su equipaje será enviado en seguida. Él permaneció pendiente de la chica unos segundos más y consiguió oír cómo le asignaban la habitación 506, la contigua a la suya.

La coincidencia le había parecido excitante y dejó volar su mente a medida que su cuerpo se abandonaba indolente entre la espuma de la bañera. Pensó que quizá ella, ahora, también estaría tomando un baño, apenas separados por unos centímetros de tabique, compartiendo temperatura, vapor y alguna ilusión que esperaban ambos ver satisfecha durante el largo puente. Era muy morena, flaca, de pelo demasiado corto, vestida sin discreción. La ocupante de la 506 poseía una nariz aguileña, labios gruesos y ojos inquietantes. No es mi tipo, suspiró pensando en Asunción, la esposa muerta hacía ya más de diez años. Asunción, redondita y acogedora. Se permitió vagar por su recuerdo,

algo que casi nunca hacía, y se detuvo en las manías que la caracterizaban, en sus exigencias y, repentinamente, se sintió cansado, molesto e irritado consigo mismo. Si hubiese venido volando, ahora no estaría tan agotado. Pero, no sabía si por costumbre —Asunción padecía de terror a los aviones—, o acaso por alguna razón personal, remota y poco investigada, sentía un odio especial hacia los aeropuertos, a los que dedicaba parrafadas de prosa deliberadamente cursi para denostarlos ante sus amigos: «Esos suelos, esos lagos marmóreos fríos y refulgentes, por donde la gente deambula en la espera, siempre excesiva, oyendo a medias las voces nasales y oblicuas de los altavoces, mientras pasean la mirada adormecida por los carteles luminosos, los mostradores, las azafatas, que nunca son lo suficientemente amables, policías y señoras de la limpieza, precedidas siempre por artilugios que pulen, una y otra vez, de un modo completamente absurdo, el brillante lago en donde uno parece estar a punto de ahogarse». Después aclaraba que detestaba la sensación de estar «allí» como varado, atrapado en el retraso inevitable. Por eso prefería las estaciones de ferrocarril; eran más vivas, decía.

El agua se enfrió y salió. Tenía cierta prisa porque quería ir a El Prado aquella misma mañana. Comenzó a vestirse algo disgustado pero se interrumpió al oír voces en la habitación de al lado, la habitación de la joven flaca y demasiado estridente.

Se sorprendió aguantando la respiración, pendiente del ruido e intentando atrapar alguna frase que no resultara incoherente. Sin conseguirlo, fue aproximándose a la pared donde, al cabo de unos segundos, había pegado la oreja sintiendo cómo crecía su bochorno en forma de calor acumulado en las sienes. Se repetía que debía apresurarse,

concluir su vestimenta y salir de allí pero las voces entonces se volvieron suficientemente claras y las palabras inteligibles.

Los ocupantes de la 506 se increpaban y amenazaban, se acusaban mutuamente a chillidos y parecían estar a punto de la agresión. Se llamaban por sus nombres, por lo que dedujo que se trataba de viejos conocidos y creyó adivinar, al rato, que se trataba de dos mujeres y un hombre, un hombre algo más maduro que ellas, por su tono y por el talante de sus afirmaciones. Atento, hilvanó toda una serie de raras suposiciones y aunque en realidad se sentía incómodo por su comportamiento, su inquietud no era aún tanta como para llegar a abandonar su posición de privilegiado oyente. La discusión continuó y el frío hizo presa de él al fin, obligándole a envolverse mejor las piernas en el toallón húmedo en el que intentaba arrebujarse sin demasiada fortuna. El hombre le decía cosas desagradables a alguien, cosas tales como amenazas de ciertos castigos perversos, y él, asustado, supo que estaban dirigidas a la morena. A medida que iban transcurriendo los minutos y los gritos daban paso a unos murmullos y quejas equívocos, sintió cómo su perplejidad aumentaba. Cada vez estaba más y más intrigado pensando en la morena, y una excitación creciente le exasperaba el cerebro añadiendo a su conciencia una culpa salvaje, que nunca recordaba haber sentido y que aún le parecía más electrizante. Probó a realizar comentarios desagradables de la muchacha para sus adentros, a decirse que tenía unas amistades horribles y que su aspecto era efectivamente fachoso y escurrido. Un cuerpo anguloso como el de un muchacho enfermo que a él no le gustaba nada.

Sus pensamientos tuvieron un efecto ciertamente consolador y se dirigió al armario para continuar vistiéndose y

dispuesto a abandonar la habitación de inmediato para trasladarse a pie al museo. Paulatinamente su sorpresa dejó paso a la furia, una cólera desatada contra sí mismo por una vergüenza que, en cambio, intentó trasladar en seguida a la chica y a sus amigos y el provocador escándalo que estaban dando, el escándalo que estaba torciendo sus planes para la mañana de su llegada, primer día de un puente con el que había estado soñando más de tres meses.

Los suspiros entrecortados y los gritos de placer interrumpieron su rabia. Las súplicas y los deseos más escondidos y procaces expresados en voz alta atravesaron im-parables las paredes de su refugio. Ella, porque seguro que tenía que ser ella, gemía, mientras dirigía a su acompañante en el recorrido de su cuerpo hasta los lugares más remotos y desconocidos. Y le sugería que se sirviese de esto o de aquello y él, mientras, al otro lado, buscaba trémulo con la mirada, en su propia habitación, los objetos que la chica quería, en tanto que su cuerpo se reblandecía al localizarlos inocentemente depositados sobre la cómoda, sobre la mesilla, a los pies de la lámpara. La soñó tendida en la alfombra, presa de unas pasiones que él no conocía o que quizá ya no recordara, seducida, acariciada, vulnerable y ansiosa.

Al poco, no pudo continuar jugando a creer que lo que sucedía en la habitación contigua no le importaba: la turgencia del pantalón, imprevista y casi olvidada, ponía las cosas en su lugar. La mujer estaba ya dentro de él. A su pesar, y abriéndose paso entre la extrañeza, la soledad y los recuerdos, la morena flaca, que ahora sin duda era la persona gimiente y dichosa que escuchaba, se hacía un hueco en su mente y en su alma casi dormida; se instalaba despacio y susurrante dentro de su vida ordenada, tan se-

ria y llena de obligaciones y sin resquicios, como si la obsesión por ella fuese en realidad una contagiosa enfermedad adquirida en el mismo instante de penetrar en el hotel.

Lo sucedido a lo largo de los cuatro días de encierro en el reducido ámbito de la habitación, que había abandonado sólo lo indispensable, para evitar así perderse algo de lo que pudiera haber acontecido a su lado, se amontonó en su mente cuando corría agotado por los pasillos de la terminal de salidas internacionales. La había seguido en un taxi desde el hotel por las calles madrileñas, atascadas e interminables, enloquecido por la idea de no alcanzarla jamás. Esa misma mañana, cansado y preocupado, había decidido bajar por fin a desayunar al comedor. Incluso sintió que tenía hambre, y ello le llevó a pensar que se encontraba ya en una cierta disposición de reiniciar su vida normal, abandonar el encierro y volver a su hogar.

Cruzaba el vestíbulo del hotel cuando la vio. Se sobresaltó muchísimo, pues la creía dormida entre los brazos de cualquier amante, pero alcanzó a darse cuenta de que la chica llevaba ya mucho tiempo levantada y que había abandonado la habitación escapando a su control. Supuso que en algún momento de la agitada madrugada, la joven podría haber hecho su equipaje y salir en el preciso instante en que él, rendido, debió dormirse. Estaba de pie, rodeada de bultos, esperando a que su factura quedase totalmente terminada; la oyó discutir un par de puntos que parecieron resolverse a su favor y observó que pagaba con una tarjeta de crédito. Él nunca se habría fiado.

Y fue entonces cuando se descompuso. Salió precipitadamente del hotel olvidando su apetito y se introdujo en el primer taxi que aguardaba en la puerta, dándole al conductor toda una retahíla de instrucciones para que el

hombre no perdiese el contacto con el vehículo que, detrás, cargaba las maletas de la morena, mientras ella, con cara de agotamiento y un mohín desdeñoso colgándole de los labios, miraba hacia El Retiro en una de cuyas puertas se agolpaba un colegio de chiquillos gritones. Él sintió ganas de vomitar.

Aturdido y preso de una terrible congoja que le impedía respirar normalmente, la perseguía por los largos corredores de Barajas, en ese momento poblados por una inmensa maraña humana que arrastraba bolsas y maletas y que ocultaba intermitentemente la figura de la muchacha. Un momento después, vestida con un traje verde casi luminoso, la morena desapareció entre la multitud para siempre. Él quedó boqueando, desconcertado, parado en medio del jaleo recibiendo empujones y miradas agresivas. Supo que era un necio. Reconoció que su comportamiento podría ser calificado de enfermizo pero, afortunadamente, no había sido visto ni reconocido por nadie, al menos que él supiese. Aunque en realidad le daba exactamente lo mismo, se dijo, o al menos eso quiso pensar entonces, porque apartó todos los miedos de su mente y se dedicó a evocar, en medio de los atropellos y exclamaciones de disgusto de los otros viajeros, las horas obsesivas que habían transcurrido en el hotel durante el puente. Los paseos cortos y fieros desde el baño hasta la cama, sus pesquisas en el pasillo alfombrado del exterior para detectar minúsculas huellas, pruebas de sus entradas y salidas. Los provocadores encontronazos en el ascensor donde sentía su cuerpo caliente cerca y su aliento penetrante inundándole de perversa ansiedad. Las llamadas a la 506 desde los teléfonos del vestíbulo cuando sabía que ella se estaba entregando a algún jovencito desgarbado: su sorpresa y deleite ante el sonido jadeante de su

voz. Sus propios deseos, bajos y violentos, imaginando su cuerpo hostil, y dócil y frágil, salvaje, libre. Su cuerpo joven, que él soñaba en someter de mil maneras en su delirio, hasta conseguir las más absolutas y grandiosas sensaciones, los instantes de placer más perfectos y puros que jamás hubiera podido soñar. Recordó su vergüenza, el horror y la complacencia unidos ante las viejas prácticas sexuales, las viejas formas de entenderse con él mismo que ya creía olvidadas y que renacían en el cuarto de baño escudriñando en su silencio para que el tembloroso sonido de la voz de ella llegase hasta el corazón.

Aunque aparentemente caminara hacia el mostrador del despacho de billetes con normalidad, lo cierto era que su mente habían entrado en un profundo estado de prostración semejante a esa sensación febril y de enfermedad a la que, a veces, conduce la angustia. Los apretujones y los vaivenes no parecían afectarle. Intentó pensar unos instantes procurando adivinar el destino elegido por ella y quiso cerciorarse nuevamente de que ya no la distinguiría nunca más aquel día en el aeropuerto, entre la muchedumbre. Apesadumbrado sacó la cartera y pidió un billete de regreso a su casa y, cuando se lo entregaban, recordó sorprendido que detestaba los aeropuertos. Pero al sentir el papel tibio del pasaje entre los dedos comprendió que permanecería el resto de su vida recorriéndolos.

La habitación del hotel estaba oscura y pudo oler el aroma tenue de un ambientador. Sin cuidado, metió su ropa en la maleta y salió del recinto despacio, con un respetuoso silencio que le obligaba a contener la respiración y saborear el lugar con extraña delectación.

8^a EDICIÓN — 1992



EL TEMOR

de **Juan Carlos García Torres Martínez**
(ACCÉSIT) • DE ELDA

SALÍ del piso corriendo. Hacía mucho frío. El invierno no me gustó nunca, de modo que me dirigí al ferrocarril. Hablé, tras mucho esperar, con el «jefe». Fue difícil. Al final le convencí para que cambiara de estación. Otra vez era verano. La gente pareció adaptarse rápidamente. Para cuando yo iba sudando con el plumífero por el centro de la ciudad, todos se cruzaban mirándome asombrados con ropa ligera. Entré en casa. Sólo encontré camisetas y pantalones color pistacho.

Seguía huyendo de mi padre.

Se había propuesto que continuara la carrera de Ingeniería. Yo la odiaba. Nunca me gustó la ingeniería. Me convenció para que fuera a la consulta de un prestigioso psiquiatra. Éste empezó hablando de las grandes posibilidades de la ingeniería.

Me dijo que inconscientemente temía la responsabilidad que entraña la construcción de puentes, pero que poseía una gran vocación. Que llegaría a ser un gran ingeniero. Que mi soporte psicológico era propicio.

—¿Y qué es un puente? —repetía una y otra vez en tono casi frenético.

—El puente es el nexo de unión entre dos puntos que fluyen hacia una misma dirección. Puente es sinónimo de equilibrio, armonía, estabilidad, medida y proporción.

—Puente es la solución a un camino entrecortado por un accidente del terreno. Así, el ingeniero, sacrificando su propio intelecto y espíritu, persigue el bien común del pueblo llano.

Casi me lo estaba creyendo cuando a hurtadillas pude ver tras las cortinas los zapatos marrones de mi padre. Corrí con todas mis fuerzas.

Volví a casa. Eran las doce. Decidí terminar la carrera antes de la hora de la siesta. Nunca he podido posponer ese momento mágico.

Cuando ya llevaba construidos varios puentes, me di cuenta que lo que necesitaba era amar con intensidad.

Una tarde conocí a Carmina. Pasábamos abrazados días enteros. Nos amábamos tanto que no distinguíamos el día de la noche.

Reíamos en la cama inconscientemente, exhaustos y hambrientos, sin reconocer que el destino no perdona a aquéllos que sumidos en el hedonismo olvidan la importancia de los deberes cotidianos. Consecuentemente adelgazábamos a un ritmo acelerado. Quizá en realidad fue esto lo que provocó su abandono. Su amarga despedida.

Carmina me había apoyado durante largo tiempo, lo reconozco, junto a ella pasé grandes momentos. Y aunque la lujuria por aquellos días nos esclavizaba sobremanera, un día me dejó pretextando mi falta de fe. Decía que había perdido mis sentimientos. Que ya no era el mismo. Yo sospechaba que había otra razón.

Abatido, decidí recogerme espiritualmente. Entré en un seminario donde me hicieron recapitular. Constantemente leía, con lo cual iba rehaciendo mi interior.

—Después de tantos años... —quejumbrosamente le decía al padre prior pensando en Carmina— ...después de tantos años...

Antes de cenar hice los votos. Fortalecido, volvía a mi ciudad. Llamé a Carmina, pero la noté fría.

—¿Qué serías capaz de hacer por mí? —me preguntó.

—Renunciaría a mi doctrina y te llevaría allá donde el clima nunca es frío, donde las vegas son verdes y desprenden aromas de flor de azahar. Allá donde no existe el

tiempo. Donde las gaviotas arquean tranquilamente su vuelo. Lejos del ruido.

—Allí donde el bañista, desde tierra, fija la mirada escondiendo su deseo con un triste suspiro.

—Allí te besaría una y otra vez jurándote amor eterno. Seríamos tan dichosos...

—¡Basta!, ¡basta, ignorante!.

—¿Acaso nunca lo sospechaste? —gritó con los ojos desorbitados—. Todo el tiempo que estuve contigo fue porque tu padre me pasaba una pensión asistencial. Te aguanté lágrimas y ridiculeces porque me pagaban. Ya no puedo seguir. No se puede pasar todo un mes con veinticinco mil pesetas. ¡Es inhumano!.

—¡Pero ahora yo trabajaré y te daré toda mi paga —repliqué.

—¡Inútil!, ¡insensato!. ¡Nunca volveré contigo!.

Hundido, retorné al psiquiatra. Para mi sorpresa se había convertido en callista olvidando todo lo concierne a trastornos mentales.

—Busca en las páginas amarillas —me sugirió.

Quise hablar nuevamente con Carmina, pero como respuesta recibí una y otra vez aquellos odiosos mensajes: «Dieciocho horas, un minuto, diez segundos ¡pi!...Dieciocho horas, un minuto, veinte segundos ¡pi!...Veinte horas, dieciséis minutos, catorce segundos ¡pi!...»

Vagué por toda la ciudad intentando comprender cómo una persona podía haber pasado tanto tiempo con tan solo veinticinco mil pesetas mensuales. Me sentía cansado y viejo.

La gente sabía que yo era sacerdote. De modo que con frecuencia se detenía en la calle arrodillándose fren-

te a mí para confesar sus pecados, lo que me deprimía aún más. No encontraba solución posible.

Desesperado, consulté las páginas amarillas. Para mi sorpresa no había ningún psiquiatra. Tampoco psicólogos. En su lugar habían sido sustituidos por callistas y podólogos.

Eché a andar y antes de acostarme conseguí llegar al Tibet. Tuve que escalar grandes montañas para encontrar dentro de una grieta a un lama delgado y escurridizo.

A cada pregunta que le hacía me respondía con un acertijo. Esto me ponía algo nervioso. Aprendí yoga, acupuntura, la danza del vientre y levitación. Incluso llegué a contestar sus acertijos con otros de mayor complejidad.

Al fin confesó:

—El secreto, atiende bien, Juan, el secreto de la vida está en la sopa cubierta. En ella se esconden todos los misterios. Ella es la fuente. Obsérvala y te descubrirás a ti mismo.

Momentos después desapareció. Aunque quizá esto pudiera ser parte de algún sueño.

Durante semanas estuve frente a un plato de sopa cubierta. Lo miraba tan fijamente que mis ojos se turbiaban hasta encauzar la misma lágrima.

Por fin, cuando la putrefacción fue evidente, tuve que desistir. Tiré el plato de sopa, compré regaliz y me fui a ver a mi amiga Inés. Pero el daño ya estaba hecho, me enamoré de ella.

Era una tortura. En cuanto una mujer me hablaba caía enamorado febrilmente. A más comer regaliz más conseguía enamorarme. Y lo que era peor; cuando me correspondía, automáticamente la rechazaba como indigna. Me acordaba de Carmina. No podía evitarlo.

Mis únicos consuelos eran la oración, el estudio, el recato y la práctica de los asanas que había aprendido.

Un día, no sé exactamente la fecha, conocí a Gema. Ella era arrogante, distinguida y reía con gran facilidad. Jovialmente cascabeleaba a mi alrededor, aunque yo, camino del celibato más extremo, sospechaba que únicamente perseguía aprovecharse de mi debilidad como hombre. De mi energía física. De mi cuerpo.

Recordé a mi padre diciendo aquello de «toda mujer que ame ha de comer regaliz». Ella, obviamente, desconocía esa esencia.

Gema llamaba frecuentemente a casa. Se preocupaba de mi estado de salud, iba a visitar los puentes que estaba construyendo y me pedía consejos como sacerdote.

Solía manejarme a su antojo. Yo me sabía manejado pero en cierto modo me gustaba. Destacaba un rizo sobre la frente al que solía insultar por su mal comportamiento matutino. Peleaba tenazmente con él sirviéndose de un cepillo y un secador de pelo, pero nunca consiguió dominarlo.

La nariz resaltaba por su brillo, limpia y pequeña parecía una bombillita entre sus ojos verdes.

Recuerdo cuando me acompañaba al ferrocarril e intentaba convencer al jefe de estación para que volviéramos al verano. Me apoyaba y fomentaba mi autoestima. Alegraba mis siestas gorgoriteando al son de *Gloria* de Antonio Vivaldi. Pero yo seguía desconfiando.

Nos casamos antes de la madrugada y ya amaneciendo tuvimos varios hijos. No puedo precisar a ciencia cierta cuántos fueron. Aunque muchas veces tuve que aguantar largas colas en el Registro Civil. Sé que por entonces ya no era sacerdote. Que había renunciado a los prometimientos propios del estado religioso.

Seguía construyendo puentes.

Me parece todo aquello tan pasajero, tan difuminado... Recuerdo mi gran temor a las inauguraciones. El solo hecho de pensar en la gente que habría de atravesarlos repercutía de tal modo sobre mí que a menudo soñaba con grandes arañas tejiendo extravagantes cárceles.

Pagajosas fibras grisáceas alrededor impidiendo mi huida. Platos de sopa cubierta de los que emanaban gritos aterradores. Me despertaba en estado de agitación, pero me tranquilizaba ver a Gema durmiendo plácidamente a mi lado. Como si no ocurriera nada.

Viví torturado por la idea de habitar un planeta giratorio. Sujeto a fuerzas que no conseguían engarzarse con ningún tipo de lógica. Parecía como hecho sin ninguna conciencia. Un universo casi vergonzoso.

A veces, al pensar que en ese momento estaba del revés a la parte opuesta del globo, percibía sensación de vértigo. Vértigo que desembocaba en formulismos matemáticos, sinfonías logarítmicas. Plasmar la construcción de un sistema coherente para un universo perfecto. Esto me llevaba al insomnio y al delirio.

Hoy soy feliz. No sé cuánto tiempo ha pasado. Gema ya no está conmigo, tampoco los chicos.

Una noche, una fuerza sobrenatural me hizo saltar de la cama. Cogí la bicicleta, el piolet, un cuchillo de cocina y me marché.

El cielo era estrellado, una ligera brisa húmeda recorría mi cuerpo, yo no miré hacia atrás. Comprendí que ese momento había de llegar tarde o temprano. Lo asumí. La ansiedad dio paso al descanso.

Consciente de mi papel, he renunciado a todo lo material para sobrellevar la tarea que desde el principio me fue encomendada. Es tan difícil darse cuenta de lo palpable.

Pedaleando de ciudad en ciudad, cuando me sé necesitado paro y sonrío bondadosamente. Es mucha gente la que pasa y pocos los que llegan a adivinar dónde se esconde el secreto.

Entrecruzo miradas y al asomar la complicidad les veo venir. Están tan desesperados. Se saben tan inseguros. Me necesitan tanto.

Por fin se deciden y casi con vergüenza suplican la frase que mágicamente les conducirá hacia la placentera sensación de un destino seguro.

—¿Sería Ud. tan amable de venderme unos puritos de regaliz? —preguntan.

—¿De cinco o de a diez pesetas? —respondo monacalmente. Con el único temor de que el señor Juanola arruine mi vida.

9^a EDICIÓN — 1993



LA TEORÍA DE LOS CONJUNTOS SEGÚN NOÉ

de **Julio Soler**
(GANADOR) • DE ELCHE

DESPUÉS de haber escuchado el veredicto, se despidió de su abogado defensor con calurosas muestras de agradecimiento y, silbando el *Danubio Azul*, abandonó la sala. Aquel día había amanecido a las 7 horas 20 minutos y la niebla ya había recorrido edificios de la ciudad, cercenando sus siempre románticas cornisas y preñando a las gatas depositadas en ellas. Ahora lo que él necesitaba era una bañera llena de agua tibia para pensar en el futuro y reemprender una nueva vida. Quería olvidar aquel triste o no episodio de su existencia y probarse a sí mismo que podía superar sus urticarias, que podía, debía, automedicarse y que, en definitiva, podía formular tres deseos y cumplirlos hasta el resto de sus días.

Así es que se metió en la bañera y al primer suspiro consiguió su deseado ataque de amnesia. No necesitó golpearse contra el grifo en la cabeza. Lo olvidó todo o casi todo en menos de dos enjabonamientos. Quizás fuera ése su primer deseo. Quizás no, seguro.

Después, pestañeando cada veinte segundos, preparó las maletas llorando de emoción, pero ya sin las innecesarias urticarias y repentinas erupciones cutáneas. Antes de salir de su apartamento juró acordarse, no obstante, de lo que le interesara, tampoco era cuestión de ir por ahí como un zombie buscando su árbol genealógico. Por ejemplo, si antes sabía llevar coche y todas esas cosillas casi intuitivas, pues ahora también... Entonces abrió la puerta y yo que hacía quince años que estaba con la mano pegada al timbre le dije:

—No te justifiques más, payaso irresponsable. Haz lo que quieras pero márchate ya, que quiero acomodarme en tu piso y abrir las persianas para verlo todo y contar las tonterías que sin duda has de hacer. Véte, aunque volverás. Te lo aseguro.

Inmediatamente acudió el ascensor de aquella trigésimoquinta planta y cabizbajo le dijo al portero recogedor de basuras:

—Al *Waldorf Astoria*, por favor.

—De acuerdo —contestó el portero—, pero antes le sangraré la oreja para multiplicar por cinco su fuerza sexual viril.

—¿Me toma por tonto? —replicó él.

—Sí. Así es que entréguese a mí entero, por favor, y le recomendaré incluso en el *Sheraton*. Soy el señor y dueño allí.

—No gracias —rechazó él—. Mire por donde, ahora cojo y me voy de la ciudad.

—¿No le gusta Nueva York? —preguntó extrañado el magnate.

—No sé, pero voy a emprender una nueva vida. Adiós.

El ascensor llegó puntual al lobby del edificio y al observar la tardanza de los dos usuarios en abandonar la cabina, les increpó primero y les lanzó piedras después.

—Bueno, salgamos ya —propuso él— y guarde el punzón ese para otra ocasión, amigo.

—¿Cuántos deseos le quedan? —gorjeó el don nadie.

—Dos y un tatuaje que me acabo de automedicar. Otra vez adiós.

—Vaya con cuidado, pichón —sentenció el ascensor la escena.

b.

En la calle, la hora violeta aplastaba las anchas aceras y los transeúntes galopaban entre el coma profundo y la muerte aparente. Los taxistas depositaban en el asfalto tarjetas de crédito caducadas como anzuelo para atropellar *bag ladies* y demás fauna piscícola reproducida en el acuario de la urbana risa porque sí. Y es que los taxistas saben idiomas, amansan a las fieras sean o no vertebradas y dan ejemplo y confesión a los piscópatas...Pero todo esto no es más que un conjunto de descripciones y disgresiones gratuitas por él. Al que llamaré Flinteras, tenía prisa por irse a Europa. A España. A la Costa Blanca. Su avión salía inminentemente y me recomendó no entretenerle dejándolo pulular por las avenidas de aquel bendito zoológico de precepto. Peor para él.

C.

—¿Fumadores o no fumadores? —le preguntó la azafata de tierra firme.

—Fumadores —contestó convencido Flinteras, aunque no fumaba.

—Ni puros ni pipas, ¿eh? —advirtió la señorita viviente.

—No claro, claro. Pero señorita, ¿podría facturarme a mí también junto a mis maletas? El avión me da envidia, celos y coraje, y me gustaría que sellándome de frágil me enviara a la bodega del equipaje. Automedicación, ¿sabe usted?.

—En ese caso, existe un recargo. Tendrá que acostarse conmigo, concebirme un hijo y posteriormente formar

una familia nuclear por fisión y punto y aparte. *Don't be afraid to touch me, babe.*

—*Lay your body next to mine* —corroboró él la contraseña.

—Exacto. En la Costa Blanca nos veremos y amaremos en la sala contigua al control de pasaportes —concluyó ella, que se llamaba Estela.

La velocidad de crucero fue irreprochable. El incesto, la verdad, no lo sé. La presión en cabina, la suficiente. El aterrizaje, forzado.

d.

Nueve lunas llenas, nueve Exposiciones del Santísimo y nueve meses habían transcurrido desde la toma de tierra de Flinteras y Estela, y, por lo tanto, de la consumación del recargo. Aquel día Flinteras paseaba con un leopardo por los pasillos de la maternidad comiendo mandarinas sin parar, en espera de la noticia. De repente, la comadrona salió a su encuentro.

—Veo que le gustan los animales. Ha tenido suerte. Su mujer ha dado a luz un niño recién nacido que pesa 3 kilos 100 gramos y llorando en morse ha pedido a los que hemos asistido el o al parto que le bauticemos con el nombre de Pasaporte.

—Pero, ¿lo ha pedido por favor? —preguntó el nuevo padre.

—Sí.

Flinteras, emocionado por la educación de su hijo suyo propio, manumitió al leopardo y, lanzando las mandarinas al aire, abrazó a la centenaria comadrona, obsequiándola con un abocinado beso y un saco de lujuria.

—¿Puedo verle? —suplicó él entrecortadamente.

—Por supuesto. Está en el segundo corral.

Corriendo, saltando, bajando el pijama de los enfermos de riñón que despistados transitaban por aquella planta, Flinteras entró para ver a su hijo y perdonarlo y abrazarlo y vacunarlo y no pedirle explicaciones. Allí se encontraba su mujer, pálida pero hermosa, sonriendo con su repertorio de treinta y dos dientes, leyendo en voz alta a su bebé un reciente ensayo sobre la Santa Inquisición. Desde luego, se la veía feliz acariciando la oreja del pequeño con ternura, pero con rigor.

—Éste es su segundo deseo —dijo Estela buscando confirmación en su marido.

—Cierto —confirmó Flinteras y añadió—. Me han dicho que se quiere llamar Pasaporte y que además de pedirlo por favor, ha dado las gracias y todo.

—Y también ha rogado que se le rellene una instancia para que le permitan sangrarse la oreja. ¡Será todo un filibustero! —exclamó orgullosa la madre.

—¡Oh, Dios, automedicación tú también, hijo mío! —concluyó el diálogo Flinteras.

e.

A través de la ventana se divisaban los ficus del paseo recién podados por los esclavos del ayuntamiento. Miles de pájaros condenados a vivir en cables de alta tensión o en cuerdas para tender, que son todavía peores, piaban reivindicativamente ante el cercano convento de clausura. No llovía y eran las cinco de la tarde. Flinteras, semifosilizado en su sillón de agua, escuchaba intermitentemente a

Billie Holliday y a A.R. Kane, pero aplaudía cada vez que un golpe de música abatía a algún gorrión sindicalista; de todas maneras, después... después se arrepentía y volvía a tener el pastillero de lana que le había prometido a su hijo. Pasaporte cumpliría próximamente 18 años de exilio en Nueva York. Cualquier celebración era poca. Cualquier obsequio se quedaba corto. Un padre ama a su hijo. Un hijo ama a su padre. Un padre y un hijo se aman mutuamente. Aleluya. Cualquier cosa que se haga por amor es lo que realmente importa. Flinteras así pensaba. Flinteras así opinaba. Conservar en formol a Estela estaba inexcusablemente justificado. De la misma manera actuaría Noé si temiera la desaparición en una especie, de uno de los miembros de la pareja. ¿Qué sería del oso sin su osa? ¿Qué haría el ciervo sin su cónyuge? ¿Entregarse ciegamente a la perforación indiscriminada de sus pabellones auditivos? ¿Quebrarse la cornamenta con inútiles recuerdos de cama? No. Sería estéril y humillante. Automedicación, automedicación, se repetía una y otra vez obsesivamente Flinteras. Le quedaba un deseo. Un deseo y un tatuaje.

f.

Con la combinación de las cerraduras bien aprehendidas, Flinteras llegó al Aeropuerto Kennedy de Nueva York. Veintiún años habían pasado de su última estancia allí. Pasaporte le esperaba en una limousine blanca. Al parecer, se había hecho extremadamente rico. Nevaba a trompicones y Flinteras penetró en el vehículo. Saludó a su hijo.

—¡Hola, Pasaporte!

—¡Hola, Flinteras! —correspondió su hijo.

—Bienaventurados los defraudados y amnésicos, pues de ellos es la responsabilidad de elaborar la correcta posología de los deseos. Amor y química... ¿A qué te dedicas, Pasaporte?

—Te veo cambiado. Desde que os abandoné a los dos años, pienso que has sufrido un notable giro. La muerte de Estela creo que te ha afectado. Por cierto, ¿has traído el frasco con mamá? Tengo ganas de ver la etiqueta que le has colocado a ese frasco.

—¿A qué te dedicas, Pasaporte? Soy tu padre. Contéstame y no te salgas por la tangente.

—Perdona. Soy encuestador. Cojo una avenida y voy preguntando en zig-zag sobre cuestiones como ¿Qué pretende usted de mí? ¿Me envidia porque no me tiene?... Bueno, y cosas de estas de interés general. Y soy rico, papá. Me pagan. Y yo pago a los que me cobran por vivir tan bien como vivo. Soy generoso y os echaba de menos. ¿Has traído a mamá, entonces?

—Sí. Pero me la han retenido en los laboratorios de la aduana. Necesitan un par de días para tasar mi amor por ella y verificar si este amor supera los índices de formol que permiten en estos casos.

—¿Qué casos papá? ¿Con qué etiqueta clasificas el frasco de la conservación de mamá?

—Te contestaré solamente a la segunda pregunta. La primera no me lo permite mi religión —puso semblante serio Flinteras y añadió— *Love Will Tear Us Apart*. Así. ¿Contento? ¿Vives en el Soho, no?

—Sí. Vámonos. Tenemos muchas cosas de qué no hablar, pero también muchas preguntas que formular. Y no me quiero poner melancólico. Chófer, a la calle Spring —dijo Pasaporte.

g.

Al apartamento de Pasaporte en el Soho se entraba por una puerta. Una vez dentro era conveniente encender la luz para poder ver y colocar el abrigo en la percha con tal de no pasar excesivo calor. Pasaporte se coleccionaba estufas en funcionamiento. Debía de haber quince o veinte de toda clase de épocas. Y si afuera el intenso frío agravaba los eccemas seborreicos en ambos lados de la nariz, una vez dentro de la piel corría peligro de caerse a retales. Pero todos estos efectos secundarios insignificantes son producto de la elegancia bien llevada. Pasaporte disponía de un gusto exquisito poco común en la decoración de su hogar. Entre las estufas, calentadores termos y calefactores de variopintos colores, el apartamento estaba salpicado de aseptizados fregaderos de diversas alturas llenos con distintas bebidas alcohólicas unos, y con abonos para plantas carnívoras, los otros. Sobria elegancia y funcionalidad era lo que buscaba. Así, las paredes estaban empapeladas con los gráficos estadísticos de todas aquellas encuestas que más le habían satisfecho. Y los pocos sillones Frank O. Gehry los procuraba forrar con monedas de oro y colecciones filatélicas exclusivas, en pos de mitigar la errónea sensación de ostentación que uno podría advertir. Aparte tenía algún que otro Chagall, varios De Chirico y dos o tres Warhol adosados al techo. Pasaporte, pues, podía mantener la cabeza bien alta y mirar siempre hacia arriba. Su mecénica contribución al arte sin pretensiones y al clasicismo de la comodidad se lo permitían.

—Pasaporte, hijo mío, ¿me puedo automedicar un escocés en toda regla? Estoy conmovido e impresionado y tengo terroso el gaznate.

—Por supuesto —asintió sonriendo su hijo— El whisky está en el fregadero de terciopelo que tienes a tu derecha.

—Muy bien, ¿y las copas? —inquirió Flinteras.

—Aquí bebemos en jarrones. Son más saludables. Coge ese mismo de la mesa... Yo también tomaré otro.

Por fin una aura de distensión y complicidad arrojaba a padre e hijo. Aunque la distancia y la repentina ausencia de Estela bien pudieran mutilar cualquier esbozo de confianza, de felicidad entre ambos, todo se desarrollaba con inusitado temple y fluidez. Al menos así creo yo ver las cosas. Y si alguien duda o piensa lo contrario, que venga aquí y lo compruebe. Yo no digo las cosas a la ligera. Así porque sí.

—Papá, ahora que después estaremos borrachos y seguro inconscientes, ¿podrías contarme lo que pasó con mamá? Ésta es la primera pregunta de la encuesta.

—Yo la amaba. La amaba y la amo todavía más. Pero quería saber demasiado —contestó Flinteras.

—¿Qué pretendes insinuar? —preguntó alterado Pasaporte.

—Estela, esa criatura bella, representante y portavoz de todas las hembras del Arca. Estela, azafata entre azafatas. Estela, el amor que puede justificar una vida tras otra, quiso averiguar mi tercer deseo y supervisar el tatuaje que para ser consecuente vendría después...

—Entonces, ¿qué hiciste con ella? —volvió a preguntar Pasaporte cada vez más excitado.

—Verás, hijo, no me llames posesivo pero tampoco me calificques de neutral. Mira, aquella noche me había hecho bastantes whiskies y bastantes rayas paseando por las salinas de Santa Pola. El agua estaba como rosa y no quería cenar por si se me pasaba la embriaguez. Estaba haciendo cábalas para ver de qué manera podía formular mi tercer deseo. Yo, ena-

morado de Estela, me preguntaba si tendría las agallas para probarla, a tu madre, me refiero. Volví a casa y, ya en la cama con ella al lado, comencé a sudar y sudar y notaba cómo sistemáticamente me iba deshidratando, reduciendo. Eso me dio una idea. Cuando quise levantarme, las piernas no me funcionaban y acabé desplomándome contra el suelo antes de llegar a la garrafa de agua de Fuente La Higuera, mi supuesta tabla de salvación. Estaba al borde del paro cardíaco, con un memorable bajón de tensión...

—Papá, no exageres —interrumpió Pasaporte.

—No, no exagero. Déjame continuar. Entonces le pedí que me levantara y derramara todo el agua delante de mí. Ella no la derramó. Me incorporó con cariño y, samaritana ella, me hizo beber los diez litros de agua. Y me salvé. Entonces comprendí que ella sólo me quería vivo. Vivo para averiguar cuál era mi tercer deseo y denunciarme otra vez, y que el círculo o ciclo, como lo quieras llamar, comenzara de nuevo y que el Arca se reprodujera hasta hundirse. Una pena. Una verdadera pena. Una verdadera pena de amor mío. No me quedó otra salida que reducirla por procedimientos jibaros y conservarla en formol en el tarro que recogeremos pasado mañana. Porque estoy seguro que en los laboratorios comprobarán que todo está en regla y podré recuperarla para siempre. Y a mi manera.

—¡Coño, papá! Desde luego no eres nada neutral. Quizás sí que seas un poco posesivo, claro que a tu manera, pero neutral ya veo que no. Si te hubieras perforado la oreja como yo. Bueno. Entonces, déjame que te haga la segunda pregunta de la encuesta. ¿Cuál es pues tu tercer deseo?

—A tí te lo puedo decir, Pasaporte. Deseo librarme de esta amnesia y no hacerme el tatuaje, que me han dicho

que duele y después no se puede borrar. Estoy saturado de automedicación. Creo que todo esto se me ha ido de las manos.

—Eso está hecho papá. Suspira.

Flinteras apuró su jarrón de escocés reposadamente. Cruzó las piernas con cuidada cadencia y suspiró hondamente. Una vez recuperada la memoria, llamó a su abogado defensor.

9^a EDICIÓN — 1993



UN ERROR GASTRONÓMICO

de **Ismael López Belda**
(ACCÉSIT) • DE ALICANTE

*A Sito, Ricardo y Fachetti,
que tardan tanto en regresar.*

AÚN se encontraba mareado. El mes había sido terriblemente duro preparando el examen final de Meteorología y su cerebro permanecía cuajado de definiciones, preñado de fechas, colmado de innumerables citas bibliográficas, la mayoría de autores estadounidenses. Limpiaba la sartén con una áspera gamuza reversible de esponjilla y rascador de aluminio, recordando obsesivo las principales preguntas del examen: defina un higrómetro, qué es la luz zodiacal, tipos de cirros, modos de representatividad de una paraselene... Pero hoy era sábado y sus mejores amigos vendrían a comer. Estaba, además, bobo por Paula. Ingerió una aspirina efervescente.

Más tarde, tomó el recetario de Nani Mariví, condesa de Poyoyos, y puso a punto la fideuà, midiendo el tiempo justo de que vinieran. Medio kilo de mejillones, otro medio de calamares y de sepia, cien gramos de almejas, más de un cuarto de morralla, dos cebollas y dos tomates, cuatro dientes de ajo, sal, laurel, pimienta, perejil, azafrán, aceite, un vaso de tinto rebajado y la pasta cumplida de fideos. Al lado del horno, estirada y atenta, Toneta no quitaba ojo del menú, al acecho de cualquier objeto volante previamente identificado.

Dispuso la mesa. Explanó el mantel de hilo indio, todavía con olor a detergente de lavadora con suavizante anticálcico, y distribuyó las cuatro olorosas servilletas después de haber re-colocado los robustos platos soperos encima de otros llanos de la misma vajilla, las carnosas aceitunas camufladas en hojillas de hinojo, las habas enlomadas en sal gorda, la ensalada de tomates bermellones, redondos, espolvoreados con tomillo y

escamas de cebolla, una butifarra recortada en grasientas lonchitas, unas vetas del bloque de queso de Maó y distintos tipos de salazones colorados y rufos, empapados en aceite de oliva *Carbonell*. En el centro del colosal escaparate alimenticio alojó un florero de petunias, simétricamente equidistantes de los servicios, y un candelabro de alpaca mate en cuya única cavidad se erigía una vela naranja, perfumada de químico azahar. Se retrasaban más de lo previsto. Casi siempre llegaban tarde, pero, como mucho, un cuarto hora más de lo acordado, nunca después.

Fue a elegir el vino. Abrió la puertecilla provenzal de la despensa y, observando los restos de la enoteca, impunemente esquilada por la salvaje horda que había acampado allí en Nochevieja, dudó entre estirar del cuello de un agujado *Blanc Pescador* de Perelada, despertar la siesta de un afrutado negro de Xaló o descorcharle el tapón a una frágil botella de un joven y leve tinto etiquetado con aquella insufrible etiqueta de *Viña de las Quebradas*, vino adquirido el mismo día que conoció a Paula Lillo, a su hermana Mireia y al marido de ésta, Rafa Prim. También pensó en no seleccionar bebida alguna hasta que aquéllos llegasen, y entonces destapar una serie tan abundante y diversa de lujuriosos caldos como la comida y la conversación les reclamasen.

Sobre los postres no había ninguna duda. Su preparación había sido costosa, más de media mañana del sábado reclinado en la sagrada liturgia confitera, pero ahora rezumaban melosos en sus moldes brillantes, uncidos con sus leches azucaradas, aromando el aire cada vez que abría el frigorífico, o cuando se desplazaba a la galería para verter basura y los contemplaba quietos, atractivos, enfriándose encima de la pila de lavar, bajo las camisetas. Tarta de limón batida con castañas y zumo de arándanos, frutas de temporada, peras de

agua, las últimas mandarinas, racimos de uva, dátiles maduros que derritían su jugo de pan de oro en un barro esmaltado, turronecros de miel con almendra picada, leche frita... Y dos espléndidos licores para la sobremesa, la guinda de cualquier nutritivo banquete: un dorado moscatel de pasas, criado y chafado en Denia, cerca de sus propias cepas, y el lujo de todos los coñacs angloandaluces, un sólido y antiguo *Cardenal Mendoza*, de Sánchez Romate, Hnos., bodegas de Jerez. Antes, ya había limpiado ocho coquetas copas de cristal veneciano y cuatro bellas tazas de Sargadelos, para inundarlas en el prólogo de la tarde con un espeso café de Colombia. Pero tardaban demasiado.

Quizá el timbre del piso no funcionaba o, con tanto ruido, no lo había oído. Bajó el volumen del compact-disc y se desplazó hasta el vestíbulo, donde comprobó que el nuevo aparato de los tubitos metálicos estaba perfectamente conectado. Salió al rellano y lo hizo sonar, ding-dong, ding-dong. Luego llamó al ascensor. Un vecino viajaba dentro. Cerró la puerta. Confirmó de paso que todas las pestañas del automático estaban giradas hacia arriba, en posición de servicio: cocina, lavadora, alumbrado, otros usos, y regresó adentro. Al descolgar el portero automático escuchó los zumbidos de un enjambre de críos en el portal. Entreabrió la cortina del salón, se asomó a la terraza y volcó la cabeza ante la barandilla, girándola sobre el eje de su cuello como una peonza, oteando la pista de tenis, el jardín del algarrobo, los del tercero hablando con los del ático en la entrada del aparcamiento y al exiliado serbio del chalé. Finalmente, oyó el agudo silbido de la línea del teléfono y se aseguró de que el supletorio estaba colgado. Ni una señal de ellos. Qué raro.

Él ya era licenciado, un hombre del tiempo, pero aún así la reciente prueba definitiva continuaba deshollando su men-

te, quemada por los rayos del flexo, hinchada por la inercia de múltiples noches sin pegar apenas ojo: diga si la fatamorgana es un fenómeno de espejismo que suele observarse en el estrecho de Mesina, a quién se atribuye el primer piscator, la línea que atraviesa todos los puntos de la Tierra con idéntica temperatura en el invierno se llama isoquímica, isobárica, isotérmica...

Pinchó una oliva, acercó una silla a la mesa, preparó un espacio entre las viandas y la ferretería gastronómica y luego abrió el diario por la antepenúltima página para leer las críticas de las películas y la programación de aquella prometedor tarde de sábado.

Si los fenómenos lúdicos posteriores a la comida se retrasaban y permanecían juntos hasta bien entrada la noche, podrían ver *El tesoro de Sierra Madre* en TV3, con un Humphrey Bogart aventurero y vagabundo, humano y ambicioso, sólo rasurado en las primeras escenas. Y también un divertido e interesante reportaje sobre la inauguración de la sede de Convergencia i Unió en el distrito doce de Quebec. En cambio, si conectaban La Dos admirarían *La noche del cazador*, la única y mítica película que dirigió Charles Laughton con un terrorífico Robert Mitchum atravesando fanáticamente por las llagas del amor y del odio. De decidirse por TeleCinco, alcanzarían el amanecer contemplando un supermarathon erótico y multirracial con las tres nuevas versiones de Enmanuelle: *Aventuras de Enmanuelle en Bosnia-Herzegovina*; *Enmanuelle y Abigail contra Rubí y Polvos en la Expo*; y también *Karate Sex*, una obra del cine norcoreano inédita en España, especie de tabla de aerobic porno sobre las ventajas del capitalismo muscular. No obstante, en su parrilla habitual la autonómica Canal 9 retransmitía en diferido un concurso de gachasmigas al aire libre que se había celebrado el día anterior en

Villena, y una entrevista con el nuevo ministro de Industria, el ex-jefe patronal José María Cuevas. Al tiempo, la primera cadena de TVE entrevistaba al máximo edil de Sevilla, el antiguo vicepresidente del gobierno, Alfonso Guerra. En tanto llegaban, optó por apoltronarse ante un noticiero de Antena 3, en el que José María Coscorrón pasaba revista a un gran desfile de catástrofes y a la continua desvergüenza (*sic*) del gobierno. Bostezó ruidosamente.

Se levantó catapultado como un muelle, picó otra aceituna y atenazó un grueso taco de queso. El portero automático lanzó un aullido gangoso. Corrió la silla hacia atrás, haciendo aún más de muerte el parqué, y se precipitó en dos zancadas al telefonillo.

—¿Sóis vosotros? —interrogó excitado, con ánimo de maldecirlos.

Pero en vez de ser correspondido en su angustiosa curiosidad, unas desesperadas cuerdas vocales de mujer le preguntaron ¿Es usted el presidente de la escalera? para, sin dejarle recordarlo apenas, explicarle de corrido con la escala de unas notas chirriantes: Es que mi marido se ha quedado atrapado en el montacargas entre dos pisos.

Rugió, dijo voy, ya voy, ahora bajo, se colocó apresuradamente el anorac y, agarrando dos lengüetas de mojava, se precipitó rápidamente al zaguán. Rescataron al esposo enjaulado y, sudando, regresó al piso. Ni rastro de Paula, Mireia y el Rafa.

Volvió a entreabrir el periódico, en esta ocasión por la página tres, la más destacada, no sin antes observar el *Longuines* de la cocina a contrapicado. Mascó otros tres fragmentos del oloroso queso menorquín y, despacio, saboreando cada diminuto cuerpecillo, acabó con la fuente completa de salados. Pronto le invadió una sed insoportable, arenosa. Descorchó la

botella del blanco Penedés y sorbió un trago corto y delicado. Inmediatamente, se englopó otro que apuró la copa. Volvió a arrojar más vino y, arrancando una tajada de pan, comenzó a empaparla en la ensalada. Agotó la segunda copa del morapio catalán y leyó a cuatro columnas: La Generalitat valenciana quiere llevarse el mar de Alicante. La Cámara de Comercio califica el hecho de maniobra centralista que ya colma el vaso.

Dejó vacía la tercera entrega de vino y rebañó el último espejismo de la ensalada. Hojeó las páginas de sucesos: Una mujer mata a su marido minutos antes de ser millonaria. La homicida jugaba un décimo para el sorteo de El Niño. Lo envenenó con cola de contacto. Y más abajo: Timan medio millón de pesetas a dos sindicalistas en el congreso confederal de CC.OO. Utilizaron el truco del toco-mocho. Los estafadores fueron vistos minutos antes almorzando en el hotel donde se celebraba la convención. Desocupó otra copita y terminó la botella. Dio un alegre traspies y extrajo otra marca de la bodega. El extraordinario y ácido *Viña de las Quebradas*. ¡Son la leche. Ni avisar siquiera!, exclamó.

Tarareó una canción de la radio —Déjame que te cuente limeña, ahora que aún perdura el recuerdo, lalá, ahora que aún se mezcla en el sueño, lalá, el viejo puente del río y la alameda, laralalá—. Bebió y cortó más queso de las Baleares. Empezaba a atardecer y encendió las luces halógenas de la salita. Se quedó sin pan y desacordonó una bolsa de bimbo integral. Pasó con el pulgar las páginas de Deportes y se fijó en las de Comunicación. El fallecido magnate de la prensa, Robert Maxwell estuvo en tratos con el editor nacionalista Eliseu Climent para adquirir el semanario catalán *El Temps*. Su misteriosa muerte en aguas de Tenerife interrumpió las conversaciones. Maxwell deseaba fundir el hebdomadario de Barcelona con la revista *Vogue*. Seguidamente, arrasó con la butifarra, deglutió

las habitas, escurrió uno tras otro varios servicios del caldo grana y apreció, vacilante, cómo le sustraía una algodogada modorra.

Dirigiéndose al sofá, tropezó con el carro de las bebidas, cayó, se recuperó, resbaló otra vez más y, allí mismo, en la jara de cuadritos, se durmió como una momia, estirado de cuerpo entero a un palmo de la tele, largo como un tigre de Bengala disecado, con la boca entornada y unos ronquidos espeluznantes.

Cinco horas después, alguien percutía la campanita electrónica del rellano con la intención de socarrar el tendido general de la vivienda. Se reincorporó plantando una rodilla en tierra y un brazo en el codillo del sofá y, oscilando entre las paredes del túnel del pasillo, ¡voy, ya voy!, asomó su cabeza entre el marco y el canto de la puerta con un ojo cerrado y otro nublo.

—¿Qué coño pasa? —preguntó, asaltante, al pirómano del timbre.

—¡Eso mismo digo yo!. ¿Qué cojones pasa?. ¡Me está cayendo agua sin parar en la galería desde hace más de dos horas!.

Era cierto. Chapaleó la asquerosa balsa de fango que se había formado entre los abonos del estiércol y las semillas que guardaba para el plante de primavera, los tetrabrik de leche desnatada de la última excursión al Pryca, la comida de régimen de la perra, los tubos de crema de los zapatos y el titanlux que sobró de pintar los rodapiés. Cerró el grifo, se disculpó al presumible naufrago, perdone, perdone, y estampó la puerta con la suavidad de un flácido barreno.

Cuando acabó de recoger toda el agua con el mocho, preparar tres bolsas de cieno inmundo y airear el viscoso recinto del pequeño pantano, el teléfono se encabritó, reclamándolo urgente.

—¿Digaaa?

Un acento de extranjero jubilado preguntaba ¿Es lo Hospital comarcol?. Iracundo, contestó ¡Son tus muertos, todos tus mu-eer-tos!. Y colgó, excitado, reconociendo las pisadas de sus campers por todo el pavimento. Otra vez a batir la fregona. Eran las dos menos cuarto de la madrugada.

Estaba clarísimo, era razonablemente seguro, que ya no vendrían a comer. Tanto trabajo, tanta chorrada, todo el día currando como un capullo... ¡mierda para el demonio!. Buscó una película de vídeo y se espatarró en el tresillo, pero antes descorchó un Reserva del 76 de Jaume Serra y distribuyó por la mesita de centro unas peladillas de Alcoi y un recital surtido de turrone*s El Lobo*. De yema, de nieve, de tutti-frutti, de chocolate con avellanas... Orson Welles era Quinla, un puerco policía de frontera, un sabueso que fumaba estirados *Fonsecas*, apuraba tequila de granel y falsificaba una docena de pruebas para salvar su borracho pellejo, pudriendo mejicanos a la sombra. Un sentimental monstruo que perece a balazos en una charca de albañales y heces, después que Charlton Heston grabara ilegalmente las pruebas de sus crímenes y Marlene Dietrich lo hundiera entre las piernas de su corazón.

Apagó la tele y preparó café. La vista de la inacabada fi-deuà le entristecía. Caminó a la biblioteca, repasó el estante de los contemporáneos franceses y se hundió de nuevo en el sufrido sofá. Desde que uno debe morir, es evidente que no importa ni cómo ni cuándo, filosofaba Meursault, el extranjero de Camus. Alzó el champany y brindó solitario por la amistad, por la humanidad, por la existencia. Carraspeó, riendo.

A las doce en punto de la mañana se restregó los dientes con biofluoral encías sensibles y regó lentamente las macetas. Decidió recoger la mesa, pero advirtió que la perra se había meado en la cocina con una verde lagunilla que rodeaba el ces-

to de las verduras y la funda de la bombona del butano. Llenó de nuevo el cubo, enjuagó las losetas y colocó el collar al sumiso mamífero, sacándolo por fin a expansionarse. En el parterre, recordó a los invitados, canallas, gentola, informales, mientras Toneta inundaba de orín un seto de magnolias. Entregó mil pesetas al guarda, discutieron sobre la fecha de la chapa antirrábica de la perra y, ya en casa, le arrojó en su plato toda la fideuà, un frío espectáculo de espléndidos mariscos y pescados, tres mil pesetas a tomar por el saco, devolviendo la mantelería al aparador. A la una y media, otro vecino enloquecido intentaba abrasar la campanilla de la puerta.

Entonces se topó en el rellano con Paula, la Mireia y el Rafa vestidos de sport, con unos rostros frescos y despejados, unas sonrisas de bebé y una lujosa caja de *Don Perignon* precintada con un lazo de flores. Antes de decidirse a increparlos, a insultarlos groseramente por la tremenda putada que me habéis gastado, examinó despacio a la Paula, que estaba hermosa y exultante y aleteaba unos ojitos azules de vaya tarde que vamos a pasar; observó a Mireia, con la caja del famoso champany en su mano derecha, y sorprendió ausente al Rafa, enderezándose la solapa de su chaqueta de lino y contorneando sus zapatos para ver si aún brillaban. ¡Fotre, tíos, mira que habéis tardado!. Toneta apareció saltando en el umbral del hall, moviendo la cola como un ventilador y echándose la lengua por el hocico a ritmo de parabrisas. Pero, nano, ¿no habíamos quedado hoy domingo?, dijo Paula, ya dentro, limpiando con una gamuza el último elepé de Pavarotti, Josep Carreras y Mario de Mónaco

10ª EDICIÓN - 1994



LA PIEDRA

de **Antonio Luis Vera Velasco**
(GANADOR) • DE MAIRENA DE ALJARAFE (SEVILLA)

M

l padre... Mi padre decía que la lluvia son las lágrimas de los ángeles; por los pecados de los hombres. Y me parece que hoy, Clodio, las felonías de los cristianos se las hielan al meu santo Gabriel. Descansemos un momento, ya no puedo más —articuló Talio penosamente, sintiendo la lluvia gélida en la cara y dejando la piedra que arrastraban—. Luego, se incorporó para desentumecer los músculos, mientras su compañero se derrumbaba jadeando al borde del sendero.

Desde luego ya no eran jóvenes, y no era extraño que sus huesos se resintieran por el esfuerzo, pensó Talio, mientras buscaba con la mirada las huellas de la trocha por donde caminaban, entre los troncos poderosos de los castaños que se hundían en el barro. Luego, una ráfaga de viento glacial descendió desde las cimas del bosque para golpear con su hacha gélida los canchales. El aire gimió entre los riscos, se estremecieron los brezos y tiritaron las hayas al sentir su filo insistente, y Talio y su compañero se arroparon en sus capas de lana, cuando un trueno resonó en la lejanía y la lluvia se transformaba en nevisca. En la fortaleza de las nubes la luna se asomó brevemente a la noche, y por unos segundos Talio pudo divisar, entre las sombras de los helechos, el sendero por donde avanzaban. Los lejanos picos de los Montes de Paradanta se levantaron plateados frente a su vista, y Talio comprobó, al pie de un cadozo, la presencia claroscuro del majestuoso carvallo que les señalaba la cercanía de su meta. Después las nubes tornaron a ocultar la luna, mientras rebotaba en los farallones el aullido del lobo.

—Vamos, Clodio, continuemos. Sigamos antes de que esta maldita tormenta nos pudra los huesos —pronunció con resignación Talio, volviendo a agarrar las bandas de cuero para continuar arrastrando su piedra y sus recuerdos. Clodio se incorporó trabajosamente y un lamento gutural brotó de su garganta. —Ya lo sé,

Clodio —le habló Talio—, no es noche para recorrer la montaña. Pero, ¡ánimo!. Ya estamos cerca.

Tenían algo más de treinta y cinco años y ya eran casi unos ancianos. En realidad, ninguno de ellos conocía exactamente qué edad tenía, pero eso no importaba mucho en su mundo. Para unos campesinos como ellos, los pergaminos del *liber anoe* de los clérigos se resumía en el calendario intangible del correr de las estaciones: la segunda mujer de Clodio había muerto por San Eutelo, tras aquel año de buena cosecha de cebada; los hijos que les quedaban se les marcharían al agostarse una primavera; las golondrinas eran quienes les traían nietos, y las ráfagas invernales las que se los llevaban; a Marica, la rapaza de Clodio, la enterraron cuando florecieron las búgulas, y dos hijos se le perdieron a Talio por las quebradas de las sierras de la Peneda, durante una leva otoñal. Una leva como aquella en la que ellos mismos habían sido reclutados en su juventud para acompañar a las huestes de Vémula, el favorito del rey García y señor de Soutolobre, y a la que Talio recordaba como una sombra tenebrosa de aldeanos abandonando resignadamente sus chamizos, con sus hoces y guadañas al hombro en busca de predios humanos que desbrozar, mientras las mujeres, rodeadas de chiquillos confusos y taciturnos, miraban a sus maridos sin un murmullo de queja, sin una mirada de dolor o de ira que pudiera entenebrecerles aún más la partida. Eran las mujeres de su tierra, las mujeres de su aldea que, desde que nacían, se enraizaban como flores a las humedades tiernas de los bosques. Mujeres que se ataban a la servidumbre dura de los campos sin un gesto de reproche hacia sus hombres y que les entregaban, con un dolor mudo y estoico, los panes de bayas para el camino y un pote de unguento de lombrices hervidas para que les adormeciera las heridas, si es que Dios les destinaba, por sus pecados, la suerte de un mal morir.

Y las culpas de los hombres tuvieron que ser demasiadas en aquel verano de su guerra y juventud. La mayoría de los paisanos de Talio habían muerto luchando, intentando que las razzias musulmanas retrocedieran tras las fronteras del Miño, que tiñó sus aguas de rojo y exasperación. En la memoria de Talio resonaban todavía los alaridos de los moribundos arañando afanosamente la tierra, buscando un soplo de vida, mientras los caballos piafaban aterrorizados y los estandartes rutilantes de los barones se teñían con la sangre y las almas de los combatientes. Luego una calma grisácea invadió los campos de Oleiros, y los cuervos descendieron de las nubes en busca de su carroña. Y el olvido.

Talio y Clodio fueron de los pocos que retornaron a la aldea. A Talio no le habían dañado el cuerpo, pero una profunda esto-cada le había sajado en dos el alma. Aparentemente volvió a la rutina de su vida de labriego sin que los horrores de la contienda le hubieran derribado las almenas de su corazón; pero la visión de sus compañeros, olvidados en el campo de batalla y destinados a caer de las ramas del árbol de los recuerdos como las hojas en el otoño, había desplegado sus alas sobre los repechos de su pensamiento. Como un halcón monstruoso y turbulento, aquellas visiones terroríficas del mundo, que en su juventud viviera, habían volado incansablemente sobre las convicciones de su espíritu, hasta descender un día, con sus garras aceradas, sobre el vuelo in-conmovible de su ruda y áspera impasibilidad. Entonces, atormentadamente, por primera vez Talio meditó sobre el tiempo y la brevedad de la existencia, y llegó a comprender dolorosamente la inconsistencia del presente frente a la inexpugnabilidad del pasado y la vastedad del porvenir. Escuchando de nuevo su nombre en boca de sus convecinos, entendió finalmente la precariedad de la dignidad del ser humano y Talio, el siervo, sintió que él también escondía en su mansedumbre, como en un regueiro adormecido, la nobleza y el orgullo, pujante y soberano, de la torrentera invernal.

Recordó que todavía su padre fue en vida un hombre libre que se llamaba Xoan Piñeiro, y que sabía escribir en latín y que pagaba el canon herbático por las tierras bacarizas; y que su abuelo, lector de filósofos y hombres piadosos, fue un clérigo al que llamaron micer Talio de Riobó, hasta que el decreto del Papa Benedicto VIII bajó por San Cibrán a lomos de una mula para probar en él la consistencia de su amor por Jesucristo, obligándole a abandonar a su familia y anular los derechos legítimos de sus hijos, porque aquel despacho instauraba, sin excepciones, el celibato en los ministros de la Iglesia de la Cristiandad. Y Talio, el siervo, cuando al atardecer se sentaba al calor del hogar y descubría, en el fulgor de las brasas, los cuerpos putrefactos de sus compañeros y el cheiro de los cadáveres hinchados de los frisonos desperdigados por los valles, y contemplaba, en la danza vivificante de las llamas, cómo los pueblos se desmoronaban en el torbellino de la guerra y cómo la poca fe de los hombres, como los padres predicadores exclamaron apasionadamente en sus sermones, hacía que Dios tuviese que refugiarse en las escarpaduras más remotas, decidió una madrugada que él no se perdería en el dédalo de las cenizas de los siglos y reclamar, como cualquier noble infanzón abonetado de alcurnias, en cuanto tuviera la ocasión, su dignidad como hombre rescatándose del olvido.

Y los años encadenaron sus horas mientras las estrellas afianzaban sus ciclos. Los dramas, aquellos cánticos efímeros que en su mocedad, durante la Misa de Pascua, ensalzaban el encuentro entre las mujeres afligidas que esperaban junto a la tumba de Jesús, y el arcángel, que les daba la buena nueva de su Resurrección, habían tardado en volver, pero habían retornado al fin. Desde que las fronteras del Duero se habían abierto hacia el sur y más allá de sus fértiles riberas, una mañana de promesas había reverdecido dando paso a una añorada era de paz, donde el vertiginoso ailalá renacía de nuevo en las gargantas compesinas para confundirse

con el corazón estremecido de los tamboriles y volar, en las madrugadas de plenilunio, como una invocación de dicha atávica sobre los arroyuelos alegres del Termes y los dólmenes, silenciosos y espectrales, que levantaron otros viejos guerreros también olvidados por el tiempo.

Y las primaveras continuaron suavizando los vientos. Los otoños continuaron revistiendo de oro las hojas de los olmos cuando nuevos hombres y nuevos usos germinaron. Las gentes hablaban de sitios lejanos a los que les decían Cluny, y por nueve sueldos volvieron a comerciarse las vacas de vientre. Los besteiros retornaron a domar a los marañones en las claridades melancólicas de los plenilunios y las mujeres a preparar emplastos de San Basilio para aplacar la satiriasis, aunque aquellos nuevos monjes, a quienes llamaban benedictinos, no aceptaron el poder legendario de las brujas chuchonas y el efecto benéfico de una plegaria a San Carallán, unida a una cabritilla de ofrenda a la meiga de Cabernouro, para conjurar los dolores de las parturientas y reforzar la eficacia del aguardiente de altea.

Pero aquellos monjes, además de sus alocuciones y sus celosas plegarias al Altísimo, también traían oculto, entre los pliegues de sus hábitos y los aromas penetrantes de sus incensarios, el arquetipo sublime de una etérea esperanza; un soplo purificador que debía recorrer como una brisa impetuosa el planisferio de la Cristiandad. Los monjes traían esculpidas en sus almas la idea de un hombre nuevo, aunque para los labriegos nada hubiese cambiado, porque el sol seguía recorriendo las mismos confines y sembrando las siluetas de los robles en las mismas vaguadas. Sin embargo, pese a que Dios y los hombres continuaron amparándose tras las murallas más infranqueables, Talio presintió que era en aquellas formas macizas y voluminosas, en aquellos ábsides curvos que se erigían lentamente para proteger al Creador y por donde trepaban los co-reos de los doladores y zascandileaban las voces volvoretas de los

albañiles, donde se guardaba el secreto sibilítico de su más feriente deseo. Y un anochecer Talio lo descubrió al fin, porque cuando los últimos pilares delimitaron el pórtico de la abadía de Taboexa, reconoció que ese hombre nuevo que luchaba por nacer estaba encarcelado en las criptas de su espíritu.

Y ahora Talio y Clodio avanzaban arrastrando su piedra mientras el aullido del lobo se elevaba en la noche. Clodio, con el que compartía sus sueños, aunque a veces no llegara a entenderlos. Clodio, al que tuvo que coserle el rostro cuando un lanzazo le abrió la máscara desencajada de su cara. Clodio el sombrío, cuya alma perdió el don de la palabra desde entonces y que vivía aislado en la aldea, encerrado en el silencio ardiente de su pensamiento rudo y miserable. Clodio, que tiraba de la pesada piedra como si fueran los pecados de la desesperación del universo, que era su amigo y al que una mañana le había entregado toda su existencia al confiarle su secreto.

Cuando se percataron de que la nevisca había parado, Talio y Clodio se habían detenido, respirando profusamente para recuperar el resuello. Un viento sibilino se despertó dispersando la nubarrada y sintieron que sus ráfagas heladas les traspasaban los mitones con los que se protegían las manos. Entre las ramas desnudas y espectrales del carballo, el ulular del aire parecía recriminarles su presencia, y a Talio se le aceleró el pulso al pensar en los druidas, aquellos sacerdotes de los bosques que buscaban a los caminantes solitarios para abrirles las entrañas y que hablaban con los árboles. Un espasmo de temor bombeó sus venas y Talio se persignó impulsivamente mientras elevaba una plegaria a la Virgen del Corpiño para calmar su desazón. De repente, los contornos de la abadía de Taboexa se le descubrieron a la luz fría de la luna, y Talio sintió que la alegría le latía en las sienes y que un clamor de alborozo le quemaba la garganta: ¡Allí estaba!, ¡al fin lo habían conseguido!.

Olvidándose del cansancio, con un impulso eufórico, volvieron a retomar sus tiras de cuero y arrastrar su carga. Mientras se acercaban a la abadía como unos cirneos recelosos, en la imprecisión del claror pálido de la luna, Talio repasó los detalles de su plan en los recovecos de su memoria. Revisó la edificación, comprobando las obras de mampostería del pórtico y los entramados de argamasa; escrutó en las pilastras y reconoció las columnas del baptisterio, y llegó hasta aquel lugar del muro que él había seleccionado y donde el mortero aún esperaba, hasta que con la primavera llegara otra vez el buen tiempo, las órdenes de los maestros de obras. Allí era donde aquella noche ensamblarían su sillar, su deseo escondido que él lacraría con su voluntad y que les perpetuaría como hombres.

Avanzando por el lodo de los primeros aguanieves del invierno llegaron hasta los pórticos de la abadía. Pasaron bajo el arco de la escalinata tirando trabajosamente de la piedra. De repente un escalofrío de terror animal se les aferró al alma cuando un viento negro se enredó ululando perversamente en las columnas y escapó hacia el cielo abierto del crucero. El lamento profundo de Clodio pareció despertar todos los terrores dormidos de Talio, que comenzó a tirar de la piedra frenéticamente mientras miraba a la luna, que parecía sonreírles como una diosa espectral. A la memoria de Talio vinieron viejas historias de aparecidos, y notó que se le agolpaban en su pecho las supersticiones milenarias de su pueblo.

—¡Vamos, Clodio! ¡Unos metros más! Éste es un lugar sagrado y seguro, que no nos puede pasar nada —dijo sin convicción.

La hierba aplastada parecía el camino amargo de la desolación cuando al fin llegaron al lugar que habían elegido. Soltaron nerviosamente las bandas de cuero que ceñían el sillar y Talio se dispuso a preparar la argamasa que transportaba en un saco. Clodio, con los ojos desencajados, parecía encontrarse en los umbrales del infierno. Acechaba a su alrededor como si esperara en-

contrarse con los demonios más perversos de sus creencias. Sus ojos clavaban sus terrores en los muros cubiertos de enredaderas, intentando descubrir los íncubos dantescos que forjaba su imaginación en las profundidades de los altares laterales humedecidos por el moho, y cuando la nevisca afirmó su fiereza, un lamento infantil surgió de su garganta.

—¡Valor, Clodio! ¡Ya he terminado! Agarra por ese lado y coloquemos la piedra en su sitio.

En la oscuridad, con los músculos en tensión, izaban la pesada piedra cuando Talio resbaló. Clodio lanzó un aullido a los cielos enfurecidos al notar que la piedra se giraba y que él caía tras ella, mientras una arista de dolor acrecentaba el grito de dolor que emitió Talio.

—¡Otra vez! ¡Levántate! ¡Vamos, maldito, levántate!

Sin preocuparse por la herida de su brazo, Talio incorporó salvajemente a Clodio, que temblaba como un azogado. Talio sentía que la sangre le empapaba la ropa como una savia caliente; pero, aunque notaba que también a él el terror le encharcaba las hoyas de su mente con las aguas turbias de sus deseos de huida, la sombra tenebrosa de su piedra, de su destino, le infundió el valor necesario para tirar de ella tras revisarla ansiosamente.

Una vez más sus músculos quisieron convertirse en los troncos soberanos de los robles y se tensaron como cuerdas de ballestas. Poco a poco, afirmando los pasos, en la negrura que les envolvía, llevaron la piedra junto a los otros sillares y, con un supremo esfuerzo, la colocaron en su sitio.

—Lo hemos conseguido, Clodio. Gracias a la Virgen, ya está. Ya podemos irnos.

Talio echó un brazo por encima de los hombros de Clodio. Agotados, resbalando bajo la lluvia, volvieron a cruzar los pórticos de Taboexa en busca de su sendero. Mientras avanzaban penosamente de vuelta a sus hogares, mientras recorrían sus pasos

bajo aquellos primeros aguanieves del invierno, mirando hacia los siglos venideros, Talio no dudaba que sus vidas ya tenían un sentido. Con el alma henchida de alegría contempló a los hijos de sus hijos recontrándose cuando en los tiempos futuros concluyeran los altares de Taboexa y los cirios encendidos hablaran del amor de sus hombres hacia su Creador. Con el alma rebosante de esperanza, Talio percibió cómo le hallaban en una esquina de aquel sillar recóndito y humilde de un muro de Taboexa y cómo los hijos de sus hijos, sus infinitas generaciones, cuando se arrodillaban para encontrarse con Dios, al pasar las yemas de sus dedos sobre la piedra, deletreaban en aquellos trazos diminutos y humildes que a él le habían costado casi una vida descubrir y muchas noches de esfuerzo grabar: «Talio, al que apodaron siervo, tuvo un amigo que se llamó Clodio y fue siempre un hombre con el alma libre. Su padre se llamó Xoan Piñeiro y el padre de su padre, mi- cer Talio de Riobó».

Y Talio, mientras sentía que sus temores ancestrales se le diluían como la escarcha al amanecer, no llegó a intuir que el Destino era el único espectro real que vagaba aquella noche sobre los caminos solitarios de la Tierra. Que el Destino, aquella madrugada, cuando vagabundeaba por las soledades de los montes y valles de Paradanta, había decidido perversamente que Clodio y él nunca serían rescatados del olvido de los hombres. Y es que, macabramente, con la caída de su sillar, el Destino, dando la vuelta al universo, los relegaba a la desmemoria de los siglos por toda la eternidad; porque, en definitiva, mientras ellos caminaban hacia su aldea, su recuerdo, sus nombres, sus vidas, aquellas letras esculpidas trabajosamente sobre una cara de su piedra, llenaban sus concavidades y fraguaban sus líneas con la argamasa que las unía a un sillar, también recóndito y humilde, de la pequeña abadía de Taboexa.

10ª EDICIÓN — 1994



LAS NOCHES GALANTES

de **Juan Manuel de Prada Blanco**
(ACCÉSIT) • DE ZAMORA

*«El que admira a alguien por algo necesita,
para vivir a gusto, compadecerle
por alguna otra cosa».*

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

INTELIGENCIA, dame el nombre exacto de las cosas. Que mi palabra sea la cosa misma, creada por mi alma nuevamente. Que por mí vayan todos los que las conocen, a las cosas». Así rezaba yo, noche tras noche, con una sensación anticipada de frustración, como quien, situado entre el fervor y el escepticismo, aguarda el advenimiento de un milagro. Al otro lado de la calle, a tan sólo diez metros de distancia, don Hipólito Prados, cima de nuestra poesía local y espejo donde yo anhelaba contemplarme algún día, trabajaba en su gabinete, ajeno al desaliento, emborronando cuartillas con el generoso caudal de sus endecasílabos. «Inteligencia, dame el nombre exacto, y tuyo, y suyo, y mío, de las cosas, alumbrame con la llama de la poesía, esa luz insomne que prende y ya jamás se consume, otórgame el sagrado don de la palabra escrita», repetía una y otra vez, haciendo del poema de Juan Ramón un ejercicio de devoción profana, mientras don Hipólito Prados, el favorito de las musas, sustituía la carga de tinta de su estilográfica y tamborileaba con los dedos sobre la madera del escritorio, marcando la prosodia de sus versos. El gabinete de don Hipólito Prados, iluminado por una lámpara menesterosa, aparecía ante mis ojos enmarcado por el recuadro de la ventana, como replegado en sí mismo, inaccesible tierra incógnita allá al otro lado de la calle, oasis de luz en la noche definitiva. Mi habitación se hallaba justo enfrente de aquel gabinete, separada por una especie de pla-

zoleta (en realidad un ensanchamiento de la calle) que el Ayuntamiento había bautizado con el pretencioso nombre de Plaza de Hipólito Prados. Y allí estaba yo, como un reflejo sordo e insignificante, agazapado en el anonimato, incubando la esperanza absurda de que quizás algún día (la remisión al futuro es la coartada del fracaso), por alguna inexplicable alquimia, yo también sería un poeta famoso, penetrado de genialidad, al igual que don Hipólito, y fantaseaba con la posibilidad remota de que mi existencia se contagiase de la existencia de mi maestro, hasta que nuestras almas, liberadas de sus envolturas materiales y como consecuencia de una extraña simbiosis, se pudiesen intercambiar. De este modo, nuestros cuerpos se turnarían a la hora de custodiar la antorcha del numen poético, igual que se turnan o suceden los centinelas en su labor de vigilancia. Pero mientras aquella simbiosis no se produjera, don Hipólito y yo seguiríamos ocupando, como entes disociados, nuestras posiciones tan opuestas, él a un extremo, aureolado de inmortalidad, yo al otro, derrochando mi juventud entre conjuros inútiles.

Don Hipólito Prados despertaba en mí esa admiración incondicional, mezcla de romanticismo y fijación morbosa, que conduce a la idolatría, a esa necesidad urgente de conocer y hasta de compartir la intimidad, sin desdeñar la intromisión y el espionaje, una fascinación fanática y muchas veces incongruente que aspira al conocimiento pleno de la persona admirada, desde sus preferencias artísticas hasta la frecuencia de sus latidos o las variaciones que un catarro introduce en el metal de su voz. Don Hipólito Prados trabajaba en su gabinete con dedicación de orfebre, con esa constancia conmovedora y artesanal que sólo poseen los miniaturistas. Don Hipólito Prados inventaba cada noche,

en la soledad gremial de su gabinete, un soneto cuajado de metáforas más o menos campestres que su intuición de poeta iba engastando en el lugar preciso, hasta completar los catorce versos. Don Hipólito cincelaba sus sonetos auspiciado por el lirismo de la noche, por esa fragancia exhausta que sólo la nocturnidad nos brinda. Don Hipólito escribía sus endecasílabos con la aplicación del amanuense que se gana un sobresueldo copiando inventarios notariales. Don Hipólito escribía, en definitiva, sin esa exaltación que solemos atribuir a los poetas, en un proceso parsimonioso donde cada verso se hacía más largo que la condena de Sísifo. Don Hipólito iba construyendo su obra sin someterla a los altibajos de la inspiración, como quien es consciente de estar completando una misión histórica. Quizás en esto consista la profesionalidad.

Don Hipólito Prados, maestro de poetas locales, arrastraba un pasado de enfermedad y peregrinaje que añadía interés a su biografía. Después de una juventud provinciana, consumida entre poetas patrióticos y juegos florales, don Hipólito había abandonado la ciudad que lo vio nacer, a la búsqueda de la fortuna. En ciertos círculos proclives a la calumnia se le atribuía un enriquecimiento muy poco literario (olvidaban que Rimbaud también había cultivado el delito): contrabando de armas, desfalcos millonarios y otras trapisondas de este jaez. Por el contrario, la versión oficial —difundida por el propio don Hipólito— hablaba de vagabundeos cosmopolitas y de una tuberculosis contraída en circunstancias anacrónicas, en plena era de la estreptomycin, que le había obligado a mantener reposo en sanatorios de difícil localización. Sea cual fuere la verdad, ambas suposiciones —la oficial y la oficiosa— se complementaban y contribuían a formar una imagen casi mítica, llena de claroscuros y zonas de

sombra, como conviene a la creación de cualquier mito. De regreso a su ciudad natal, don Hipólito Prados había adquirido una casona de piedra, con escudo nobiliario y alda de bronce, y en ella se había recluido, consagrado a una obra en su mayoría inédita, pero presumiblemente genial, una obra con vocación totalizadora cuyas líneas maestras don Hipólito adelantaba en entrevistas concedidas a los micrófonos de la radio local, entrevistas en las que empleaba una voz amable, salpicada de toses y esputos, los achaques propios de una tuberculosis mal curada. No se sabía a ciencia cierta en qué consistía la obra de don Hipólito (en sus declaraciones, algo reticentes y aturulladas, él hablaba de una colección de sonetos que «celebrasen cada piedra, cada gota de agua, cada átomo de luz», en velada alusión a un proyecto panteísta o meramente enciclopédico), y, sin embargo, era esperada como agua de mayo, con esa expectación un tanto arbitraria que participa de la fe religiosa que los humanos sólo depositamos en las empresas más inverosímiles. Muy de vez en cuando, aparecían en el periódico sonetos firmados con seudónimo cuya autoría algunos malintencionados no dudaban en atribuir a don Hipólito. Eran, por lo general, sonetos llenos de imágenes agropecuarias, indignos de su talento (del talento que se le suponía) y lastrados por un lirismo ramplón:

Por sendas, por caminos de trigales,
por asfaltos en tierra castellana
llegan a la ciudad, en caravana
los hombres, las mujeres, los chavales.

Sonetos casi siempre disertativos, poco convincentes en su enumeración de casticisms, sonetos pedestres, poseídos

de un optimismo sonrojante que celebraba las bellezas del paisaje:

Es domingo y temprano. La mañana
se alumbra con un sol madrugador,
que llenará de luz y de esplendor
el monte, el valle, el prado y la besana.

A la publicación de estos sonetos se seguía una polémica de atribuciones, exabruptos y palinodias que solían concluir con una carta de exculpación que don Hipólito enviaba al periódico y en la que, en un tono melindroso, rechazaba la paternidad de aquellos sonetos espurios, si bien reconocía ciertas afinidades en el versificador anónimo, y hasta posibles coincidencias en el punto de vista. Las cartas de don Hipólito, lejos de disipar las sospechas, alimentaban una picaresca que no beneficiaba precisamente su reputación, consolidada sobre cimientos no demasiado firmes. Como antídoto a esta picaresca, se promovieron desde los sectores oficiales actos de homenaje para compensar la violencia de algunos escritos difamatorios. Durante aquel mes de agosto, especialmente ajetreado en el capítulo de descalificaciones, el Ayuntamiento decidió terciar en la polémica, nombrando a don Hipólito hijo predilecto de la ciudad y bautizando una plazoleta con su nombre, en señal de desagravio. Asimismo, la Sociedad de Viudas Románticas, integrada por algunas de las damas más conspicuas de nuestra ciudad, decidió confiar a don Hipólito la dirección de sus actividades culturales. La Sociedad de Viudas Románticas se había formado, años atrás, como respuesta inevitable a la nostalgia de una juventud interrumpida por el luto. La Sociedad de Viudas Románticas era una especie

de sindicato para mujeres embellecidas por la muerte y las herencias que desplegaba una serie de actividades benéficas, ejecutada con esa eficacia levemente sexual que sólo las viudas practican. La Sociedad de Viudas Románticas congregaba en su seno a mujeres de condición patricia que acallaban su insatisfacción a través de un culto fetichista al marido extinto. Todas las noches, durante aquel mes de agosto, las viudas se reunían en la casona de don Hipólito, enaltecidas por un silencio que tenía algo de sumisión o espera lúbrica. Acudían con una puntualidad indeclinable, envueltas en el vendaje negro de sus vestidos, clandestinas y algo temblorosas, como vírgenes en el tálamo. Media hora antes de su llegada, don Hipólito ya había interrumpido su labor creativa y se había emperejilado a conciencia, hasta adquirir ese aplomo viril, corregido por un cierto afeminamiento, que constituye el éxito de cualquier hombre que aspire a desenvolverse con naturalidad entre una nube de mujeres promiscuas y sentimentales. Yo, por mi parte, aguardaba pendiente del reloj el momento en que, siguiendo las instrucciones de don Hipólito, debería incorporarme a mi puesto de mayordomo apócrifo. El trabajo de mayordomo lo realizaba de balde, a cambio de poder participar, siquiera por unas horas, de una existencia superior y cultivar esa máxima que aconseja ser sublimes sin descanso. Don Hipólito, que jamás había contemplado la posibilidad de contratar servidumbre, aceptó mi oferta a regañadientes, sorprendido de suscitar entre el vecindario lealtades rayanas en la esclavitud: después de algunos forcejeos, consintió en utilizarme como elemento decorativo en las veladas que se organizaban en su casa. Aunque al principio me costó actuar con desenvoltura, no tardé en asimilar todo un repertorio de reverencias y en granjearme la

confianza de mi maestro, quien, sin desembolsar un duro, podía presumir de mayordomo y gozar de un gran predicamento entre las viudas, ya de por sí predispuestas al halago. Don Hipólito me franqueaba la puerta de su casona, basílica secreta donde se cocinaban los ingredientes de la poesía, y me daba los últimos consejos, abreviados por la premura, mientras en la calle se escuchaba, cada vez más nítido, el taconeo de las viudas al caminar.

—Y nada de protagonismos, ¿eh, chaval? Tú te limitas a recibirlas, las conduces al salón y santas pascuas. Luego, cuando yo te haga una señal, sirves el champán. No quiero intervenciones de puro lucimiento, ¿entendido?

Yo asentía con la modestia de un criado bien remunerado. Don Hipólito usaba conmigo el despotismo propio de los hombres aquejados de vanagloria y tuberculosis. Claro que, sin ese despotismo, don Hipólito hubiese carecido de ese especial atractivo que poseen quienes se creen predeterminados a la gloria. Don Hipólito era un hombre enflaquecido por la fiebre, algo canijo, con una calva donde relucía toda la poesía del mundo y una voz de rapsoda matizada de resonancias castrenses. Don Hipólito usaba gafas con montura de carey y lentes profundas que le agrandaban los ojos (sobre todo la córnea), hasta convertirlos en los ojos desorbitados de un besugo.

—Descuide, don Hipólito. Yo me quedo quietecito en un rincón y hago la estatua.

Más o menos conforme, don Hipólito se retiraba al salón, como intentando disfrazar la visita de las Viudas Románticas con una nota de imprevisión. Las viudas no tardaban en golpear la aldaba, y yo les abría con gran solemnidad, doblaba la cintura sin flexionar las rodillas y mantenía erguida la cabeza, procurando no desviar la mi-

rada hacia el tropel de piernas que se me ofrecía, enfundadas en medias de seda. Doña Amparo, presidenta de la Sociedad, encabezaba la comitiva y se encargaba de formular la pregunta de rigor:

—Buenas noches. ¿Puede recibirnos don Hipólito?

Lo preguntaba con ese desapego nacido de la hostilidad o la indulgencia con que las marquesas tratan a las clases inferiores, desapego que en el fondo encubre una oscura forma de lujuria.

—Por supuesto, señoras. Si son tan amables...

Extendí el brazo en dirección al salón, apuntando a la puerta de doble hoja que las separaba de don Hipólito. El grupo de viudas formaba un todo homogéneo, difícilmente individualizable, que me turbaba con su belleza, propia de seres que contemplan el sufrimiento ajeno sin que les inspire sentimiento alguno de piedad, una belleza insolente, colectiva y como satisfecha de sí misma que encendía en mí una chispa de deseo, una afán de profanación que nunca se llegaría a consumir. Las viudas avanzaban, envueltas en ese halo de profanación que las hacía próximas y a la vez tan distantes, como vestales ensayando los pormenores de un rito. En sus escotes, afloraba la ofrenda de sus senos, esa luna creciente que pugnaba por hacerse llena y vencer la aspereza del luto. Don Hipólito se hallaba sentado ante su piano de cola, entre el terciopelo del taburete y el marfil del teclado. Sus dedos tejían arpegios y se movían como arañas enormes y despellejadas; eran unos dedos sarmentosos, dedos de Chopin que otorgaban un prestigio doblemente anacrónico a mi maestro.

—¡Mis queridas amigas! Ya comenzaba a dudar de su puntualidad.

Doña Amparo alargó su mano enguantada de negro, y don Hipólito la besó con una fruición que denotaba va-

sallaje. Las viudas, antes de ser invitadas a hacerlo, se acomodaron en las butacas dispersas por el salón con una seriedad adusta, aprendida en tantas noches de velatorio y fidelidad póstuma. Al cruzar las piernas, mostraban unas rodillas casi sacrílegas, de tan blancas y redondas. Don Hipólito reservó para la presidenta de la Sociedad el taburete del piano, único asiento que quedaba libre, y luego recorrió con una mirada no exenta de vanidad el gineceo que congregaba en su salón, sintiéndose sin duda un nuevo Hércules agasajado en el país de las Amazonas.

—Queridísimas señoras —dijo, después de algunos carraspeos— muchas gracias por arroparme con vuestra impagable compañía en esta noche de un mes de agosto que presto concluirá, para traer a vuestros lares una vida más llena de afectos y fragancias, de amor y de fervores. Un agosto que ya ha convertido las esmeraldas de las tierras en oro de trigales, y los pámpanos frescos de las vides en orondos racimos de venturosa vendimia, para que así se vuelva a producir el milagro de la Eucaristía.

Las veladas poéticas que don Hipólito dispensaba a la Sociedad de Viudas Románticas adquirían pronto una temperatura inequívocamente sexual, a fuerza de insistir en los aspectos más bucólicos de la naturaleza y de salpicar su monólogo con una tos cavernosa, como nacida de los pulmones, que a veces se le subía hasta la boca en forma de esputo que él se apresuraba a recoger entre las dobleces de su pañuelo, igual que una niña guarda flores resacas entre las páginas de un libro. Los esputos de don Hipólito, flores diminutas y ensangrentadas, se desecaban entre las dobleces de la tela, como testimonios vegetales de una enfermedad lírica que no se terminaba de curar. Las viudas asistían a estos accesos entre la repugnancia y la fascinación,

y sujetaban entre sus brazos el cuerpo desvencijado de don Hipólito, orgullosas de poder asistir en su agonía a un Bécquer de nuestro siglo. El salón se llenaba de bacilos de Koch, que flotaban en la atmósfera como partículas de un polvo dorado, una especie de polen que impregnaba el luto de las viudas y las fecundaba con la semilla del amor y la literatura. Don Hipólito, con la excusa de sus tisis, lograba remover en las viudas ese poso de curiosidad que toda mujer siente hacia el enfermo, y hacía de esta facultad un ejercicio de seducción que desarmaba las defensas de aquel grupo de viudas románticas y las rejuvenecía, transportándolas al día en que murieron sus esposos, a la hora más juvenil de su existencia.

—Don Hipólito, no se nos muera, por Dios —le decían, y le daban golpecitos en la espalda, como ayudándolo a expectorar.

Yo, mientras tanto, permanecía quieto en un rincón del salón, escuchando la respiración oxidada de don Hipólito, no sabiendo si atribuir la virulencia del ataque al curso de la enfermedad o a sus dotes interpretativas, a su capacidad para recrear un mal ficticio y ganarse así el ánimo de las viudas, que ya lo habían recostado sobre un diván y le aupaban la cabeza con cojines y almohadas. Don Hipólito me hizo una señal de difícil interpretación desde el catafalco improvisado y yo, de inmediato, me acerqué con una bandeja repleta de copas de champán, sorteando la multitud de las viudas.

—No se preocupen, queridas amigas —les tranquilizaba don Hipólito—. Se trata de un acceso de tos sin importancia. Vamos, beban una copita a mi salud, verán que formidable lenitivo.

Y para que no quedaran dudas al respecto, ahogó sus tos con un sorbo de champán que en parte se le derramó

por las comisuras de los labios. Las viudas le lanzaron miradas de reproche, llenas de un brillo febril que aleteaba en el fondo de sus pupilas, como si don Hipólito les hubiese contagiado su enfermedad. Doña Amparo fue la primera en apurar su copa y arrojarla por encima del hombro, poseída por el frenesí de una bacante. A continuación, dejó escapar una carcajada sucia y gutural.

—Usted lo que quiere es emborracharnos y llevarnos al huerto, don Hipólito. Menudo cachondo está usted hecho.

Lo dijo con una seriedad que desmentía la anterior efusión de alegría. El calor de agosto se depositaba sobre las copas y burbujeaba en el silencio del champán. Don Hipólito iba adquiriendo un aspecto macilento, muy a tono con su enfermedad, y ya apenas si podía tomar aire. El cerco de las viudas se estrechó sobre el diván, aquel sarcófago de terciopelo granate, y se agrupó sobre el cadáver prematuro de don Hipólito. De repente, las viudas empezaron a desabotonarse las blusas y a exhibir sus cuerpos despojados de luto, regenerados ante la proximidad de la muerte. Don Hipólito, inflamado de pleura y deseo, alargó los brazos sin demasiada convicción, como si aceptar el placer le acarrearía un tormento insoportable. La piel de las viudas tenía una consistencia blanca, casi espectral, una textura virginal y adolescente; sólo la mancha del pubis ponía un estigma de luto en su desnudez. La escena tenía ese aire profano e irreal de las pesadillas, el aroma fosilizado de los sueños concebidos durante la infancia y, por desgracia, definitivamente desterrados. Las viudas se fueron echando sobre el diván, una tras otra, con una seriedad demasiado monótona, demasiado siniestra, hasta cubrir por completo a don Hipólito. Doña Amparo se acopló al agonizante y lo sometió a una gimnasia de jadeos y exequias.

—Ahora recíteme uno de sus sonetos, don Hipólito. Quiero escuchar uno de sus sonetos mientras disfruto de usted.

Don Hipólito permaneció en silencio, inerte ya, desamparado por la tos y los endecasílabos. Sentí una tristeza mortal, pero también un regocijo íntimo, al comprobar que la inmensa obra de don Hipólito, esa obra que yo había alojado en el templo de mi imaginación, elaborada lentamente, gota a gota, se desvanecía de pronto, al hilo de la realidad dictada por doña Amparo. Comprendí, con esa sensación agrisulce que produce el asesinato de nuestros ídolos, que don Hipólito Prados había sido una proyección artificial de mí mismo, una cáscara sin fruto que ni siquiera ocultaba un misterio. Don Hipólito había padecido la mediocridad que padece el común de los mortales, esa impotencia para nombrar las cosas que yo creía una enfermedad exclusivamente mía. Le habían faltado las palabras, ese tesoro gratuito que se puede gritar con impunidad pero que casi nadie se atreve a gritar, porque es escurridizo y candente y su sonoridad nos hace temer el día en que, por contraste, amaneceremos mudos y nos tendremos que alimentar con palabras ajenas, con la repetición de otras palabras que jamás nos pertenecieron, que fueron pronunciadas por otros y que, al ser repetidas, implican una claudicación. Ese día terrible en que nuestros pulmones, ennegados de silencio, sentirán el filo de lo inevitable, esa enfermedad incurable que nos va despojando de palabras, que nos enmudece y sepulta en el ataúd del olvido.

—Vamos, a qué espera, don Hipólito. Recíteme un soneto.

El cadáver de don Hipólito iba adquiriendo la rigidez de un reptil en hibernación. La comitiva de las viudas desfiló

ante él, sellando sus labios con un beso casto, una caricia de luto y crespones sobre su boca de muerto, vacía de endecasílabos, sucia de tos y tuberculosis, envilecida de silencio y mediocridad. Me marché corriendo, satisfecho por haber colaborado con mi pasividad en el funeral. Sólo un temor ensombrecía mi dicha: la sospecha del contagio, la sensación de haber heredado de don Hipólito el germen de la impotencia creativa. Ese germen que borraría ya para siempre el nombre exacto de las cosas.

11ª EDICIÓN — 1995



LA MIRADA DE OTRO

de **Teresa Torres Morán**
(GANADOR) • DE VALENCIA

LA casa había quedado vacía. Raramente la alquilaba alguien en el mes de octubre; la primera quincena, si acaso. Como siempre, encargué a Rosario la tarea de adecentarla. En tan sólo tres horas era capaz de dejarla como si no hubiera pasado nada en ella. ¿Nada? No, que cuántas cosas habían visto sus paredes desde que se alzaron a principios de siglo, conteniendo las vidas de tres generaciones, la de mis abuelos la primera. Cuando yo era niño, la planta baja guardaba los establos, en los que las vacas y cerdos vivían en tumultuosa armonía, y la leñera. En el primer piso estaban la cocina, el cuarto de la plancha, un baño y el trastero, desde el que, por unas escaleras, se accedía a la leñera; a mí me tenían terminantemente prohibido abrir esa puerta. En la cocina, según me contaban mis padres, era donde se hacía la vida, aunque, al parecer, el fogón de leña no era suficiente para calentarla, así que, cuando nací yo, se le arrancó un buen trozo para convertirlo en comedor. Pero a mí, lo que más me gustaba era el cuarto de la plancha, las largas tardes de invierno, con Rosario planchando sin dejar de cantar, mientras yo la escuchaba y la miraba ir y venir sobre la ropa con aquel extraño artilugio al que no podía acercarme. «Venga, que si te portas bien te canto la del marinero», y entonaba con voz de opereta: «Él vino en un barco, con nombre extranjero», y cuando llegaba a lo de «Errante lo busco por todos los puertos», yo ya me había dormido, la cabeza entre los brazos, apoyado en la pila de sábanas con olor a jabón lagarto, y a lejía, y a plancha. En el piso de arriba estaban las habitaciones, la de mis padres, presidida por un cuadro desde el que un Cristo crucificado miraba con bondad extrema a pesar de su cuerpo plagado de heridas (yo nunca entraba en esa habi-

tación a no ser que fuera indispensable), el cuarto de la criada, o sea, el de Rosario, que entró en casa de mis padres cuando yo nací, y el mío. Parece ser que el de la criada estaba pensado para otro hermano que se quedó en el camino, a poco de casarse mis padres. A mi madre le costó bastante volver a quedar embarazada, y cuando yo llegué por fin, ella tenía 38 años, fue una fiesta. «Dentro de nada nos dejará», lloriqueaba mi madre en cuanto veía que había crecido dos centímetros. La verdad es que no había jóvenes por allí, sólo niños mayores. En cuanto cumplíamos los catorce años había que pensar en si se seguía estudiando, lo que quería decir salir del pueblo y marcharse interno a Villalba, o seguir allí hasta cumplir el servicio militar, tras lo cual buscabas trabajo en cualquier sitio. O sea, que, de todos modos, ya no volvías.

Yo me marché del pueblo a los catorce. Mi madre habló con una amiga suya de la infancia, que vivía en Villalba, y que se avino a hospedarme por un precio aceptable, y pude seguir estudiando. Cuando acabé el bachillerato me metí en Magisterio y saqué las oposiciones con buen número, con lo que conseguí quedarme como maestro en el mismo colegio en el que había cursado mis estudios superiores. Pero una vez afincado, y superadas las primeras ansias de vuelo, empecé a añorar mi pueblo, su tranquilidad y la cordialidad de sus gentes. Así que cuando murió mi padre y heredé la casa (mamá había muerto unos años antes), y aunque mi plaza de maestro se encontraba un poco lejos del pueblo que me había visto nacer (dos horas largas de coche, por carreteras tortuosas), no dudé en conservarla pensando que podía pasar allí las vacaciones y los fines de semana. Luego decidí que alquilarla durante los meses de verano podía resultar muy ventajoso para mi economía.

—Señorito, los «alquilinos» se han dejado esto en el aparador de la entrada —dijo Rosario, a la vez que me tendía una libreta, un bloc de tapas verdes.

No era raro que se dejaran cosas, cacharros de cocina, cepillos de dientes... Si era algo importante siempre tenía la posibilidad de averiguar su domicilio en la inmobiliaria, pero nunca había hecho falta. Cogí el bloc y dos bolsas llenas de libros y pregunté, alzando la voz sobre el canturreo que venía desde la cocina.

—Rosario, ¿ha arreglado ya el piso de arriba?

—Sí, puede subir ya si quiere. Yo en nada acabo y me marcho, que Mariano a las ocho quiere la cena en la mesa y, si no, menudo se pone.

Hice varios viajes transportando cajas y bolsas y luego me tendí en la cama y abrí la libreta. Sus páginas estaban llenas de una letra cambiante, a veces menuda y otras grande y redondeada. Las última hojas quedaban en blanco. Los párrafos, precedidos por fechas, indicaban que se trataba de un diario. Entonces me percaté de lo cansado que estaba. La semana había sido particularmente dura —diga lo que diga El Corte Inglés, la depresión de la vuelta al cole ataca por igual a profesores y a alumnos— y, sin darme cuenta, mientras en mi cabeza revoloteaba la canción de mi niñez, me quedé dormido.

—¡Señorito, me marcho ya! —oí entre sueños—. ¿Quiere que le prepare algo para cenar?.

Me incorporé en la cama, haciendo esfuerzos vanos para apartar la somnolencia, y grité:

—No, no se preocupe, Rosario, luego bajaré al bar a comer cualquier cosa —cerré los ojos y me volví a dormir.

Cuando me desperté eran más de las diez. Me duché y me vestí con la sensación de que lo hacía todo a cámara

lenta. No tenía ganas de salir, así que me preparé un bocadillo y me lo comí mientras veía en la televisión una película policiaca que no llegué a entender.

Esa noche, junto con el libro cuya lectura me llevaba acompañando ya varios días, me llevé a la cama la libreta. Efectivamente, era un diario que se abría el 1 de septiembre. Yo había dormido allí la noche anterior, y a las nueve de la mañana me había despertado Rosario con prisas, para dar el último retoque a la casa.

Acabamos de llegar. El viaje ha sido un poco duro, la verdad es que estoy cansadísima, Carlos más que yo, pero ha valido la pena. El sitio ha resultado ser como me esperaba: casi idílico, aunque resulte cursi decirlo, con valles, montañas y vacas, sólo falta Heidi trotando detrás de cualquier cabra, y la casa está muy bien, en plan funcional, como nos dijeron, pero sin dejar de ser agradable. Lo que de verdad es una maravilla es la vista desde la ventana del comedor. No nos habían engañado. Pero luego sigo, hay que deshacer las maletas.

Me entusiasmó que se tratara de un diario, un diario íntimo, desconocido, con un solo lector: yo. La idea de ser su destinatario, aunque casual, me enorgullecó. Entonces sentí que no debía leerlo, y durante un momento me reprimí con dureza; pero en seguida volví a abrir la libreta que había cerrado avergonzado. Ese día no había seguido escribiendo. Siempre hay mucho que hacer cuando se llega a un sitio nuevo, me dije con sorna, dirigiendo la vista hacia las cajas llenas de ropa, libros y otros enseres para el invierno que se apilaban en el suelo. Me dispuse a seguir la lectura, preguntándome, curioso, cómo sería esa mujer. Me habría gustado verla. Verla levantarse, como contaba al día siguiente, por ejemplo.

(2 de septiembre) Me he levantado temprano. Lo primero que he hecho ha sido ir al comedor y mirar por la ventana. Un camino discurre atravesando los campos a través de una loma hasta el pueblo de enfrente. A su derecha una montaña enorme parece recostar su pico sobre una almohada-nube de color rosado. Le propondré a Carlos acercarnos esta tarde. Hace tanto tiempo que no paseamos juntos.

Me hizo gracia lo de la nube; cuántas veces me habré quedado yo también mirándola desde esa misma ventana. La montaña es mi montaña, la que me hacía llorar de pequeño cuando las nubes la cubrían por completo, invadiendo también el pueblo aposentado en su falda. «La montaña se ha ido, mamá. La montaña se ha ido», lloriqueaba angustiado, tan distinta la sentía en esos momentos de aquella que me sonreía al despertar, radiante, los domingos de sol.

Me he preparado el desayuno con la leche que compré ayer. En cuanto llegué al pueblo procuré enterarme de si vendían leche de vaca. En efecto, mi olfato no me había engañado. ¡Leche de vaca auténtica! Pero lo mejor ha sido que al abrir la alacena en busca de azucarero, me he encontrado con un libro. Un lugar extraño para dejar un libro ¿no? o igual es que es un libro especial para desayunos. Es una antología de Benedetti. Por su aspecto parece bastante manoseado, leído, quiero decir. Muy amable su dueño, dejándolo para mí. Gracias desconocido.

Conque entonces era ahí donde me lo había dejado, sonreí. Se ve que el último día, con las prisas de Rosario y lo dormido que iba, había recogido lo del desayuno y lo había guardado todo junto. Estuve a punto de levantarme para ver si lo había dejado en el mismo sitio, pero, no, Rosario

lo habría encontrado. Confiaba en que no se lo hubiera llevado. No era una gran edición, pero me había acompañado durante muchos años y estaba lleno de apuntes, marcas y vivencias, al fin y al cabo.

Ha sido muy agradable el desayuno con el valle y la montaña enfrente, y con Benedetti ante el vaso de leche. El libro está subrayado y con anotaciones en los márgenes. Siempre me ha gustado leer libros así. Son libros con dos lecturas, cada nota un atisbo del sentimiento del lector anterior, un descubrimiento. Aunque normalmente conozco a su dueño y de éste no sé absolutamente nada. A ver...¿No pondrá...? Sí. Ahora ya sé algo de él. En la primera página hay una fecha y un nombre: Javier, así, simplemente, Javier, y al lado: 11 de abril de 1984. Se lo deben de haber dejado los anteriores inquilinos. Lo he abierto al azar, es la mejor forma de que los libros hablen, y me he encontrado con lo que sigue: «De vez en cuando la alegría tira piedritas contra mi ventana, quiere avisarme que está ahí esperando». Bien. Justo eso es lo que espero de estas vacaciones. Gracias otra vez, desconocido. Bueno, desconocido ya no, Javier. Iré conociéndote según lea. Por cierto, Carlos todavía está durmiendo. Voy a despertarle.

Genial. Lo que yo había calificado de intromisión con la lectura de su diario, ella lo había hecho antes que yo con el libro, uno de mis más queridos: Dos desconocidos encontrándose en un espacio común. Qué pena no saber escribir guiones. Quedaría perfecto.

Ya estoy aquí otra vez. No le apetece levantarse. Por ahora no tenemos nada programado, pero me gustaría salir a ver los alrededores. Serán quince largos días de tranquilidad. Le propondré el paseo al pueblo de enfrente.

Miré el reloj, era la una y media, pero me sentía completamente despejado, la siesta me había descansado de verdad. Encendí un cigarro y deposité el cenicero con cuidado entre los pliegues de sábana. Luego resultó que Carlos no había querido ir. Dijo que estaba cansado, que la cama era demasiado blanda y que no había dormido bien. Prefería quedarse en casa y programar las excursiones de los días siguientes. A ella le decepcionó que su plan no fuera aceptado, pero procuró no demostrarlo. En ese momento me di cuenta de que no sabía su nombre. Corrí al final de las páginas escritas, pero no. Es raro que alguien firme su diario, claro. La llamaría Elisa. ¿Elisa? Sí. Pensé que le pegaba.

Elisa se dedicó ese día a hacer más agradable la casa. Quitó el hule de la mesa del comedor —es lo primero que hago yo cuando llego— y las colchas de las camas, que la verdad es que son realmente horribles. Después de comer se acostó un rato, leyó más que durmió (no decía qué libro, aunque se quejaba de que había demasiados personajes y monólogos) mientras Carlos (¿su novio? ¿su marido?) veía la tele. Cuando se levantó, a las seis de la tarde, le dijo que se iba a dar una vuelta por el pueblo, que si quería acompañarla. Él aceptó.

Y ahí decidí apagar la luz. Me resistía a dejar la lectura, pero se me estaban cerrando los ojos. Al día siguiente, sábado, no tenía más que hacer que revisar unos trabajos de los chavales, una obra de teatro que estábamos escribiendo entre todos, y haraganear. Y lo mismo el domingo hasta las siete de la tarde, momento en que recogería lo que me hiciera falta para la semana y me marcharía a mi otra casa, un estudio mínimo aunque cómodo, y con la ventaja de estar al lado mismo del colegio en el que daba clases.

El sábado me desperté temprano. El recuerdo del diario hizo que me levantara en seguida en vez de remolonear durante una hora en la cama, como tengo por costumbre. Me lo llevé al comedor junto con el desayuno, como hizo ella, Elisa, el primer día. Y así, en el mismo lugar donde ella se sentaba para escribir, ante la misma ventana, con el pueblo y la montaña, mi montaña, enfrente, desplegué su libreta, la libreta de Elisa. Me sorprendió mucho el cambio de tono. Pasaba al 4 de septiembre, el 3 lo había saltado.

No sé lo que pasa. Ha sido una discusión estúpida. He intentado no dejarme enredar, pero no paraba de meterse conmigo. Me he subido a la habitación. Estoy demasiado nerviosa y en este estado prefiero no seguir hablando; siempre se dicen cosas de las que luego te arrepientes. Veamos si Benedetti está más tranquilo. «Lo que conoces/ es tan poco/ de mí/ lo que conoces/ son mis nubes/ son mis silencios/ son mis gestos/ lo que conoces/ es la tristeza/ de mi casa vista de afuera/ son los postigos de mi tristeza/ el llamador de mi tristeza».

Sentí que el libro no le hubiera dado nada mejor, algo que la animara, aunque en momentos como éstos, lo sé por experiencia, lo mejor que puedes buscar en Benedetti es complicidad. Por cierto, he buscado el libro y no está. Debe de habérselo llevado. No quiero enfadarme, pero me sabe fatal.

Carlos sigue igual. Aprovecha cualquier cosa para discutir, para llevarme la contraria. He optado por hablar lo menos posible. Y aún quedan once días. He dejado la cena en la mesa y me he acostado. Llora. Espero que le cambie el humor. No entiendo qué le pasa, siendo como es normalmente tan amable y cariñoso. Además, se me ha

juntado con la regla, con lo que a la mínima me da por llorar. «¿Ya estás enfadada?», acaba de preguntarme. Ni siquiera le he contestado. Estoy tan cansada... Veamos si Benedetti está ahora de mi parte. Abro al azar y me encuentro con un poema encerrado entre grandes signos de admiración. Transcribo. «A lo peor nadie me atiende/ nadie recibe los mensajes/ nadie se alegra nadie llora/ nadie enciende su sangre/ con estos versos que se rompen/ en los papeles y en el aire/ a lo mejor alguna alguno/ en un insomnio titubeante/ halla que dos o tres palabras/ le entregan algo de alguien/ desde estos versos que se rompen/ en los papeles y en el aire/ a lo mejor quién sabe.» Se me han puesto los pelos de punta, la carne de gallina, como vulgarmente se dice. Yo sí he recibido tu mensaje, Javier. Tú si me entiendes ¿verdad? Qué pena no conocerte. Me sentarías tan bien en estos momentos.

Las últimas líneas me llegaron al alma, fue mi turno de los pelos de punta. ¿Existe, entonces, la magia?, no tuve más remedio que preguntarme. Recordaba perfectamente cuándo había marcado ese poema, tras acabar mi historia con Virginia. Había abierto el libro por el mismo sistema de Elisa y los versos aparecieron ahí ante mis ojos. Me sentía tan solo entonces. Y Benedetti fue un aliado, un buen amigo. Cómo no iba a comprenderla. Y cuánto lo sentía por ella. Qué difícil es vivir en pareja. Yo sólo lo intenté una vez, y vale, de eso hace apenas dos años, de la separación. Mi relación con Virginia duró casi cinco. Cinco años de convivencia, de compartir tantas cosas para luego enterrarlas en un maremagnum de palabras crueles, de recriminaciones sin sentido... El final de ese párrafo, ya no había nada más escrito el 4 de septiembre, me llenó de un sentimiento extraño. Acabé el de-

sayuno y me decidí a ordenar los libros y otras cosas que aún no había tocado.

El resto del sábado fue tranquilo. Trabajé un rato y a media mañana me acerqué al pueblo de al lado a hacer unas compras. Luego me fui a comer al bar de Antonio. No me apetecía estar solo. ¿Estar solo? ¿Era eso? Hubo un momento en que llegué a plantearme si lo que no me apetecía era volver a casa, abrir la libreta y encontrarme con Elisa, con su tristeza. Encontraba su influjo demasiado extraño, demasiado voraz. Pero por la noche ya no pude resistirme. Volví a abrirla a 7 de septiembre. Tras algunas excursiones y unos pocos momentos buenos, la cosa seguía igual.

Tengo ganas de que llegue el día 15, de volver, de estar en casa. La verdad es que daría lo que fuera porque nos marcháramos. Es duro despertarse por la mañana y descubrir que él se ha levantado, privándome así del único momento placentero del día, el del desayuno ante la ventana, con el valle y la montaña ante mis ojos. Pienso en si Javier disfrutaría tantísimo como yo de este paisaje. Seguro que sí. He pensado en acercarme a la inmobiliaria que nos alquiló la casa y preguntar por él. Podría mandarle el libro. No, qué coquetería, no es eso lo que tengo en la cabeza. Retraso lo más posible la hora de levantarme. Voy a leer un rato. Me había traído libros, pero Benedetti es lo que más me apetece. Me da la impresión de que hay una complicidad especial entre su dueño y yo. Ya sé que no es bueno huir de esta forma, como si fuera una adolescente, pero no hay manera de hablar con Carlos. He llegado a pensar que tiene un lío con alguien y que el problema es que la echa de menos ¿Es eso? ¿Me odia porque soy yo y no ella la que está aquí con él? ¿Tú lo sabes, Javier? ¿Es eso?

Podía ser eso. La verdad es que no es normal que una persona cambie tanto. Al principio (vuelvo páginas, sí, el 4 de septiembre) decía que normalmente era una persona amable y cariñosa. ¿Había algo que él no quería contarle? Qué difícil opinar así; por no saber, ni siquiera sabía si estaban casados.

El domingo me levanté tarde. Me había costado bastante conciliar el sueño la noche antes. Rosario me dijo que sí, que eran matrimonio o, por lo menos, que vivían juntos. Recordaba que habían comentado algo del gato que tenían y que habían dejado al cuidado de alguien, de una hermana, o algo así. No recordaba el nombre de ella.

Comí en casa. Mientras lo hacía, acabé de leer la libreta. Al final algunas páginas aparecían emborronadas. Había llorado mientras las escribía. Me sentí mal. Me habría gustado tanto tenerla cerca, poner una mano en su hombro, reconfortarla, decirle: «Venga, tranquila, ya verás como se arregla todo». En cuanto la cerré decidí que al día siguiente me acercaría a la agencia a preguntar su dirección y le mandaría la libreta; pero del libro no le diría nada, que lo considerara como un regalo. Aunque ¿acaso el diario no era ya también un poco mío?

El lunes averigüé dónde vivían y, más aún, cómo se llamaba ella. Su nombre era Isabel. Pensé que los más cercanos la llamarían Isa. Me sorprendió la coincidencia. Isa, Elisa eran la misma persona. Vivían en Madrid. Me dijeron que no habían reclamado nada. Cuando ya tenía la libreta metida en un sobre, recordé que debía ir por Madrid a fin de mes a buscar unos libros, o tal vez antes, no pasaba nada si adelantaba el viaje. Me pasó por la cabeza la idea de llamarla desde allí y devolverle la libreta personalmente.

Durante el resto del mes me encontré en muchos momentos esforzándome por quitarme la imagen de Elisa, la que yo me había hecho, quiero decir, de la cabeza. Pero su llanto se me había metido muy dentro y, cuando releía sus palabras, dirigidas a mí, la sentía de verdad muy cerca. De todas formas debo admitir que me daba un poco de miedo encontrarme con ella, que su imagen no respondiera a la que yo me había forjado, o peor aún, que ella no quisiera verme, que lo hubiera resumido todo como un sueño adolescente, algo sí decía en el diario, que la sensación de cercanía que se había creado entre nosotros mediante la lectura del diario y del libro no fuera real.

Cuando llegué a Madrid, tras dejar las cosas en el hotel, recorrí las librerías de siempre y luego me encaminé a su domicilio. Tenía su teléfono, pero me intrigaba ver el lugar donde vivía.

Era un barrio residencial, con jardines. Me pasé media mañana del sábado esperando verla salir. Cada mujer que traspasaba el portal me hacía pensar que era ella, pero no me atrevía a abordar a ninguna. Al final me metí en una cabina telefónica y, para mi sorpresa, fui incapaz de marcar el número. Me encontré varias veces con el teléfono en la mano sin conseguir dar el paso.

El domingo decidí que ya estaba bien. La llamé a una hora respetable, a las doce. Nadie contestó. Volví a llamar a la una, y luego a la hora de comer. Imaginé los timbrazos en el piso luminoso, lleno de plantas, no podía ser de otra forma. Después volví al edificio y, tras una espera no muy larga, vi salir a un hombre. Le pregunté por ellos, por él, fue su nombre el que di, y le expliqué el caso. Me dijo que ya no vivían allí, pero que igual el conserje...

—No. No importa.

Volvía a mi trabajo y a mis valles. Durante muchos días no pude quitármela de la cabeza, pensando en qué habría pasado si nos hubiéramos encontrado. A menudo me asaltaban versos, poemas enteros que habría querido compartir con ella. Luego empezó el frío y las nubes cubriendo por entero la montaña, y conseguí meterme en la rutina del curso.

Unos meses después recibí una carta. Nada más abrir el sobre me encontré con unos versos que reconocí como de Benedetti:

«De pronto supe que tu ausencia y yo/ estábamos rodeados por un abrazo prójimo.»

Y tras ello: «Aún tengo tu libro.»

Firmaba Isabel Montes. Sin remite.

11ª EDICIÓN — 1995



LA HUIDA A EGIPTO

de **Rafael Juan Ortega**
(ACCÉSIT) • DE ELDA

A

BRIÓ el maletín como quien enseña un tesoro. Dentro no había carpetas ni papeles ni siquiera el honesto bocadillo envuelto en papel de aluminio. El maletín, elegante y de un cuero negro y brillante, como de charol, contenía varias cuchillas de zapatero, muy afiladas, dos transmisores de bolsillo, una linterna, una palanca de hierro y una cuerda muy larga, enrollada sobre sí misma como un recién nacido. El hombre del maletín, algo calvo, muy bien vestido, arrancó el *Mercedes* a toda velocidad mientras el *Pepinillos* y el *Flor* miraban aquellos objetos. Los ojos del conductor, de vez en cuando, se cruzaban con los del *Pepinillos* en el espejo retrovisor. Nadie decía nada, menos el *Flor*, que no podía estar callado mucho tiempo:

—Mira que te lo montas bien, tío. Así... lo que tú quieras. No hay problema.

El *Pepinillos* sí tenía problemas. Sudaba y se preguntaba qué hacía allí, en el coche de alguien que había conocido aquella misma tarde, camino de un pueblo desconocido, muy lejos, cercano a una gran ciudad, y dispuesto a robar un cuadro del que no había oído hablar en toda su vida. Cuadros. Le gustaban más otras cosas: la luz de los bares por la noche, el chocolate marroquí, las rubias, las morenas, el fuego en invierno, el póker, a ratos el campo y el río, soñar despierto y pisar fuerte, saberlo todo, lo bueno y lo malo, la cerveza y el tabaco rubio. Se llevaba bien con la gente. También le gustaba meterse en negocios más o menos extraños sin darle muchas vueltas a la cabeza. Ahora, en el coche, envidiaba al *Flor*, que se recostaba en su asiento, los ojos cerrados, la boca abierta de gusto. ¿Qué hago yo aquí? El *Pepinillos* se hacía la pregunta una y otra vez, la sentía como un enano que golpea la cabeza por dentro.

Hacia un mes que el *Pepinillos* había terminado la mili, en Ceuta, y la experiencia le había servido de poco. Fumó porros, se volvió un poco loco, al menos eso decía a su vuelta, como presumiendo, y valor... se le supone. Vestido por fin de civil, llevaba un mes sin trabajo, periodo de tiempo que le había permitido hacer un descubrimiento fundamental que marcaría su futuro: no quería trabajar más en toda su vida. Camarero desde los 9 años, en la mili siguió de camarero, en el Bar de Oficiales, y así hasta que le licenciaron. No estaba mal, pensaba agarrado a una bandeja mientras sus compañeros hacían guardias y maniobras, se pegaban barrigazos y devoraban, a pie, distancias kilométricas con la misma regularidad que la primera meada del día, no, no estaba nada mal, pero hacía lo mismo que siempre había hecho y, además, gratis. Su único consuelo era que aquel destino, tan poco marcial, le daba cierta preponderancia entre la mafia cuartelera, y el *Pepinillos* nadó como un pez en aquel amasijo de trueques, juego, favores y privilegios miserables. Fue una forma de distraerse entre las diarias genuflexiones, el llevar y traer bebida, comida... o lo que usted diga, a sus órdenes, mi capitán. Odiaba la bandeja. Por eso, treinta días después de atravesar el Estrecho, supo, más que decidió, que nunca más, que en la vida cogería una bandeja, que adiós a la camisa blanca y el pantalón negro y que trabajara su padre, que él no.

Claro, que era precisamente su padre el que le repetía que no es lo mismo predicar que dar trigo. El *Pepinillos* había tomado una decisión casi sublime, pero la realidad se agazapaba en su bolsillo y le mordía con tristeza. Cierto, llevaba un mes sin dar golpe y estaba vivo y no pasaba hambre, mientras estés en casa no te faltará un plato de caliente, pero no esperes más, le había dicho su madre. No tenía dinero, nada de nada, ni un duro. Un problema que el *Pepinillos* solucionaba, de

forma muy precaria y con resultados tan pobres como él mismo, acudiendo a la amistad y el compadreo. Una caña por aquí, un canuto por allá, un bisnes de cuatro perras por este lado... Sólo hay que tener el morro justo y no pasarse, le confesó alguna vez a alguien, y empezaba a correrse la voz de que era un gorrón, una descripción más que una acusación maliciosa.

Su padre también le decía que la cabra siempre tira al monte, y es que el *Pepinillos*, en aquel mes de dulce vagancia, tal vez viciado por la costumbre, pasaba días y días enteros en los bares, actitud algo extraña en un camarero que ha dejado de serlo por voluntad propia. Fue en un bar, no podía ser de otra forma, donde conoció al *Flor*.

A un lado o a otro de una barra la gente siempre es la misma, sólo hay que saber de qué pie cojea cada uno y hacer como que no se sabe. Es algo que conoce cualquier camarero, pero tampoco hace falta ser camarero, sólo saber estar. El caso es que, en un bar, uno se entera de muchas cosas y hace amistad con gente muy rara, con gente que tiene algún cuelgue muy gordo. Como el Flor. Yo le conocía de vista y había oído hablar de él, que si había estado en el talego, que si había chuleado a alguna puta por no sé dónde... El Flor estaba loco, pero loco del todo, ¿eh?, un majarón, y nos hicimos muy colegas, o él se hizo muy colega mío, que no lo sé muy bien. Él me invitaba y me contaba su vida, bebía como una esponja, y yo le aguantaba. La verdad es que es un mentiroso. Cualquiera que le oiga se cree que es el Capone, pero me reía mucho con él. Yo también le adorné alguna movida mía, para no ser menos, y hasta me inventé un palo a una farmacia. Quería que se enterara de que yo también sé de qué va la cosa. Es que, si no, te pierden el respeto.

El *Pepinillos* siempre recordará el día en que apareció el *Flor* con tanto dinero que se le salía de los bolsillos. Abunda-

ron las invitaciones y las copas y comieron los dos, pagaba el *Flor*, claro, en un restaurante de lujo. Pidieron un chuletón de Ávila para cada uno y vino de Rioja, del que vaciaron dos botellas. Y copa, y puro... Digamos que, a la hora del café, tanto uno como el otro estaban más contentos que un lobo en una guardería aunque ellos, más que aullar, reían entre historias a medio contar, anécdotas sin gracia y comentarios idiotas. Iban por la segunda copa de Napoleón cuando llegó el calvo, muy bien vestido, y saludó al *Flor* muy educadamente, sin aspavientos ni abrazos. Al *Pepinillos* le llamó la atención que alguien, que parecía tener mucha clase, conociese a un cantamañanas como el *Flor*, y aumentaron sus suspicacias cuando los dos hablaron de pie, alejados de la mesa y de él mismo. De vez en cuando le miraban así, como quien no quiere la cosa. Cuando volvió el *Flor*, estaba más alegre todavía, lleno ya de confetis:

—Joder, éste si que se lo monta bien.

—¿Y qué hace?

—Organizar palos, pero no de cualquier manera. Él paga y hace los encargos. No se moja más, pero paga muy bien. Ya ves, en plan señor, sin mancharse la camisa. Para eso hay que tener coco, hay que saber montárselo. No todo el mundo vale. Luego he quedado con él. Nos invita a un copazo.

No hubo más comentarios, y eso que el *Pepinillos*, interesado en aquel hombre calvo y elegante al que veía ya como un gánster de categoría, insistía en conocer más detalles del personaje. El *Flor*, en cambio, prefirió hablar de una puta a la que conoció y que quería casarse con él y el *Pepinillos*, entre vapores de coñac y humo de cigarro, no tuvo más remedio que quedarse a solas con sus sueños. Estaba a punto de tomar otra decisión casi sublime, tan importante para su vida como la que había tomado después de acabar la mili, y ya se recos-

taba de placer mientras la acariciaba poco a poco, como a un bebé que tiene la eternidad por delante, con delicadeza, apenas las yemas de los dedos.

Aquella tarde, en un bar silencioso, blando y oscuro, les esperaba el calvo, el traje recién planchado, parecía, delante de una botella de Chivas, tres vasos y una cubitera que brillaba como un enorme diamante. Se presentó como José Antonio, ya conocía al *Flor*, y se mostró encantado con el *Pepinillos*, que le saludó receloso y fascinado. Bebieron.

—¿Habéis oído hablar de *La huida a Egipto*?

José Antonio hizo la pregunta como para conversar de algo, los ojos perdidos en el hielo de su vaso, casi aburrido.

—¿Es una película? —se interesó el *Flor*, divertido y cómplice.

El calvo rió suave, un maestro de escuela al que le hace gracia una chiquillada.

—Es un cuadro anónimo del siglo XVI, muy poco conocido y muy valioso. Representa la huida a Egipto de San José, la Virgen María y Jesús niño. Ya sabéis que Herodes quería matar al bebé. Es un tema clásico en la pintura religiosa. Pues bien, alguien está dispuesto a comprar el cuadro y el cuadro está en la iglesia de cierto pueblo, a bastantes kilómetros de aquí. Sólo hay que ir y cogerlo antes de que otros se adelanten. Hay cientos de billetes para cada uno de vosotros y trescientos billetes más para gastos. Creo que es una buena inversión.

—Eso está hecho, eso está hecho, —se entusiasmaba el *Flor*. El *Pepinillos*, consciente de la encerrona, dividía sus temores entre la sorpresa y el miedo y, muy por dentro, notaba cómo se hacía carne su sueño. No protestó y, cara de piedra, abrió sus orejas al futuro. José Antonio ya había entrado en detalles:

—Es tan fácil que parece mentira. El cuadro está allí, detrás del altar, y la gente entra y sale de la iglesia como y cuan-

do quiere. Un chollo. Mi cliente, que es un buen conocedor de estas cosas, vio el cuadro, intentó comprarlo, no estaba en venta, y prefirió que fuese yo el que se lo vendiera. He estado en la iglesia y sé que ese cuadro está allí para el primero que llegue. Sería de tontos dejar pasar de largo una tentación tan grande. Y vosotros, por casi nada, os lleváis veinte mil duros cada uno. Me fío del Flor y, por tanto, también me fío de ti. No me defraudéis.

Estaba claro que el Flor ya sabía de qué iba el rollo, pero no me hace gracia que me hagan la cama. El tío me estaba hablando, a mí y sólo a mí, todo el tiempo, me estaba vendiendo la película, y eso me gustaba. También la película. ¿Por qué no? Yo estaba hasta los huevos de tanto capullo que se pasa la vida trabajando para quedarse igual que estaba. Pero vivir sin trabajar cuesta dinero, y el calvo aquel me daba la solución. Palos fáciles, coco, mucho coco, como el José Antonio, el tío, que no se ensucia y se forra, que no hay más que ver el Mercedes que se gasta y los billetes que se funde en una tarde. Claro, el rollo no está en coger una pipa y pegar un palo en una gasolinera, ni en vender talegos de costo en plan miserable. Lo que hay que tener es coco: unos se hacen banqueros y otros se lo montan para que pringuen los demás, eso es, está la gente con coco, que sabe montárselo, y los pringaos, y yo no quería ir de marrón por la vida. Ahora tampoco. ¿Qué puede pasar? Cien mil pelras es una buena forma de empezar. Huevos y coco, no hay más. Quiero decir que el calvo me convenció, casi me hizo querer ser como él, y que aquello me parecía un palo de categoría. Yo también los pegaría, y mejores aún. Dejaría al calvo a la altura del betún. El caso es que esa misma noche, bueno, casi de madrugada ya, salimos de viaje. El calvo conducía su Mercedes de puta madre, aguantaba al volante, el tío, y fue en el coche donde nos enseñó el maletín con todas las

herramientas. Yo estaba ya decidido, me veía como un tío duro y peligroso, pero notaba el miedo por dentro y, a veces, hubiera dado lo que fuera para estar en otra parte. Supongo que es algo que le pasa a todo el mundo.

Ya era de día cuando llegaron a la ciudad, a unos 30 kilómetros del pueblo, la iglesia y el cuadro. Esa misma mañana, sin haber dormido y con una resaca casi llamativa, fueron al pueblo. En la iglesia, efectivamente, seguía *La huida a Egipto*, justo detrás del altar, resplandeciente, enorme. A esas horas, algunas mujeres de negro se mezclaban con un grupo, escaso, de turistas extranjeros que contemplaban el cuadro y daban grititos en voz baja. El *Pepinillos* pensó que no era para tanto. En la mili había conocido a un catalán que también dibujaba muy bien y que, además, sabía explotar las debilidades ajenas a la hora de vender dibujos de tías en pelotas a los reclutas. Su amigo catalán pintaba tan bien como el desconocido autor de *La huida a Egipto* y ésa era la prueba, pensaba, de que aquel cuadro no era para tanto.

Las 4 de la tarde, la iglesia abierta y ni un alma dentro. Faltaba todavía una hora para que llegasen las primeras beatas, y luego llegaría el cura, y harían una novena, o una misa, ¿yo qué sé?, y a las 10 de la noche cerrarían la iglesia. Lo habíamos comprobado. El Flor y yo, con el maletín de las herramientas a cuestas, casi parecíamos ejecutivos, fuimos a escondernos donde nos había dicho el calvo, justo bajo el altar, una baldosa de mármol apoyada en dos pilares huecos que eran lo bastante grandes para que pudiésemos escondernos. El Flor, todavía no sé por qué, él era así de loco, se empeñó en escoger el pilar de la izquierda, y mira que se emperrió el tío. Las 4 y media de la tarde, encogido y a oscuras, atento a los ruidos, cinco horas y media por delante. Un coñazo.

Toda la tarde se turnaron en la iglesia para comprobar los horarios, las idas y venidas del cura, la hora de cierre... El cuadro seguía allí, detrás del altar, tan cerca que casi se olía la pintura, ya reseca de siglos y polvo. Nada parecido a un sistema de alarma. Por la noche volvieron a la capital y durmieron como no lo habían hecho nunca. Estaban muy cansados.

Pisadas, carraspeos, conversaciones en voz baja, ronroneo de rezos. Llegaban las primeras beatas. Procuré coger una postura más cómoda, se me estaba durmiendo la pierna. También sudaba. Mira que si nos pillan... Oí al Flor, que tosía muy bajo. Lo que faltaba. Si es que me lo tengo merecido. A ver, ¿quién me manda a mí meterme en estas movidas? Un gilipollas y un loco majaron escondidos en el altar de una iglesia llena de beatas y que esperan a que se haga de noche para robar un cuadro. De risa, si no fuera por el miedo. Más pisadas, más gente, más rezos. Me cago en la leche. A esas alturas, pensar en veinte mil duros y en un futuro al margen de la ley, como quien dice, lleno de tías, de coches y de buena vida, no me daba mucho consuelo. Estaba solo allí, dentro del pilar, casi a oscuras, que hasta hubiera rezado yo también, pero es que no me acordaba ni del Padre Nuestro. Eso sí, me acordaba del olor del incienso, del frío que hacía en la iglesia, del maestro que nos llevaba en fila, todos con guardapolvo, para eso de la ceniza. Me acordaba del Velas, uno que era monaguillo y que me invitaba a caramelos con lo que mangaba del cepillo. Y estaba don Juan, el cura, que siempre nos daba unas estampas muy feas cuando le besábamos la mano por la calle. También nos daba unos buenos reglazos cuando no nos sabíamos el Catecismo. Yo fui uno de los que más cobró, pero hice mi primera comunión, como todo el mundo. ¿Pegaría reglazos el cura de aquella iglesia? No sé por qué, pero solo de pensar que sí me cagaba encima.

—Mirad, yo entiendo de esto. Allí no hay alarma, todo está igual que cuando yo lo vi por primera vez. A punto de caramelo.

El *Pepinillos* admiraba la habilidad de José Antonio para comer cigalas sin mancharse los dedos. Aquella misma mañana el *Flor* había alquilado un coche y ahora, eran las 3 de la tarde, comían en una marisquería. Habían dormido muchas horas y estaban de muy buen humor. El calvo no dejaba de dar instrucciones:

—La cosa es fácil. Mañana por la tarde entráis en la iglesia y os escondéis donde os he dicho. Tenéis que aguantar hasta las 10 de la noche, esto es muy importante, sin que os vean, y también tenéis que llegar a la iglesia antes que nadie. Por la tarde abren a las 4, como ya sabemos, y sabemos también que la gente no empieza a llegar hasta las 5 más o menos, y que son cuatro beatas y un calvo —alguien se esforzó por no reír—. Cuando, a las 10 de la noche, hayan cerrado la iglesia, vosotros salís del escondite, cortáis la tela del cuadro por el borde del marco, procurad no estropearla, la enrolláis y salís por la puerta grande, como los toreros. Me refiero a la puerta de la iglesia. Es fácil forzar la cerradura y recorrer el pestillo desde dentro. Por ese lado no hay ningún problema. Y eso es todo. Se cobra y, si te he visto, no me acuerdo. Fácil, ¿no?

Al *Pepinillos* no le hacía mucha gracia el esconderse en una especie de cajón durante unas horas, y mucho menos el quedarse encerrado en una iglesia. Pensaba en todo eso y sus sueños de vida intensa y ociosa se tambaleaban como un flan a medio hacer. José Antonio se puso duro con él:

—Mira, si crees que te vas a llevar cien mil pesetas por hacer nada, lo tienes claro. Yo mismo hubiera cogido el cuadro y me hubiera ahorrado la inversión que he hecho. Ya sabes que

el que quiere peces no tiene más remedio que mojarse el culo y, en esto, tú te lo mojas y yo pongo el dinero. Aquí arriesgamos todos —el calvo sonrió suave, como perdonándoles la vida—. ¿Pedimos otra botella de vino?, hay que brindar por *La huida a Egipto*.

En Egipto, precisamente, le hubiera gustado estar al Pepinillos en aquellos momentos.

Me estaba meando. Lo sabía, justo en ese momento. Veía los zapatos negros del cura, los calcetines negros, de cura, le olían los pies, los camales grises de unos pantalones y el borde de una de esas sotanas blancas y caladas, un poco mariconas, que no sé como se llaman. El cura les soltaba un rollo a las beatas, hablaba así como hablan los curas, con muchas eses y mucho mariposeo, sobre el amor, Cristo, su madre y el copón bendito. Yo estaba cagado y, a la vez, me meaba más encima, y el cura seguía con su rollo, dale que te pego, y rezaban las beatas, chillonas, y no pasaban las horas, y yo me estaba meando, el pito a punto de reventar. Allí no se acababan las misas ni llegaban las 10. Ya digo, un coñazo.

Aquella noche, en la capital, el Pepinillos reconoció, agradecido, el vértigo de la noche en una gran ciudad. Él y el Flor, solos después de que José Antonio se hubiera ido a dormir, al menos eso dijo, recorrieron un sinfín de bares, conocieron garitos donde el azar se revolcaba con el sexo, siempre que hubiera para pagar, como en todo, y disfrutaron, con ansia y dichosos, de un gramo de coca. De esta manera, y armado de un valor que estaba muy lejos de tener hacía sólo unas horas, el Pepinillos no pensaba en el robo del día siguiente: la ciudad estaba hecha para él, algo que siempre había sabido y que, ahora, maravillado y perdido una vez más en ese cielo de humo y luces de colores, recuperaba en sus ojos llenos de una emoción loca.

Se retiraron a dormir ya de día, y se levantaron cuatro o cinco horas después, los ojos hinchados y la tristeza empapando ya todos sus gestos. José Antonio les esperaba en el bar del hotel, y fue él quien condujo el coche alquilado. En el viaje al pueblo, a su iglesia y a su cuadro, repasaron los detalles del plan. Comieron en un bar de carretera. A las 4 en punto, con un sol invernal que luchaba por asomarse entre unas nubes cada vez más grises, el calvo les dejaba ante la puerta de la iglesia. No había nadie cerca.

—A partir de medianoche os espero con el coche en la puerta —fue lo último que les dijo antes de que el *Pepinillos* y el *Flor* entrasen en la iglesia, una enorme nave llena de bancos vacíos. Al fondo, iluminado por una vidriera, *La huida a Egipto* oficiaba de sacerdote mudo en un silencio de templo.

El cura seguía con sus cosas y sus rezos, sus pies casi en mis narices, y mi vejiga estaba ya a tope. Yo no podía aguantar más, y el cura seguía y seguía, y se fue el cura y seguían las beatas, olor a cera y a incienso, rezos chillones, toses... Me abrí la bragueta, me saqué el pito y, con mucho cuidado, sin hacer ruido, concentrado en lo que hacía, oriné largo, muy largo y muy despacio, con la boca abierta de gusto, y el chorro interminable, como un río amarillo y enano, nacía en mi escondite y seguía por los escalones que daban al altar, en cascadas también amarillas y enanas, hasta perderse no sé dónde. Ninguna beata se dio cuenta. Fue la mejor meada de mi vida, pero en cuanto acabó volvió el miedo.

El *Pepinillos*, agazapado, se animaba más conforme disminuían los rezos, las pisadas, las toses, los suspiros... La iglesia se llenaba otra vez de silencio. Debía faltar poco para las 10, se lo decía todo el cuerpo, entumecido, cansado de buscar posturas que nunca eran cómodas; se lo decían sus piernas, más que dormidas, con pesadillas; y se lo decía el culo, helado y aplasta-

do contra un suelo de baldosas más frío que el aliento de un oso polar. Además, el miedo, a la espera también, listo para saltar y agarrarle la garganta. Y llegó el silencio, del todo, después de unas pisadas fuertes y recias, y ahora un ruido cercano, como una enorme persiana metálica que se baja con estruendo, y otros ruidos como de cerrojos y, en menos de un minuto, la puerta de la iglesia, esta vez sí, cerrada con llave. Ya estaban solos.

La verdad es que, fuera del escondrijo, hacía más miedo que dentro. La iglesia estaba iluminada sólo por las velas, brillantes en lo oscuro, como en el castillo de Drácula, no sé si me explico. Aquella media luz, el silencio, las caras de no sé que santos que asomaban desde las sombras... pues eso, daban impresión. El que no tenía problemas era el Flor: allí estaba él, haciendo una especie de gimnasia, unas flexiones muy raras y cosas así, joder, tío, ya no podía más, tengo el bodi más atontao que tu culo, y así, y su voz sonaba en la iglesia vacía como un tambor, venga, vamos a la faena.

La faena estaba muy cerca, y no me refiero al cuadro de la huida ésa. Nos dimos cuenta enseguida, en cuanto encendimos la linterna. La faena era una verja de tres metros de altura, con puntas como de lanza en lo alto, metálica, corrediza, cerrada del todo, que separaba la parte del altar, donde estábamos nosotros y el cuadro, del resto de la iglesia. Claro, la dichosa verja está plegada por el día, por eso no la vimos, y la despliegan y cierran por la noche, muy bueno lo nuestro, Flor, muy bueno, me cago en la madre que te parió, aquí estamos más encerrados que un mono en el zoo, y el Flor que andaba con el altar a cuestas, como quien dice, para poder llegar hasta el cuadro, grande y alto también, y yo que ya le había dado un repaso a toda su familia y que sólo quería salir de allí. Sudaba frío y no era fiebre.

El Flor ya le pedía ayuda al Pepinillos para mover de su sitio la losa de mármol que hacía de altar. Sin muchos mira-

mientos, todo hay que decirlo, había retirado ya las cruces, misales y otros objetos:

—Venga, ayúdame a mover esto.

El *Pepinillos*, inmóvil, contemplaba la verja y su cara, blanca en la penumbra, parecía la de un muerto o, tal vez, la de uno de aquellos santos callados y siniestros.

—Vámonos de aquí, déjate de mover altares, de cuadros y del calvo de los cojones. Vaya lío. Vámonos de aquí.

—¿Ves?, ya te has cagao por una verja de mierda. Hay que llevarse el cuadro, tío.

—Lo de la verja es lo primero. ¿Es que no te enteras de que estamos encerrados, capullo?

La discusión, en la inmensa nave vacía y oscura, sonaba como dos homilias contrapuestas y furiosas, y el *Pepinillos* y el *Flor* eran dos teólogos difuminados en las sombras, asustados ya por sus propias voces.

El cuadro sería lo primero, y yo me comía las uñas por dentro y sólo pensaba en la puñetera verja. Ayudé al Flor a mover el altar, qué remedio, y así, subido encima, pude llegar hasta el cuadro. Cortad la tela por el borde del marco, había dicho el José Antonio, y con mucho cuidado. Para cuidados estaba yo, pendiente sólo del encierro, sudando, pero sudando de verdad, ¿eh?, con esos sudores fríos que te dan en las mañanas de resaca gorda, y eso que no había bebido. Estaba cagado de miedo, como encerrado en un ascensor, me faltaba el aire, odiaba a los curas. El Flor me pasó un fleje, más afilado que un cuchillo de cortar jamón, y yo coloqué la punta en el borde del marco, apreté, apreté con más fuerza, con toda la fuerza... y nada, aquello no era tela, aquello era madera, piedra, hierro, ¿yo qué sé?, y no había manera de cortarlo. Lo intentamos de todas las formas, el Flor también, venga cuchillazos, no íbamos a cargar con aquel muerto en-

terito, hubiera hecho falta una grúa sólo para el marco, y el cuadro seguía tan tranquilo y nosotros sin una sierra eléctrica, que eso es lo que nos hubiera hecho falta. Llamamos al calvo por el gualquitalquí, pero nadie nos esperaba en la puerta. Había que salir de allí, yo quería salir como fuera, venga, vámonos, vámonos, me meaba de nuevo, y el Flor empeñado todavía en el cuadro, cabezón como él solo.

Inclinados ante la cerradura de la verja, con la luz de la linterna en sus caras y la de las velas en santos y vírgenes fantasmales, parecían dos imágenes que se hubieran bajado de su pedestal para escaparse por ahí y conocer mundo, o dos ladrones de tumbas enterrados en un panteón, afanosos en una tarea tan desesperada como inútil. La cerradura se burlaba de ellos. Fue el altar, una vez más, el que les sirvió, si no para subir al cielo, sí para encaramarse a lo alto, y desde allí rebotaban por toda la iglesia los resoplidos del Flor, aferrado a la palanca, o los bufidos del Pepinillos cuando era su turno. Sudaron mucho, se esforzaron más y, temerosos por el sacrilegio, es posible, no se escuchó ni una sola blasfemia, a no ser que se entiendan como tales los me cago en tu padre del Pepinillos. Doblaron algunas puntas de lanza, abrieron un paso entre los hierros torcidos y así fue como, ayudados por el miedo y la noche, atravesaron la verja y, fue fácil esta vez, forzaron por dentro la cerradura de la iglesia. Afuera esperaban el aire limpio y frío, la calle y la luz de las farolas, la carretera interminable y el campo, vasto como el mundo. También esperaba José Antonio, el coche alquilado ya en marcha, como un ángel bueno que llega justo a punto para sacarnos del Infierno.

El calvorota sólo quería el cuadro, ¿dónde está La huida a Egipto?, ¿dónde está?. El Flor, cabreado, pero que muy cabreado, le dijo que el cuadro seguía donde estaba, que con la mierda de herramientas que nos había dado no podía ser, y

también le contó lo de la puta verja, con que un chollo, ¿eh?, con que todo está controlado, con que sólo había que coger el cuadro y llevárselo enrollado debajo del brazo, ¿eh?, ni con una sierra, y la verja... si te tengo delante te la hago tragar, y el Flor se cabreaba más y más, ya loco perdido, y yo ni mú, por sí las moscas, y el José Antonio ni mú, que no estaba la cosa para bromas. Bueno es el Flor cuando le da la ventolera y se le cruzan los cables.

Volvieron quince días después. El *Pepinillos* no tenía la menor intención de repetir el intento de robo, pero consideraba que se le debían tres o cuatro días en la capital con todos los gastos pagados. Aunque no les acompañó, fue José Antonio el que lo pagó todo una vez más para comprobar, desolado, que el cuadro seguía donde siempre había estado, pero protegido ahora por un sistema de alarma tan complicado como visible. Ni rastro de aquella incursión nocturna y sacrílega, de la verja, plegada de día, de aquella meada, la mejor en la vida del *Pepinillos*. Regresaron felices, relajados, como de vacaciones, entre suspiros, incapaces de admitir un alivio que se les esponjaba por las venas.

Veterano ya en decisiones sublimes y repentinas, el *Pepinillos*, cauto y sabio, se replegó como una lagartija herida, eso suponiendo que las lagartijas hagan tal cosa, y aceptó de inmediato un trabajo de camarero muy bien pagado. Agarrado a la bandeja como a una balsa en el mar inmenso, se soñaba montado en un asno, un pueblo que arde al fondo, camino de Egipto, y un río que se pierde por no sé donde, lejos, hasta tocar el cielo.

12ª EDICIÓN — 1996



DORITA MAYALDE, COCINERA

de **Alberto Miralles**
(GANADOR) • DE MADRID

DORITA Mayalde prepara un «dulce inglés» cercada por el utillaje culinario. A Dorita Mayalde le repugna cocinar y sin embargo, por un misterio que se aclarará entre las páginas 4 y 5, maneja con total habilidad los aperos del endulce, que nadie le creería neófita o beligerante en las artes del estómago.

Mientras labora entre espumaderas, batidoras, cacerolas, mangas, espátulas, coladores y moldes, Dorita Mayalde reflexiona sobre su vida.

«Al hombre se le conquista por su estómago», eso le había dicho su madre. Y debía de ser verdad porque su padre tenía una barriga como la proa del Titanic.

Dorita Mayalde casca dos huevos y pone las yemas en una cazuelita.

Adolfo, su marido, contrariamente a su padre, tiene un vientre de atleta: fuerte, plano, que se le ven hasta la fila de músculos reventones, como si quisieran salir a buscar premios de halterofilia.

Dorita Mayalde echa tres cucharas de azúcar a los huevos. «Una, dos y tres, como la Santísima Trinidad», pero se detiene con la cuchara en alto y rectifica. «Dado mi ateísmo, mejor cuatro, como las estaciones del año», y echa otra más, sin estar convencida del todo. «¿Y por qué no siete, como los días de la semana? Cinco, seis y domingo».

«Lo de mi Adolfo fue un milagro».

Dorita Mayalde busca la batidora y convulsiona las yemas sin respeto por las gallinas.

Hacia tan solo seis meses, el marido de Dorita Mayalde era el hermano gemelo de su padre y las barrigas juntas de ambos eran como un catamarán olímpico.

Con la precisión de un experto, Dorita Mayalde echa harina en la cazuela después de pasarla por un colador, luego diluye la masa con leche fría y, sin dejar de batir, sigue con el run run de su pensamiento.

Un día su marido vino y le dijo: «Dorita, se acabó el colesterol, no más dulces, al diablo los hidratos de carbono, basta de ácido úrico». Se lo dijo así, todo seguidito y sin respirar.

La cocinera cogitante en que se ha convertido Dorita Mayalde pone la cazuela al fuego y agrega corteza de limón, removiendo de vez en cuando. Como es obligado, aunque no siempre apetecido, prueba la masa y reprime un gesto de contrariedad. Le falta algo a su proyecto y, tras meditarlo, chasqueando la lengua en busca del enigma gastronómico, encuentra la ausencia y añade más azúcar, esta vez con cucharón.

Dorita Mayalde reanuda sus recuerdos y saca a flote la lista de la compra que su marido le obligó a hacer. Ella estaba aturdidísima y anotó: aceite desnatado, yogur sin cafeína, leche sin alcohol y fibra, mucha fibra.

Dorita Mayalde se ríe de las barbaridades escritas y retira la cazuela del fuego, comprobando que el almíbar que está calentándose en otro recipiente ya ha adquirido la espesura necesaria. Después raya el chocolate y lo echa también.

El marido de Dorita Mayalde continuó con sus propósitos, hoy todos cumplidos, de no fumar, de hacer ejercicio, de no tomar café y de abandonar el alcohol. Se iba a inscribir en un gimnasio, y lo hizo, para apuntarse a todos los cursillos que hubiera. Había muchos, pero se apuntó a todos: *stretching*, *musculation*, *aerobic* y *body building*. Al principio Dorita creyó que su marido asistía a una escuela

de inglés, pero cuando llegó a rastras humillado por las agujetas, tuvo la certeza de su errónea suposición. La primera semana le dio *Gerovital*, administrándole parches en los tirones de la cadera y friegas en las pantorrillas. Pero, a la segunda semana, el neootleta comenzó a brillar de puro lustroso.

Dorita Mayalde usa mantequilla porque cree que eso de las margarinas son embrujos publicitarios. Rebana del recipiente un cucharazo avaricioso y lo añade al chocolate.

Su marido adelgazó 15 kilos y se compró ropa nueva, por cierto que de un estilo demasiado juvenil. Daba no sé qué verle con camisas guayaberas con dibujos de yucatanes y madreselvas entre la virginal espesura del Mato Grosso. Y como, además de adelgazar y de ponerse como un roble, tomaba rayos UVA, al entrar por la puerta era como si a Dorita Mayalde le diera un ventazo ardiente de Caribe indómito.

Dorita Mayalde corta un bizcocho en lonchas rectangulares y las baña con el almíbar, sacando la lengua en acto reflejo.

«¡Ah, y el pelo!», recuerda. Su marido se tiñó las canas. Las dos que tenía. Dio tal grito cuando se las vio, que Dorita creyó que su Adolfo se había convertido en vampiro y le había dado un rayo de sol. En tres meses estaba como cuando lo conoció doce años atrás y en seis le dobló la edad. Y ella se preguntaba, porque tonta no era, «¿por qué cuando las mujeres nos echamos un amante más joven que nosotras no hacemos esas tonterías?». Tonterías por doble motivo, porque lo son y porque evidencian, sin resquicio de duda, una infidelidad.

Un recuerdo tan doloroso no le impide a Dorita Mayalde echar con precisión sobre la fuente bizcochada la crema pastelera cocinada al principio.

Si a mi marido le hubieran dicho: «Cuidado con la glucosa que va usted para diabético y se lo van a comer las moscas», hubiera sido lógico ese esfuerzo por quitarse años y kilos, pero sin un peligro cierto: aventura crepuscular con veinteañera ninfómana, concluye al mismo tiempo que coge las tiras de bizcocho con exquisito cuidado para que no se rompan.

Al principio, Dorita no notó nada extraño en su marido. Es decir, lo notó más solícito, incluso le traía flores. Ahí estuvo poco lúcida. Debió de haber adivinado que su complejo de culpa le obligaba a esas delicadezas que ella tenía olvidadas. Pero es que las esposas desean tanto un poco de ternura por parte de sus maridos, que se niegan al recelo. Pero el remordimiento, como todo, llega a hacerse crónico y entonces se convierte en costumbre.

La sospecha la tuvo Dorita ante la obsesión de su marido por rejuvenecer. Mantenerse en forma, sí, cuidar del aspecto exterior, también, pero encontrarle a todas horas frente al espejo contándose las arrugas que él, ciego a la verdad, llamaba pliegues, era como practicar el reajo y empezar a olisquear a cuerno quemado, nunca mejor dicho.

Dorita Mayalde agarra por el cuello una botella de ron, que es el punto exótico del «dulce a la inglesa», piensa que el punto exótico es mejor transformarlo en puntos suspensivos. Y con esa recia convicción echa tres generosos chorros.

«¡Qué patético es mi Adolfo!!, piensa Dorita Mayalde. «Tiene 43 años, no son muchos, pero sí bastantes, los suficientes como para comprender que la fuente de la eterna juventud es un mito inalcanzable. Y con sus pellejitos del cuello algo caídos, acentuados, además, por su vertiginosa delgadez, daba algo de irrisión compasiva

verle con la camisa abierta hasta el ombligo para enseñar pecho peludo como un mono en celo. ¡Era increíble que un hombre con buen gusto, con un gusto al menos discreto, que es el mejor de los gustos, pudiera convertirse, por el furor uterino de una jovencita, en un hortera de pista de baile. Menos las patillas hasta los belfos, lo tenía todo. Y él sin apercibirse».

Dorita Mayalde distribuye la crema de chocolate por la superficie del dulce endulzado.

Los amigos sí se daban cuenta de que Adolfo le estaba siendo infiel porque jamás habían sido tan cariñosos con ella. «Dorita, nos vamos al cine, ¿te vienes?». «Dorita, te invitamos a cenar», «Dorita, te hemos comprado una chuchería en nuestro viaje a Nueva York».

El sabor de la humillación se hace más amargo en medio de tanto dulce. Quizá por eso bate la nata montada con ardor vengativo.

Los amigos debían de creer que Dorita podría suicidarse. La infidelidad humilla y destruye pero, sobre todo, desconcierta. Sin embargo, Dorita sonríe: «Cuando nos enteramos de que no somos la única mujer de nuestro hombre, ya no sabemos cuál es nuestra posición. Somos algo por definir: ni casadas, ni solteras, ni viudas. Estado civil: ridículo. ¿Pero matarse por eso?» Y con gran resolución echa más azúcar glas en la nata y sigue montando con energía demoledora.

Dorita Mayalde es de las que cumplen las leyes de la dinámica a rajatabla. A una acción, reacción y media. «Mi madre estaba en lo cierto, recuerda Dorita; el estómago del hombre es su fortaleza. Si se trata de vencer, conquístalo». Por eso Dorita Mayalde se matriculó en un cursillo de alta cocina para aprender las recetas más creativas, exquisitas,

apetitosas y grasientas. De momento, ya ha conseguido que su marido vuelva a engordar cinco kilos.

Dorita Mayalde piensa sin inmodestia que ha logrado un gobierno de coalición entre los tres verbos más golosos de la gramática culinaria: cebar, rellenar y trufar. Ella trufa el relleno cebado, ceba el trufado relleno y hasta rellena la trufación cebada. Los suyos es el desorden del exceso desmedido. Cada cena un festín, cada almuerzo un ágape y los desayunos una orgía de zumos azucarados donde sumergir hasta el ahogo la pastelería variada. Dorita Mayalde está deseando que llegue Navidad. ¡Menuda excusa para el tonelaje!

Es un placer para ella ver a su marido dudar ante una *bavaroise* de praliné, aderezada con bolitas de coco untadas con melaza y así, como dejados caer en el plato, medallones de bizcocho glaseado. No hay mejor compensación que ver cómo se acaba una fuente de espárragos. Sí, ya se sabe que los espárragos no engordan, pero es que Dorita Mayalde los prepara con bechamel al oporto adornándolos con crema de castañas y nata batida.

Dorita Mayalde le da a su marido las calorías con lazo, pero por arrobos. Y al pensarlo tiene un escalofrío de satisfacción que no le impide, sin embargo, introducir la nata en una manga pastelera con violentos empujones de cuchara.

¿Y los cumpleaños? En casa de Dorita Mayalde se celebran todos: los suyos, los de su marido, los de sus padres, los de sus suegros, los de amigos y vecinos. Ella celebra las bodas de plata, de cobre, de zinc, de litio, sodio, potasio y magnesio, el día en que se prometieron, el día en que acabaron la carrera, la Constitución, la virgen patronal, la Comunidad y el desembarco de Normandía. ¡Hasta el Do-

mund de su infancia ha oreado Dorita Mayalde! ¿Y cómo celebra fiestas, aniversarios y cumpleaños? ¡Como se debe! Con tartas, cremas, flanes, mousses, pastas, soufflés y puddings. A Dorita Mayalde le da mucho gusto físico y satisfacción espiritual oír desde la cocina cómo enloquecen las glándulas salivares de su marido y cómo todo su sistema endocrino entra en convulsión.

Dorita Mayalde selecciona una boquilla rizada para la manga con la que ha de decorar el dulce. Es una boquilla de estrellas y se dispone a crear, con generosidad barroca y astrofísica, una galaxia entera.

El cursillo de cocina ha obrado milagros en la vida de Dorita Mayalde. Su marido ya no llega tan tarde a cenar ni viaja tan a menudo. Y ha vuelto a ensayar las palabras olvidadas y los besos deseados sin el cansino ritual del hola y el adiós. Porque Adolfo, cuando se casó con Dorita, creía que «ternura» era un trozo de carne blandito, pero poco a poco su mujer fue erosionando su insensibilidad hasta hacerle comprender que por decir cosas dulces y cariñosas no se iba a convertir en maricón. Él es de los que creen que las mujeres son objetivos militares: asalto, consolidación y ¡hasta las maniobras del sábado siguiente! Y Dorita Mayalde le decía al cardo montaraz con caparazón de galápagos que era su marido: «Anda, enáltéceme un poco, di que soy una libélula, llámame huesito de melocotón, compárame con el arco iris, que yo me vea en tus ojos como la más hermosa ninfa. Di que te subyugo, que te electrizo, que te enloquezco». Pero él, con sus convicciones muy recias, resumía sus deseos con una escueta pregunta de la que no esperaba respuesta: «¿Es que te ha venido el periodo?».

A veces, Dorita Mayalde se sorprende del esfuerzo que hacen las mujeres para retener a los hombres pese a te-

ner la certeza de lo desgraciadas que las van a hacer. «Los necesitamos, hay que aceptar esa desgracia, pero es que sin ellos tampoco nos morimos y, según y cómo, algunas viven gracias a no tener que soportarlos después de haberlos soportado demasiado tiempo». Pero su Adolfo ha cambiado, incluso ha vuelto a ver la televisión. ¡Ah, y también ha reanudado su vida sexual! Poca vida, sinceramente, porque por muy joven que esté, joven no es y cumplir dentro y fuera de casa a la vez no es proeza frecuente. Pero Dorita Mayalde está contenta porque, después de hacer el amor, su marido ya no le dice como antes «Yo, ya. ¿Tú no?» Ahora se queda quieto, como temiendo que Dorita pueda ponerle nota. Pero ella no le pone nota, lo que le pone es una crep flambeada con almendras en la mesita de noche.

El hecho de que su marido esté tan preocupado por la eficacia sexual le sugiere a Dorita Mayalde que con la otra ha tenido algún gatillazo. Como a Dorita no tiene que demostrarle nada, está más relajado y cumple mejor. «Ah, pero en el cubil de la ilegítima, piensa aviesamente Dorita, le deben de medir hasta el octanaje».

Desde la mejora culinaria a esta parte, Adolfo está más cariñoso y eso sólo puede significar una de estas dos cosas: o que su amante empieza a cansarse de él o que él empieza a cansarse de ella. Y tras la escapada, vuelta al redil. El lobo pastor ha sido para Dorita Mayalde su cursillo de cocina. Y está tan contenta que corona la bomba tiróidea con tres guindas. Luego, mirando con orgullo su obra, la calcula en cinco mil quinientas doce calorías. Y eso sólo para el desayuno.

Luego se quita el delantal y se sirve vino en una copa de Murano. «Ahora ya tengo una meta —dice brindando al futuro—: conseguir que a mi Adolfo le rebabe la nata

montada por las orejas hasta que en la repisa de su barriga puedan anidar todas las cigüeñas de Castilla guión La Mancha».

Dicen que la venganza es un plato frío. En el caso de Dorita Mayalde, la venganza es repostería selecta, o sea: seleccionada entre lo más lubricante que se pueda encontrar dentro de la cocina oleaginosa.

Por eso, cuando Dorita Mayalde tenga a su marido bien grávido, chicharrón perdido, con las venas atascadas de colesterol y la sangre con más almíbar que las latas murcianas de melocotón, entonces, y sólo entonces, aceptará las proposiciones que le ha estado haciendo su profesor en la escuela de cocina.

12^a EDICIÓN — 1996



EN ALGÚN LUGAR DE SU MEMORIA

de **Fernando Delgado Jiménez**
(ACCÉSIT) • DE SEGOVIA

JUAN Alberto apagó el último cigarrillo en el re-bosante cenicero y miró hacia afuera dejándose sorprender por las primeras luces del amanecer que daban fin a aquella interminable noche lluviosa del mes de marzo. El cansancio y el hastío de toda una noche pasada en vela se traducían en un enorme dolor de cabeza, como agudas punzadas zaheriendo aquí y allá, en una vaga sensación de indefinición en la percepción de sus sentidos, y en una imprevista amnesia como reflejo del desmesurado abuso de alcohol. Abrió con desánimo la puerta metálica de la terraza y dejó que el aire frío y húmedo del exterior penetrara con ahínco en la atmósfera viciada de la habitación. Percibió nítidamente el pesado olor de la ciudad al amanecer. A su espalda, la sala de estar presentaba un aspecto aterrador bajo las ingentes cantidades de desperdicios que se repartían por todos los rincones, sobre los muebles, en el suelo, encima del televisor y adheridos a las cortinas y a la alfombra de lana. La pared dejaba ver irreconocibles manchas en lugares inverosímiles que salpicaban aquí y allá; en algunos lugares, la amalgama era tal que semejaba algo parecido a un perverso Kandinsky. Nada parecía estar en su sitio, pero lo peor es que todo aquel destrozo ni siquiera se traducían en su cabeza en un pasado reconocible que pudiera servir de justificación a lo que allí había sucedido. Un palpitante silencio dominaba su mente y sintió la necesidad, acuciada por un intenso y lacerante dolor en el estómago, de acudir al baño. Allí, pisando pegajosas hojas de periódico extendidas en el suelo, vomitó sobre la bañera, impelido a ello por tratarse del único sitio aceptablemente limpio que pudo localizar en aquel océano de excrementos.

Aquella noche del mes de marzo retumbaba en su cabeza como si aún no se hubiera silenciado la música y no se hu-

bieran apagado las disputas. Sentía las voces y los gritos girar despiadadamente en su memoria y se sentía imposibilitado para identificarlos con alguno de los que asistieron a la bestial reunión-confusión que allí se había producido.

Sintiendo un ligero alivio no exento de malestar salió al pasillo y entró en el dormitorio. Sobre la cama vio tendido el cuerpo de Elvira, su mujer, y le costó apreciar que aquella respiraba, con suavidad, sumida en un sueño cercano a la inconsciencia. Se hallaba postrada en un difícil equilibrio, dejando caer el brazo y el cabello junto al lateral, quedando ambos así próximos a tocar el suelo. El vestido se arrebujaba sobre las rodillas, las tibias al aire, desnudas las piernas hasta los pies. Frente a la mesilla podía ver un vaso casi vacío del que emergía un fuerte olor a coñac. Tuvo la clara sensación de que no deseaba permanecer allí, a su lado, aunque no sabía muy bien por qué razón. Decidió no perturbarla, dejándose llevar por aquella extraña impresión, y recorrió la casa buscando un lugar donde tenderse a su vez. Lo encontró en el despacho, sobre el sofá de tela negra que se alineaba bajo la ventana, y allí se dejó caer, sorprendido por el peso desconocido de su propio cuerpo al aplastarse sobre el sofá, y una vez que se quedó tumbado a lo largo presintió que no podría moverse en algunas horas. Aunque molesto por la claridad que penetraba por la ventana se dejó vencer poco a poco por el cansancio y cerró los ojos, aún algo perturbado por una cierta ansiedad. Al poco, notó como el sueño vencía a cualquier otro impulso y no tuvo fuerzas para resistir más. Quedó así dormido, con el rostro herido por una expresión ausente.

Elvira contrajo el cuerpo al sentir el frío atenazado a su abdomen. Sin abrir los ojos presintió la claridad que inundaba la habitación. A tientas buscó con qué arroparse y apreció que se encontraba tendida sobre el desnudo colchón. El ligero vesti-

do que llevaba acrecentaba sobre su piel la sensación de frío, y un malestar perceptible le fue subiendo desde el estómago hasta alojarse en la garganta. Con un doloroso esfuerzo se vio obligada a incorporarse. Se llevó la mano al sucio y desordenado cabello y pudo palpase la cabeza, al tiempo que sentía cómo un apreciable e incontrolado mareo se iba acrecentando impidiéndola tomar conciencia de su estado. Ni siquiera se sentía capaz de deducir la hora que era, ni tan siquiera apreciar el momento del día. El paladar extremadamente seco y las encías, sobre las que se adhería una pegajosa película de saliva fueron las primeras sensaciones claramente percibidas. Después el olor. Un fuerte olor a coñac y a vómito lo impregnaba todo. Pudo observar que el olor procedía tanto de su cuerpo como del colchón. Se acarició los dedos de los pies intentando encontrar alivio al entumecimiento que le abotargaba los músculos. Un fuerte gemido emanado del estómago le hizo doblar el espinazo y encogerse sobre sí misma. Se sintió enferma y febril. Las imágenes fueron apareciendo en oleadas en su cabeza. Enseguida pensó en Marta «esa perra descerebrada que amamanta sin descanso el ansia masculina». Era la imagen que sentía más viva. Marta y sus grandes pechos caprichosos, exhibiéndose sobre la mesa de la cocina, subida a cuatro patas y ofreciendo sus pechos a todo aquel que se le aproximaba, como una versión lujuriosa de la Loba Capitolina. Aquel recuerdo hizo que la irritación tomara claro dominio de su estado de ánimo. Recordaba a Juan Alberto como uno de sus vástagos, borracho y libidinoso. Fue la última en llegar y reventó la fiesta apenas había bebido un par de vasos de whisky de malta, su preferido.

Antes habían venido Carlos Arrieta y María Guzmán, desde su casa en Chamberí. Juan Clemente y su hermano Anselmo —que aportó un par de botellas de *Protos* del año— lle-

garon después de haber asistido a una representación de *La Cocina*, de Wesker, en el Teatro Español. Carlos, ferozmente apegado a sí mismo, estaba perceptiblemente incómodo. Ni siquiera se había arreglado para salir y no parecía tener muchos deseos de permanecer allí. María, insomne enamorada del depresivo turinés Pavese, sin embargo ocultaba fácilmente el enfado distrayéndose, preocupándose por todos los detalles. No dejó nada a la improvisación. Ubicó correctamente los cubiertos y dispuso los platos proporcionalmente al espacio disponible. Preparó las fuentes en la cocina, aparte las ensaladas y el asado, dejándose llevar por su estilo de eterna alumna de Bellas Artes, aunque a muchos pareciera más bien la obra de un trastornado general para antes de la batalla. Carlos, inquieto, lanzaba aterradoras miradas a su cuerpo grácil y esquivo, siempre de espaldas a él. Fumaba convulsivamente e hipaba a consecuencia del nerviosismo. Anselmo se ocupó enseguida de la música. Nos sorprendió a todos con Sam Cooke —tenía ganas de pasárselo bien, era evidente— para después elevarse con las guitarras desquiciadas de los hermanos Allman; nos desconcertó con Danielle Dax para después hacer un guiño prodigioso incorporando a Maertens a la fiesta. Las protestas lo obligaron a pinchar pop. Los ánimos se serenaron. Cristina y Paula llegaron juntas. Vestido sobre vestido. Collares luminosos que acrecentaban la palidez de la piel. Al entrar ellas cambió perceptiblemente el olor que dominaba la casa. Juan, aferrado como siempre a la anormalidad de su pasión por Paula, agobiado, con una mezcla temblona de timidez y furor, se refugió en la cocina, picoteando sin parar de hablar, mientras giraba vista hacia la puerta. Juan Alberto, meticulosamente entregado a la preparación del asado, de los aderezos, de las ensaladas, mientras abría el vino para oxigenarlo, como acostumbraba, iba dando los últimos toques a una caldeirada

de merluza y rape, sustituyendo —decía él— el agua de mar por un caldo de agua y sales que había preparado concienzudamente. Carlos Rodríguez llegó solo. Su vozarrón rápidamente dominó la conversación. Las fuertes risas de Carlos y Juan Manuel se unieron pronto a Felipe —el brujo—, cuya sonrisa equívoca provocaba siempre escalofríos. Lo acompañaba Silvia, cabizbaja y aún bajo los efectos de su quiebra sentimental con Álvaro, su novio desde hacía diez años hasta el verano pasado. Se comportaba como una auténtica divorciada y su emparejamiento con Felipe se debía a que carecía de la costumbre de salir sola, o más bien, a que se sentía «humillada» por tener que salir sola. Tenía un perfil anguloso y un cuerpo ancho y fuerte, bien proporcionado, que no casaba con el físico mediocre de Felipe. Después fue entrando más gente. Recordaba a Concha, solemne y elegante; también a Cándido, cuyos ojos de veían hinchados por las largas horas de estudio, seguramente abandonado con pesar. El dolor de cabeza la impidió seguir enumerando. No. Cuántos más. Recordó. Jacobo. Jacobo vino con un libro, sorprendentemente, con un libro bajo el brazo. Quizás no tenía muy claro de qué iba aquello. Después Cristina. La oyó reír con sordina al pasar frente al baño del pasillo. Supuso que estaba con Anselmo. Cristina siempre tan directa. «Déjalo para el final y no tendrás un hombre que se sostenga en pie de tanto beber. Prefiero leer a Joyce al despertar que soportar las maldiciones de un recalcitrante alcohólico tras un estrepitoso fallido nocturno». Quizás por ello su buen humor era proverbial. Y su apetito. Anselmo la apodaba jocosamente *Alacomenia*, en un difícil y erudito juego de palabras. Poco a poco un abrumador desorden, como un caos ecuménico, iba extendiéndose por la reunión. Se entraba y salía de las habitaciones. En ocasiones tenía que autoconvencerse de que debía de desentenderse de

todo aquello para conservar un atisbo de buen humor, aceptando sin resistencia que todo parece un escándalo cuando se está acostumbrado al reposo y a la quietud. Sabía que después vendría lo peor, pero ¿qué otra cosa podía hacer, se preguntaba?. Retirar bruscamente el alcohol y convertir aquello en una clara reunión familiar. No estaba dispuesta a eso. ¡Carlos!, ¡deja ya de golpear con el pie! —gritó Cristina, que salía recogiendo el pelo del pasillo—. Carlos se sobresaltó al oírlo. Bajó el pie hasta el suelo y se quedó mirándola, con una sonrisa malévola. Anselmo hacía un rato que deambulaba por la cocina, empujando a Juan a volver a la sala de estar y encarar a Paula. «Debes de sostener con ella al menos una simple conversación» —le decía. «Cualquier mujer necesita como poco un breve tiempo para hacerse una idea previa cuando presiente un asalto amoroso» —le decía con un tono aflautado, procurando no ser más sarcástico, más próximo a su eterna condición de bufón. Ellos no sabían que Paula seguía un tratamiento especial para la piel y estaba simplemente resignada a carecer de contactos físicos, al menos por algún tiempo. Silvia, sentada en un sillón, en la esquina y bajo la lámpara de pie, exhibía sus largas y bronceadas piernas, dejando en ocasiones entrever, al cambiar de postura, una fulgurante ropa interior, tan poco discreta como su torva mirada de diosa en celo. Se sentía molesta observándola de reojo y apreciando su arrogancia. Su falta de pudor era tan ofensiva como el desinterés hacia cualquier forma de colaboración. Sentado a sus pies, Jorge se ensimismaba con la música, mientras preparaba escrupulosamente un enorme porro. De vez en cuando volvía la cabeza y la dirigía algún comentario gracioso, sosteniendo la mirada mientras su mente acariciaba las hermosas piernas de Silvia.

En aquellos momentos Juan Alberto se sentía celoso de

todo el mundo. No podía evitar un indisimulado fastidio hacia cualquier intento de protagonismo que no contara con él. Interrumpía las conversaciones incorporando argumentos que suponía adaptados a cualquier cosa, aunque generalmente añadía un claro tinte de grosería a sus comentarios, buscando —como siempre— llamar la atención. En la cocina sólo aceptaba ayuda, pero jamás opiniones.

—Tu problema —le decía serenamente Felipe, mientras le dirigía una cálida mirada— es que eres una persona infelizmente satisfecha. dependes hasta tal punto de la posesión que sólo el instante te satisface, no la continuidad.

—Tu problema son tus opiniones —contestaba iracundo Juan Alberto. ¿Qué se creía, con aquella expresión fatalista con la que miraba a todo el mundo?. «Mirate en el espejo y observa como te pudres lentamente, arúspice de vísceras congeladas».

Todas sus conversaciones tenían un planteamiento, nudo y desenlace. No permitía dejar nada inconcluso, aunque su ansiedad hacía que todo en él tomara un carácter digestivo, sin proyección. Se sentía despreciada por él, insatisfecha de que no se la tomara debidamente en cuenta. Juan Alberto era aparentemente sumiso, pero en la discordancia de su relación solía utilizar el peso de múltiples argumentos para sofocar su personalidad. Poco dada a discutir, enemiga de la constante polémica, se había retirado siempre para soslayar el tópico de las crisis matrimoniales. De cara al exterior, todo iba de viento en popa. Pero ella carecía de pasado y luchaba denodadamente por creer en el presente. Él, sin embargo, sufría extrañas transformaciones interiores, aparentemente premeditadas, buscando —quién sabe con qué razón— adaptarse a una nueva personalidad. La tranquilidad era para su carácter un ambiente hostil. Se nutría de todo lo que despreciaba, utilizándolo

como arma arrojadiza sobre los demás, a los que sorprendía desprevenidos en cualquier comentario trivial, que para él tomaba el carácter de una nueva polémica, que solía zanjar con un agudo inciso, cargado de doliente ironía. Era generoso con sus amigos, pero más bien porque perseguía obtener un carisma de virtud que —sospechaba— no estaba en ninguna otra parte. Cuando se veía despojado de argumentos se ahogaba en alcohol. Aquello generalmente sucedía en los momentos en que la excitación le impedía tomar conciencia de cualquier otra cosa. Solía pedir prestada una habitación allá donde fueran a hacer una visita. Yacía con Elvira a sabiendas de que las mentes de los anfitriones no podían apartarse de ellos, gozando de un exhibicionismo netamente intelectual. Todo esto ocurría desde que había hallado el sorprendente premio de la virginidad de Elvira. Virginidad en todas las facetas. Su aprendizaje, obediente y activo, resultó para él una experiencia gradiosa. Se sentía autor de una parte de una vida. Gozaba incorporando más y más experiencias, algunas puramente ingenuas. Poco a poco, no obstante, el furioso ímpetu inicial había dado paso a una forma de rutina de la que parecía no haber salida. Los fuegos artificiales dejaron paso a una calma chicha aborrecible y tenebrosa, donde el rumor del agotamiento prendía en sus ánimos hasta adormecer sus pasiones.

Solía propender a la extravagancia, tanto en su vestimenta como en los gestos más triviales. En su variable forma de ser se percibía la obstinada búsqueda de una permanente inadaptación que lo hiciera singular. Un día le oyó decir: «Creo que no somos tan especiales como habíamos creído». Pero nada de eso lo hacía avanzar hacia una posición más contemporizadora. Cuando estaba sereno se sonreía era puramente condescendiente, altanera, como si en todo momento estuviera premeditando una finta.

—Nos hemos abandonado el uno al otro —le dijo en una ocasión. Después se sintió acongojada por la tristeza que presintió en él, y se dejó caer en su regazo amorosamente, abandonada a la circunstancia, renunciando a emprender una batalla que sólo podía tener un cruento final. No había héroes en el mundo de Juan Alberto. Sólo víctimas de las pasiones o de la ausencia de ellas. Por supuesto, aquel día estaba borracho y adormecido. Emitía sonidos sofocados que parecían provenir de una criatura desconocida. Alguien le dijo en una ocasión que portaba en sí mismo la semilla de la inseguridad. Aquello le desconcertó hasta tal punto que siempre tuvo presente el comentario en cada instante de su vida, dejándose llevar por una especie de destino ignorado pero desagradablemente sentido. En esas ocasiones un pesar absurdo se cernía sobre su ánimo, y se refugiaba en la cama a horas descuidadas, como aplastado por una enfermiza y desalentadora manía depresiva. «Sólo me tengo a mí mismo» solía decir. Escribía tanto como leía, pero escribía con un pulso calamitoso, tan insegura su mente como su pluma, buscando en la ilegibilidad el misterio de la incompreensión. Sus epístolas sin destino eran como hojas desperdigadas e incoherentes, incapaces de reflejar con nitidez un pensamiento ya de por sí desordenado.

Las reuniones que organizaba solían terminar como si un terrible accidente se hubiera cernido sobre todos. El cansancio y el exceso de alcohol, así como la incoherencia de las actitudes, reflejaba bien una forzada experiencia de incomunicación, o quizás un modo grotesco de entender la amistad, no tanto como aliento sino como refugio atemorizado. No podía apreciarse armonía en los ridículos y frágiles vínculos de aquel grupo de incapaces, cuya vida transcurría intranquila e inconstante en el compartimento estanco de una relación nacida de la fatiga, que no del tesón. Como un público hastiado

ante una representación una y otra vez improvisada. Juan Alberto siempre quería salir reluciente entre las tinieblas de aquella tormenta seca. Cuando no encontraba argumentos, se volvía en silencio hacia su yo profundo, aletargándose en quién sabe qué bosque maltrecho de pensamientos. Desde hacía mucho tiempo no se apreciaba en él ninguna presencia de la primavera. Todo obedecía a impulsos generados en su inquieto intelecto, y se había convertido así en el inexperto conductor de un carro vital maltrecho.

—Tengo la seguridad de que ninguno de mis amigos arriesga lo más mínimo en nada que valga la pena y que pudiera sorprenderme, le confesó en una ocasión. Y como para poner a prueba la validez de su afirmación puso como ejemplo a Silvia, cuyo ardor uterino —le dijo— era como una olla a presión siempre dispuesta a estallar en la cara de cualquiera de nosotros, al no tener ninguna otra válvula de escape. El caso de Felipe le descomponía todavía más, pues no podía comprender cómo su pasión por el ocultismo y la cábala podían desarrollarse en el sórdido y sofocado ambiente de su anodina vida. Una ciencia sin contraste. Una experiencia sin compartir. Una idea inexpresada. Todo era en su cabeza como una biblioteca permanentemente cerrada a curiosos y extraños que aportaran el necesario crecimiento vital. Era una particularidad que en él se veía muy acrecentada: hablar mal de todos. Su crítica despiadada e inmisericorde no parecía cimentarse, no obstante, más que en el peso de los inconexos y oportunistas argumentos de un borracho.

Se presunción era breve, meticulosa, y, no obstante, claramente característica, aunque, a fuerza de perseverar, había logrado incluirla como parte permanente de su carácter, necesaria para quebrar un espacio demasiado oscuro.

Elvira detuvo por un momento el cepillo dental con el que desde hacía ya largo rato realizaba una concienzuda limpieza

de su boca. Se miró en el espejo, entre manchas de agua y espuma. Se supo vacía y maltrecha. Recordaba límpidamente la noche pasada, sin tapujos. Sabía que todo había sido muy simple, sin características singulares que lo hicieran dudoso. Allí mismo, en el baño de su dormitorio fue donde oyó la primera voz. Estaba refrescándose la cara con agua fría, intentando rebajar el influjo del coñac en su rostro. Se hallaba desnuda, pues al principio pensó en ducharse, aunque después optó por no hacerlo. Había dejado a su espalda la puerta abierta, más bien por torpeza, aunque pensaba que nadie entraría a su habitación. No se sobresaltó al escuchar a Juan Alberto llamarla por su nombre. Contestó descuidadamente y siguió echando agua sobre sus ojos, al tiempo que se daba un fuerte masaje, apretando las yemas de los dedos sobre los párpados doloridos. Después sintió sus manos. Le desagradó que la buscara allí y en ese momento, pero no se extrañó, pues hacía tiempo que estaba acostumbrada a sus estertores sexuales, a su incontenible deseo de aquí y ahora. Con los ojos cerrados y la cara húmeda se dejó llevar hasta la cama, dejándose empujar boca abajo sobre el edredón. Apenas con ánimo para colaborar se dejó hacer sin percatarse de que, a su espalda, la puerta abierta la ofrecía en escaparate imprevisto al pasillo, desde donde Carlos observaba sin ningún rubor. Tardó un rato en darse cuenta de que no era Juan Alberto el que se sujetaba sobre su espalda. Intentó gritar pero apretaron su cabeza contra la cama, impidiéndola casi respirar. Se abandonó al balanceo rítmico sobre el colchón, sintiendo el jadeo y el olor a sudor en su nuca, hasta que el silencio se hizo en el dormitorio. Su cuerpo, casi anesthesiado por el alcohol, apenas si recogía los vestigios del asalto. No podía siquiera levantar la cabeza y permaneció echada largo rato, quedándose dominada por una sensación de irrealidad absoluta, como si dudara entre

sentirse que descansaba de una abominación o despertaba de un sueño. Más fuerte que el dolor y que la humillación era la absoluta incompreensión sobre lo que había sucedido. No podía hilar acontecimientos que desconocía, no podía reflejar en rostros su protagonismo. Quedaba indefensa frente a unos hechos de los que no podía recordar más que sensaciones, como si la hubieran dejado caer en un montón de basura. Volvió al lavabo y se echó de nuevo agua fresca sobre el rostro. Al cabo de unos minutos era como si lo sucedido en el dormitorio hubiera tenido lugar en otro plano de la consciencia, en una dimensión de la realidad que no la pertenecía. Sobre la piel desnuda se puso un vestido largo, calzó unas sandalias de cuero y con un estremecimiento en el estómago salió de nuevo a la salita. No encontró ninguna mirada que enfrentara a la suya. Estaba como perdida. Aquella era su casa, su sala de estar, sus amigos. Era imposible que tras de sí, en el dormitorio, hubiera dejado una parte de su realidad que no les pertenecía, pero no encontró ningún acomodo a su instinto. En silencio buscó asiento en el sofá, frente a la televisión, procurando no mantener el más mínimo roce con nadie de los que allí se encontraban. Sus sentidos estaban aletargados, y se sentía toda ella como en un estado de inconsciencia, de alejamiento. Allí permaneció recostada, embobada frente a la pantalla, sin ver ni comprender nada de lo que se emitía. Los efectos de la borrachera se convirtieron en una bruma que la mantenía apartada de los demás, alejada de un presente que ya no sentía como suyo. Algo de sí misma había quedado de repente totalmente sumergido en la oscuridad. Apuró de un trago el contenido de un vaso que se hallaba sobre la mesa, frente a ella, al alcance de la mano y dejó que por su garganta resbalará silenciosamente lo que creyó identificar como whisky. El resto de la noche se lo pasó bebiendo como ensimismada,

aterrada ante lo que creía que era parte de una alucinación alcohólica. Pero no pudo comprender nada más. En alguna ocasión se sobresaltó al escuchar el ruido de unas risas de hombre que provenían de alguna otra habitación. Estuvo tentada de levantarse y aparecer allí, buscando una respuesta. Después, todo quedó envuelto por la tranquilidad. Recordaba haberse desplazado hasta la cama y, después de tirar al suelo toda la ropa, haberse dejado caer sobre el desnudo colchón.

Ahora ni siquiera podía enumerar con certeza a todos los que habían asistido a la fiesta. Un fuerte dolor se atenazó en su estómago cuando se percató de este hecho. Se encogió buscando aliviar la contracción de su vientre. Sabía que estaba sola y sin argumentos. Las lágrimas comenzaron a derramarse por sus mejillas. Elvira no podía saber nada de la particular partida de póker que Juan Alberto había jugado con Carlos y Anselmo, mientras ella, en compañía de las otras mujeres, limpiaba la cocina. Desconocía que a Juan Alberto le había sobrepasado perder casi cincuenta mil pesetas en apenas veinte minutos, en un par de manos alocadas mientras engullían un botella de whisky americano. La ira y la ausencia total de autocontrol lo llevaron a jugarse lo imposible. Carlos y Anselmo, completamente borrachos, se sintieron como parte de un juego prohibido, como depositarios de un azar que sentían formaba parte indudable del incombustible y desenfrenado carácter de su peculiar amigo.

13ª EDICIÓN - 1997



EL MUERTO ROBADO

de **Rafael Juan Ortega**
(GANADOR) • DE ELDA

LA llamada del cabo Cobos podía cambiar mi condición de corresponsal de pueblo por la de redactor de plantilla de *El Heraldito de la Provincia*. Aquella llamada telefónica dio comienzo a una historia protagonizada por alguien que había muerto hacía ya treinta años y me permitió conseguir la exclusiva periodística de mi vida.

Yo iba por el tercer café y el cuarto intento para perfilar mi crónica sobre las próximas fiestas patronales en honor de la Virgen del Portillo, crónica que tendría que escribir por entregas para aprovechar las treinta líneas escasas que me daban, diariamente, en el periódico. Es lo menos que podía hacer después de haber entrevistado al concejal de Fiestas, a la Reina Mayor, al cura párroco, al alcalde y a todos aquéllos que tenían algo que ver, por activa o por pasiva, con la organización de las fiestas, que luego todos se quejaban de que el pueblo salía muy poco en *El Heraldito*, una manera de decir que ellos no salían y que sólo yo era el culpable. Como si a mí me importasen las fiestas en honor de la Virgen del Portillo, la política de campanario que se practicaba en el ayuntamiento y el ser corresponsal de un periódico provincial en un pueblo donde lo único importante que había pasado en los últimos años había sido la fuga de Paquita la peluquera con Valentín el carpintero, la detención de dos chavales a los que habían pescado con unas barritas de hachís, unas cuantas peleas entre gente con mal vino y los insultos con los que se obsequiaban los concejales en los plenos. Además, habría que mencionar el nuevo alcantarillado, la anunciada reforma del casco antiguo, que esperaba todavía, y la próxima instalación de un polígono industrial que venía siendo próxima desde hacía diez años. Ésas eran las cuestiones de las que me ocupaba en mis crónicas y ar-

títulos, si exceptuamos la fuga de la peluquera, que sólo fue noticia en los bares del pueblo aunque, eso sí, fue seguida con un apasionamiento que ya hubiera querido yo para mis escritos, por cierto muy mal pagados. Pero la llamada del cabo Cobos, mi fuente en la Policía Municipal, cambió todo este triste panorama. *Deme*, no puedo hablar mucho, pero no estaría mal que te pasaras ahora mismo por el cementerio. ¿Qué es lo que pasa?. Deja lo que estés haciendo y pásate por allí. Tengo que colgar. Hasta luego.

Varios coches aparcados en la puerta del camposanto, incluido uno de la Policía Municipal, indicaban que, efectivamente, algo pasaba. No era normal que los muertos recibiesen tantas visitas un miércoles cualquiera a las 11 de la mañana y mucho menos la del alcalde, que se puso blanco cuando me vio aparecer con mi bloc de notas y acompañado del *Flases*, un fotógrafo del pueblo que, entre bodas y bautizos, trabajaba también para mí. ¿Qué coño haces aquí?, ¿te has creído que hoy es el día de Todos los Santos?. Si no lo es, lo parece. Lo digo por la gente que hay reunida. ¿Se puede saber qué pasa?

El alcalde intercambió una mirada, que quería ser significativa, con el sargento de la Policía y con el concejal de Seguridad Ciudadana. Un poco más atrás disimulaba el cabo Cobos y el sepulturero, inexpresivo, fumaba sentado en una losa. No era preciso ser un lince de la observación y un águila del periodismo para darse cuenta de que la verja que daba paso al panteón de la familia Higuera, el más grande y el más imponente de todo el cementerio, había sido forzada. ¿Ladrones de tumbas?. Algo así, *Deme*, algo así, contestó el alcalde que, del blanco, pasaba ya a ese característico rojo que anuncia una congestión o un cabreo. En esta ocasión era un cabreo.

El Flases ya estaba tomando fotos del panteón y de la verja forzada y yo abrí ostensiblemente mi bloc a la espera de las palabras del alcalde. Me cago en todos los periodistas, y sobre todo en los periodistas de pueblo. Ahora sí, ahora Casanueva será noticia, y los buitres acudirán como moscas a la mierda. No estaba mal para escribir un buen titular, pero era otro el que me interesaba, y así se lo dije al alcalde antes de que pasara de las palabras a los hechos, que el muy bruto era capaz de eso y de más, lo que no le impedía ganar las elecciones una y otra vez. O, a lo mejor, ganaba por eso. Vaya usted a saber. Yo hacía tiempo que había renunciado a entenderlo.

El concejal de Seguridad Ciudadana terció conciliador en lo que amenazaba convertirse en una discusión absurda tipo yo estoy aquí para hacer mi trabajo, eso por un lado, y no me jodas y piérdete, buitre de mierda, eso por el otro, o algo así. Vamos, Paco, cálmate. Deme se va a enterar de todas formas y no podemos ocultar esto mucho tiempo. Lo sabe demasiada gente. Seguro que dentro de dos horas no se habla de otra cosa en el pueblo. De acuerdo, buitre de mierda, te lo contaré todo, pero cuando escribas para tu periódico no te olvides de mencionar eso de que la Policía Municipal cuenta con varias pistas que apuntan a una resolución inmediata del caso. ¿Qué caso?, ¿es eso verdad?. ¿Tú te haces el tonto o es que lo eres?. Vale, pero ¿qué caso?

ROBAN UN CADÁVER EN EL CEMENTERIO DE CASANUEVA

Se desconocen los motivos de la profanación de la tumba

De nuestro corresponsal Demetrio Martínez

En la mañana de ayer, al llegar al cementerio para iniciar su jornada laboral, el sepulturero municipal de Ca-

sanueva descubrió que había sido forzada la verja de acceso al panteón de la familia Higuera y que en su interior faltaba el ataúd que contenía los restos de José Higuera Barceló, fallecido hace más de treinta años. Se desconoce la identidad del autor o autores de la profanación y también sus motivos aunque, al parecer, la Policía Municipal cuenta con varias pistas que pueden llevar a una pronta resolución del misterio.

Todo hace pensar que el robo tuvo lugar en algún momento de la noche, cuando el cementerio permanece cerrado a cal y canto y con ningún ser vivo en su interior, aunque la noche de autos no estaba cerrado del todo. Una parte de la tapia había sido demolida recientemente, dado su deterioro, para su reforma posterior, por lo que la policía deduce que fue por ese hueco de la tapia por el que los ladrones extrajeron el ataúd, aunque fuentes de la investigación no descartan que la autoría fuese obra de una sola persona ya que se ha comprobado, así lo atestiguan las huellas, que para el transporte de la caja fue utilizada una carretilla que se estaba usando en la obra de reforma de la tapia.

En estos momentos la investigación se centra en buscar un posible móvil ya que resulta desconcertante el hecho de robar los restos mortales de una persona fallecida hace tanto tiempo.

El suceso ha conmocionado a los 15.000 habitantes de Casanueva ya que José Higuera era un personaje casi legendario en la localidad. Fundador de la empresa «Bodegas Higuera», que comercializa varios vinos de fama nacional e internacional, y de una fábrica de juguetes que, en la actualidad, da trabajo a más de cien personas, Pepe El Vinatero, como era conocido en el pueblo, amasó una gran fortuna poco después de acabada la Guerra Civil y fue

alcalde de Casanueva durante la década de los 50. Fallecido en 1964, a los 65 años de edad, ya viudo, sus dos hijos continuaron con los negocios familiares que, ahora mismo, siguen tan prósperos como entonces. De hecho, la familia Higuera es la más conocida y acaudalada de Casanueva y el panteón del que dispone en el Cementerio Municipal, profanado la otra noche, es el más grande y lujoso de todo el camposanto.

El periódico publicó mi noticia en su totalidad. No me tocaron ni una coma. A toda página, con tres fotos del *Flases*, una de la verja forzada, otra del hueco de la tapia y una tercera, que Dios sabe de dónde salió, del mismísimo Pepe *El Vinatero* cuando era alcalde, una foto oficial en la que el difunto lucía un esplendoroso uniforme de Jefe Local del Movimiento. Un éxito que me costó una discusión con el redactor jefe, empeñado en enviar a un periodista más experimentado que yo para el seguimiento del suceso. Y una mierda, esta noticia me la he trabajado yo muy a fondo, y me ha costado mucho el conseguirla. Es mi noticia, no sabes hasta qué punto es mi noticia, y nadie se va a quedar con ella. Pero, *Deme...* Ni *Deme* ni leches. Aquí tú no mandas a nadie. Yo soy del pueblo y sé cómo funciona esto y, si mandas a alguien, ese alguien va a estar más solo que la una. ¿Me explico? Esta noticia me la he currado yo y yo seguiré con ella. Le convencí, no sé cómo, pero le convencí.

El suceso saltó a la prensa nacional. Hasta alguna cadena de TV envió un equipo para hacer un reportaje sensacionalista para algún programa no menos sensacionalista. Pero cuando ellos iban, yo ya venía. Quiero decir que, al día siguiente de salir publicada la noticia en el periódico, mi cabo Cobos me comunicó algunas novedades.

PIDEN UN RESCATE POR EL CUERPO DE JOSÉ HIGUERUELA

Los ladrones del cadáver exigen 20 millones de pesetas a cambio de su devolución.

De nuestro corresponsal Demetrio Martínez.

Antonio Higuera, hijo mayor de José Higuera, cuyo cadáver fue sustraído del panteón familiar hace cuatro días, recibió ayer un anónimo en el que se exige a la familia la cantidad de 20 millones de pesetas a cambio de los restos de su difunto padre, fallecido hace más de treinta años.

La petición de este insólito rescate aclara, sólo en parte, un suceso que mantiene en vilo a todos los habitantes de Casanueva ya que nadie, hasta ahora, comprendía las razones que habían llevado al robo del cadáver de un personaje tan significado como fue, y lo es todavía aunque esté muerto, José Higuera, más conocido en el pueblo como Pepe El Vinatero.

Según fuentes de la investigación, todas las pistas apuntan a que fue una sola persona la autora del robo del ataúd que contenía los huesos de José Higuera, ya que se tuvo que ayudar con la carretilla que se estaba utilizando en las obras de reforma de la tapia. Por las huellas encontradas en las inmediaciones se deduce que el peculiar ladrón de tumbas cargó el ataúd en un vehículo, que bien podría ser una furgoneta, y desapareció con su macabra carga entre la oscuridad de la noche.

El rescate de 20 millones de pesetas exigido al difunto aclara, en parte, algunos motivos de este extraño suceso, pero no todos. Al menos, así lo manifiesta Manuel Escudero, sargento jefe de la Policía Municipal: «Es muy extraño que se roben unos huesos para pedir un rescate por

ellos. Aquí hay algo más, una venganza o algo así, y lo vamos a averiguar en colaboración con el juez de instrucción y con los dos subinspectores de policía que han llegado desde la capital. Sólo me queda añadir que estamos investigando animados por la irrevocable decisión del alcalde de aclarar este misterio hasta el último detalle». Por su parte, el alcalde de la localidad, Francisco José Brazatortas, ha declarado que «no pasará mucho tiempo hasta que ese Drácula de pacotilla, que anda por los cementerios turbando la paz y el descanso de tantos hijos de Casanueva ya fallecidos, dé con sus huesos en la cárcel. En mi pueblo nadie ha robado un muerto y si el elemento éste quiere ser el primero se va a enterar de lo que vale un peine. Lo juro por mis muertos».

Según ha podido saber este corresponsal, el anónimo, escrito con recortes de letras de periódicos y revistas y depositado en el buzón de la empresa juguetera de la familia Higuera, no especifica ni la fecha ni el modo de entrega del dinero del rescate, pero anuncia próximos mensajes en este sentido. A la espera de estos mensajes, la familia del difunto y desaparecido José Higuera mantiene un silencio total.

Con esta segunda noticia, el suceso del muerto robado fue ya objeto de tratamiento diario en toda la prensa nacional y mi periódico le dio el tratamiento que se merecía. Al fin y al cabo, era nuestra exclusiva y los otros medios no tenía más remedio que ir a remolque de lo que nosotros publicáramos, mejor dicho, de lo que yo publicara, que a estas alturas mi redactor jefe me tenía ya el suficiente respeto como para no interferir en mi trabajo, vamos, que por fin tenía claro que aquélla era mi noticia, sólo mía. Era un paso muy importante para conseguir mi objetivo, ser redactor de

plantilla del *Heraldo* y eliminar ese doloroso «de nuestro corresponsal» siempre pegado a mi nombre.

El siguiente paso era conseguir una entrevista con alguno de los dos hermanos Higuieruela o mejor con uno, Antonio, el mayor, que era el que contaba en realidad y el que llevaba todos los negocios de la familia. Una entrevista en exclusiva con Antonio Higuieruela me hubiera consagrado, en el *Heraldo*, como el hombre imprescindible para el seguimiento del caso del muerto robado y hubiera alejado, definitivamente, la posibilidad de que llegara desde la capital cualquier reporterillo estrella para quitarme mi noticia.

Después de unas cuantas llamadas telefónicas y con el auxilio de un par de conocidos pude llegar, sólo en parte, a mi meta, el despacho de Antonio Higuieruela en las bodegas, un despacho imponente con secretarías, dos, fax y ordenadores, también dos, además de un rutilante mueble bar que el hijo mayor del *Vinatero* abrió ante mis ojos para ofrecerme un escocés de doce años que ni siquiera el olor del vino en fermentación que llegaba, insidioso, hasta las mullidas alfombras, me impidió saborear.

Fue claro y directo. Me han dicho que quiere entrevistarme para su periódico y prefiero decirle personalmente que no habrá tal entrevista. Bien, entonces no sé qué hago aquí. Hablemos, simplemente hablemos. El que no haya entrevista no quiere decir que yo no tenga nada que decir, y lo poco que tengo que decir conviene que se sepa, aunque prefiero que sea de una forma indirecta. Bien, usted dirá. Verá, creo que es conveniente dar a conocer que la familia no está dispuesta a entregar una sola peseta al que secuestró el cuerpo de mi padre. O sus huesos, para ser exacto. Quiero que ese mensaje, así de claro, llegue hasta el secuestrador y estoy seguro de que usted, que es un

buen periodista, no desaprovechará la ocasión de reproducir mis palabras, mejor dicho, de dar a entender su significado porque yo, y esto que quede muy claro entre nosotros y de cara a sus lectores, nunca le he concedido una entrevista ni he hablado con usted. No entiendo nada. Pues no hay tanto que entender. ¿Usted ha oído de alguien que secuestre muertos?, ¿verdad que no?, ¿y ha sabido alguna vez de alguien que pague millones por un montón de huesos, por mucho valor sentimental que tengan? Tampoco. Ni mi hermano ni yo vamos a ser los primeros. Mire usted, un secuestrador profesional se dedica a los vivos y no anda por los cementerios en busca de víctimas. Mi hermano y yo creemos que, en este asunto, existen otros motivos, no sé, el resentimiento, la venganza o la envidia, que en este pueblo hay muy buena gente pero también hay mucha envidia y es posible que alguien no le haya perdonado a mi padre que prosperase desde la nada, sólo con su trabajo y su esfuerzo, o que ese alguien no nos perdone a nosotros, sus hijos y herederos, que hayamos continuado su tarea con éxito. Eso es todo. ¿Pero ustedes, si no hubiera más remedio, estarían dispuestos a pagar el rescate que se les pide? Mire usted, habría que delimitar ese «si no hubiera más remedio» y, ahora mismo, nadie está en condiciones de hacerlo. Estoy convencido de que el cuerpo de mi padre volverá al panteón familiar del que nunca debió salir y de que esto no es más que una broma macabra destinada a perjudicarnos, mejor dicho, a fastidiarnos. Por lo pronto, y es lo que deseo que quede muy claro, no estamos dispuestos a pagar ningún rescate. En fin, esto es todo, gracias por haberse molestado en venir para una entrevista que nunca, ¿entiende?, nunca ha tenido lugar. Y antes de que me diese cuenta me vi fuera del despacho de Antonio Higuera-

la, de su güisqui de doce años y de ese olor a vino ácido que impregnaba las alfombras. Estaba claro que no habría 20 millones de pesetas para nadie, era mucho pedir a los Higuera, que tenían fama de avaros, pero yo sería redactor de plantilla en el *Heraldo*, y eso sí que no lo podría impedir ningún Higuera.

No fue difícil, en mi siguiente crónica para el periódico, dar cuenta de las intenciones de los Higuera, en fin, ya se sabe, «según fuentes bien informadas...» y todo eso. Supuso más puntos a mi favor ya que fui el único en anunciar que no habría pago del rescate e incluso, «fuentes autorizadas del entorno familiar de los Higuera barajan varias posibilidades...» y reproduje lo de la broma macabra, que se creía que el secuestro era obra de la envidia o el resentimiento y no de la codicia y todo lo demás. Antonio Higuera podía estar contento, todo lo que me había dicho había salido bien destacado en el periódico, y encima no lo decía él directamente, que quedaba muy mal que un hijo dijese que no daba ni una perra gorda para recuperar los huesos de su padre. Adiós a los 20 millones de pesetas. Más claro que el agua, por lo menos que el agua turbia del pueblo, que no hay quien se la beba.

Esta última crónica me dio, dentro del *Heraldo*, la autoridad definitiva en todo lo que tuviese que ver con el caso del muerto robado, una noticia que ya nadie me iba a arrebatarse. Me había costado mucho, pero lo había conseguido.

El propio director del *Heraldo*, personalmente, me encargó un amplio reportaje sobre el suceso para la edición del domingo y una columna de opinión que iría con mi firma y encabezada con mi foto. Era la gloria. El reportaje me salió bordado, con multitud de testimonios sobre la perso-

nalidad de Pepe *El Vinatero* y un amplio catálogo de rumores y especulaciones hábilmente engarzados además de una completa reseña sobre el estado actual de las investigaciones que, dicho sea de paso, estaban en punto muerto. Y la columna de opinión, creo, tuvo penetración analítica y valentía a partes iguales.

EL MUERTO ROBADO

Demetrio Martínez.

Ha pasado una semana desde el robo del cuerpo, o lo que queda de él, de José Higuera, conocido todavía, en Casanueva y toda la comarca, como Pepe El Vinatero. Ha pasado una semana y la única pista con la que cuenta la policía es un anónimo confeccionado con letras de recortes de periódico en el que se pide a su familia, concretamente a sus dos hijos y herederos, la cantidad de 20 millones de pesetas a cambio de la devolución del cuerpo. Es así como tenemos servido un misterio que apasiona no sólo a Casanueva sino a todo el país.

¿Cuál es la clave para la resolución de este caso?, ¿la codicia de los secuestradores?, ¿la venganza?, ¿el resentimiento?, ¿la envidia?. Son demasiadas preguntas con una única respuesta que está, sin lugar a dudas, en el muerto robado. José Higuera, por muy muerto que esté desde hace 30 años, sabe por qué su cuerpo fue secuestrado, por qué el panteón familiar donde descansaba de una vida agitada y polémica fue profanado. Creemos que la solución de este caso pasa por conocer la historia y la personalidad de Pepe El Vinatero.

¿Quién era Pepe El Vinatero? Llegó a Casanueva, camisa azul y boina roja, recién acabada la Guerra Civil, nadie sabe de dónde, y dicen que el estraperlo y la usura le ayudaron a fundar las bases de la que luego sería su cuan-

tiosa fortuna. Después ya se sabe. Las bodegas, la fábrica de juguetes, alcalde durante la década de los 50. Todo un personaje que amasó no sólo fortuna, también poder, mucho poder. Los que le conocieron afirman que fue el amo de Casanueva hasta su muerte y que dejó atrás muchos enemigos, muchísimos. Sus hijos nunca han estado en política, pero sí que han manejado muy bien la influencia que proporciona el dinero, un dinero que heredaron de su padre y que han multiplicado sabiendo reinvertir no sólo en las bodegas y en la fábrica de juguetes, sino también en empresas inmobiliarias, entidades financieras y las más diversas industrias hasta el punto de que los hermanos Higuera son, hoy en día, los empresarios más conocidos de toda la provincia y, posiblemente, también los más ricos. En consecuencia, los más poderosos, más que el mismísimo presidente de la Diputación. Con enemigos a diestro y siniestro, por supuesto. Todos lo saben. Hacer negocios no es una actividad inocente y siempre hay perjudicados. Unos ganan y otros pierden. Ley de vida. Pero los hermanos Higuera, y eso nadie lo ignora en Casanueva, no sé si fuera también, no sueltan un duro graciosamente si no hay dos para ganar. Y creemos que el autor, eso es lo único de lo que la policía parece estar segura, que fue una persona que actuó en solitario, del secuestro del cadáver del «Vinatero» lo sabía muy bien, sabía perfectamente lo que hacía, lo que se llevaba y por qué.

No es la codicia el móvil en el caso del muerto robado, tampoco la ambición. Sospechamos que es la venganza. Pero es tanta la gente que tiene razones y motivos para vengarse de la familia Higuera que la policía nunca podrá encontrar al que profanó su panteón familiar. Ya sólo depende de la voluntad del secuestrador el que Pepe

El Vinatero regrese a su tumba y descanse, esta vez sí, para siempre.

La columna de opinión, detesto la falsa modestia, me pareció magnífica y «soberbia» al redactor jefe. La dicha columna de opinión, firmada con mi nombre y con mi foto en el encabezamiento, me costó el puesto de redactor de plantilla en *El Heraldito de la Provincia* antes de haberlo catado. Adiós a un puesto por el que había suspirado durante años. No hay que morder la mano del que te da de comer, me dijo el director del periódico cuando me llamó por teléfono para comunicarme, personalmente, subrayó, que estaba despedido. Los hermanos Higuera eran los principales accionistas del *Heraldito* y yo un tonto del culo sin remedio, añadió el director.

Y así estoy yo ahora, sin trabajo, sin millones y sin saber qué hacer con el muerto que tengo en el garaje.

13ª EDICIÓN - 1997



GLORIA

de **Pedro José Suárez**
(ACCÉSIT) • DE SEVILLA

«El amor no es sino una estratagema, de la que la naturaleza se sirve para sus fines».

ARTHUR SCHOPENHAUER



QUIÉN me iba a decir a mí que me encontraría en un lugar como éste y en estos momentos, a escasos minutos de la entrega de premios con la que tanto he soñado. Según me ha comentado Eloy, en actos de esta índole suelen preparar un cóctel para los asistentes antes de la entrega. Me lo ha asegurado como si tuviese experiencia propia.

Busco a mi alrededor entre los presentes por si conozco a alguien. Está donde esté siempre espero tropezar con algún conocido. Es una obsesión que heredé de mi padre. Aunque, la verdad, todavía no creo que esta situación sea real. Que aquella especie de locura acabara donde ha acabado.

Todo empezó aproximadamente hace unos cuatro meses, allá por los últimos días de Septiembre. Comencé a dar vueltas a la idea de escribir un relato que tuviera fuerza, que fuese original, es decir, las aspiraciones que puede tener cualquier aficionado a escribir.

Como ingredientes básicos pensé en que no podían faltarle altas dosis de intriga, de incertidumbre al menos, y tal vez algo de sexo. Se podía incluir un crimen, un asesinato. Y que la historia transcurriese en un viaje. Sí. Sería un viaje en tren. Y sería de noche. Eso es, trataría de una aventura amorosa en un viaje nocturno en tren.

Había encontrado un triángulo perfecto: amor-tren-noche. El inconveniente consistía en que yo nunca había vivido

una aventura de tal calibre. Ni por asomo, vamos. Y, por lo tanto, veía difícil escribir sobre un tema que desconocía. Pasados unos días abandoné la idea.

Hasta que una semana más tarde tomé una decisión. Tomé la decisión de hacer el viaje en tren hasta Barcelona.

Sobre las siete de la tarde estaba el taxi en la puerta de mi casa. El tren salía a las 21:15. Coloqué mi bolsa verde de viaje en el maletero y me senté junto al taxista, quien me preguntó si me apetecía escuchar la radio. No me dejó responder, pues ante mis dudas, volvió a interpelarme: —¿Puedo fumar?.

La verdad es que era un taxista extraño. La tarde se presentaba con buenos augurios.

A lo lejos se divisaba ya el enorme arco escarzano de la Estación de Santa Justa. Una vez en el interior, un amplio corredor flanqueado por bares y tiendas de todo tipo daba paso al enorme vestíbulo.

Con el billete en el bolsillo, me volví a plantear si no era una locura, o mejor una auténtica tontería, hacer un viaje para ver si en él ocurre algo interesante, ¡como por ejemplo un crimen!, y después con ello escribir una historia. Aunque concluí mis dudas dándome ánimos, pues al menos había encontrado un pretexto para visitar Barcelona.

En aquellos momentos no sabía qué hacer. Faltaba todavía más de una hora para la partida. La información femenina de la megafonía retumbó en el vestíbulo: «Efectuando su entrada. Vía 10. Regional. Procedente de Cádiz». Me acerqué al Kiosco de Prensa-Librería. Eché un vistazo a las revistas especializadas. Después a los periódicos. Finalmente decidí comprar la revista italiana *Oasis* y un paquete de almendras saladas.

A escasos metros, junto al expositor de periódicos extranjeros, la vi por primera vez. Ella se encontraba

de espaldas, charlando con la empleada del establecimiento.

Recordé las palabras de mi tío Enrique:

—Si te atrae de espaldas, acabará siendo irresistible de frente.

Vestía traje de chaqueta de tono marfil y blusa naranja apareciendo sobre el cuello de la americana. La falda muy ajustada en cintura —marcando las nalgas de modo muy sensual—, y unos centímetros por encima de la rodilla. Las piernas fuertes, torneadas, seguras. Los zapatos marrón claro, a juego con un maletín que descansaba en el suelo y con un bolso que le colgaba del hombro.

Aunque lo que destacaba de todo el conjunto era la consistencia de un esqueleto poderoso, de una estructura firme, y una media melena multirrizada con leves reflejos pelirrojos. Me había hipnotizado.

No se había percatado de mi presencia. Compró un periódico y salió al vestíbulo. Yo me quedé, haciendo como que ojeaba *Los pilares de la tierra*, de Ken Follet.

Una vez recuperado, me senté en un banco azul y anatómico a leer la revista. A través de unas enormes cristalerías se disfrutaba de todo el conjunto del edificio, destacando sobremanera la gigantesca techumbre que cubría los andenes.

La gente se movía por el extensísimo vestíbulo de un modo parsimonioso. El excursionista catalán con una mochila delante y otra detrás. La pareja de chicas sudamericanas que arrastran pesadísimas maletas. La joven nórdica que deambula con su larga melena rubia. El ejecutivo que se detiene a escribir sobre su maletín.

De nuevo se oyó la voz de la mensajera de los dioses ferroviarios. Din-don-doonn: «Se encuentra estacio-

nao...ejem...estacionado en vía 12. Regional. Con destino a Mérida». Ante mí paseaba una señora de edad indefinida, con unas preñadas bolsas del «cortinglés», al parecer esperando un «cercanías». Tras ella andaba uno hablando solo, con el inalámbrico adosado a su aparato auditivo.

Y como por arte de magia, todos se pusieron a correr, y la estación se transformó en un hormiguero donde todos —de modo contagioso— corren sabiendo cada uno a dónde va. Las japonesas, el enjuto señor vestido de negro, el excursionista que había interrumpido apresuradamente el «solitario» que hacía sobre un banco, el matrimonio que ordenaba sus billetes recién cambiados en la Oficina de Cambio. Todos corren hacia Madrid, Zaragoza, o tal vez Utre-
ra. Din, din, doonn. Din, din, dooonn.

De nuevo absorto en la lectura de un artículo sobre medio ambiente, «Vita nel mare», transcurrió un buen rato, hasta que a través de los cristales la vi de nuevo.

Paseaba de un modo distraído, casi lánguido, por un amplio pasillo que separa el vestíbulo de la zona de las escaleras mecánicas. Miraba de un lado para otro sin aparente interés, aunque parecía detenerse en los detalles arquitectónicos del edificio.

La miré insistente y fijamente, lo más fijamente que pude. Recordé de nuevo a mi tío Enrique. Se detuvo a mi altura. Su cara era agradable. Los ojos parecían azules. Hice todo lo posible para que supiera que la estaba mirando. Quizás los reflejos del cristal impedían que me pudiese ver.

Se encaminó hacia el andén por las escaleras mecánicas. La seguí a una distancia prudencial.

Iba mirando uno a uno los números de identificación de los coches, y alternativamente su billete, hasta que llegó al suyo. Agarró el tirador de la puerta con su mano de-

recha, y apoyó en el peldaño el pie contrario. Giró su cuello, dirigiendo la vista hacia el principio del convoy, intentando transmitir la sensación de que buscaba a alguien. Pensé que, realmente, era a mí a quien miraba, con ese modo de hacerlo que tienen algunas mujeres cuando quieren que tú no sepas a qué carta quedarte.

Sentí cierta inquietud cuando observé que haríamos un viaje en el mismo vagón. Y tuve que controlar mis nervios al comprobar que su compartimento era el 27, a sólo dos del mío.

Era una suerte que en aquella época del año apenas viaja nadie, y estaba solo en mi camarote. Mi imaginación se echó a volar. Recordé cuál era el motivo principal de aquel viaje, y que no había tomado notas en el cuadernito que siempre llevo conmigo. La verdad es que, desbordado por los acontecimientos, no podía centrarme en escribir.

Deshice parte de mi equipaje y salí al pasillo. El tren inició su marcha a las 21:15 en punto.

Sentado en un saliente que tienen estos trenes en la pared de esa especie de «hall» donde se encuentran los servicios, leía tranquilamente la revista mientras a lo lejos pasaban lentamente las luces de los pueblos y de las cortijadas.

Absorto en la lectura, no me percaté que ya se encontraba a sólo dos metros de mí. A un metro.

—¿Fuoco? —me espetó en italiano, sin duda confundida por la revista.

—¿Cómo no? —respondí saliendo a pedirlo, pues yo no fumaba, hasta que un señor mayor me facilitó un encendedor con el que prendí su cigarrillo.

—Pensé que eras italiano.

—Ya... ya —contesté, dominando poco a poco la situación—. Estudio, sólo lo estudio. Pero es difícil, muy difícil.

—Qué casualidad. Yo también. Aunque últimamente lo tengo algo abandonado. Mi abuelo era italiano, de Génova, y no quiero olvidar su lengua.

—Bueno...en fin... Mi nombre es Carlos.

—Piacere!, il mio è Gloria.

Los dos sonreímos relajados y, tras una indicación mía, nos dirigimos al bar restaurante.

Sin apenas darnos cuenta, estábamos inmersos en una amena conversación. Yo tomé un cubalibre de *Larios* —nunca he sabido pedir otra cosa— y ella un licor de manzana.

Pasados unos minutos, hablábamos de temas serios, profundos. Aunque ella de vez en cuando miraba de forma extraña, como si estuviese pensando en otra cosa. Pidió fuego al camarero, y éste le regaló un mechero con publicidad de la compañía. Cuando menos lo esperaba me dirigía preguntas sorprendentes. ¿Se puede querer a alguien más que a uno mismo? o ¿estarías dispuesto a matar por el amor de una mujer?.

Pedí una bolsa de frutos secos y otro cubalibre. Ella otro licor de manzana.

Como siempre que se está a gusto, el tiempo pasó deprisa. El empleado nos indicó que tenía que cerrar. Eran las 12 y nosotros sus únicos clientes.

De vuelta a nuestro coche nos detuvimos en aquella especie de «Sala de fumadores». Encendió de nuevo un cigarrillo. Fumaba de modo pausado. Nos acercamos a la puerta. Mirábamos la noche. Ambos veíamos pasar la noche a través de aquel cristal. Miré su rostro reflejado en la oscuridad. Quería ver sus ojos pero no era posible. Quería saber si ella también me miraba. Quería descubrir si miraba al fondo o lo hacía a mi rostro reflejado en el primer plano del cristal.

Pasamos un rato en silencio. Sólo se oía el suave traqueteo del tren.

Para romper aquella calma, quise contar un chiste. Y en italiano: —«Due amici si trovano per la strada. Uno domanda a l'altro: Che ti piace di piú, il Natale o fare l'amore?. L'altro risponde: il Natale, é molto piú frequente».

Ella sonrió, y yo me sentí fatal, como siempre, o como a veces me siento cuando provoco misericordia en el prójimo.

El tren disminuyó su marcha al acercarse a una estación. La observé de reojo y comprobé una vez más cómo tenía la mirada perdida. Estaba en otro sitio. Sentí que me ignoraba.

Me indicó que tenía sueño y que se retiraba. La acompañé por el pasillo. Me detuve ante el compartimento 23, que era el mío, y ella llegó hasta el suyo.

Nos quedamos mirándonos, con las llaves en la mano, y sin encontrar cada uno su cerradura. Sonreímos nerviosos. Ella dejó de intentarlo y me dijo:

—¿Tendrías algo para leer?... ¿un libro interesante?.

—Sí, claro, un momento. ¿Quieres uno de *Cuentos*, de Cortázar?

—¿Me lo acercas?

Entré en mi compartimento. Intranquilo, no acertaba a encontrarlo. Lo recogí de debajo de una camisa y salí a llevárselo.

En el pasillo ya no estaba. Me detuve ante su puerta y golpeé con los nudillos, mirando nervioso hacia uno y otro lado.

—Gloria, ¿estás ahí? —pregunté golpeando la puerta de nuevo.

—Sí, un momento, Carlos, ahora abro.

La puerta se abrió. Entré. Y la puerta se cerró.

Nunca olvidaré aquella imagen. Gloria se encontraba mirando por la ventana, dándome la espalda. Las dos piezas negras de su ropa interior impedían que pudiera moverme. Estaba como clavado en el suelo. De nuevo miraba —¿o me miraba?— desde el reflejo de la noche en el cristal de la ventana. Usaba gafas, y ello le daba en aquel instante un aspecto misterioso, algo frío.

Conseguí moverme, no sin trabajo. Anduve dos pasos. Ella se dio la vuelta y nos fundimos en un beso largo, lento, caliente. Sus labios sabían a manzana y las gafas se empañaron un poco.

Aprovechando un vaivén del tren, nos dejamos caer sobre la cama de abajo.

Su melena caía sobre mi rostro. Aunque en un principio aquello me excitó, luego pasó a desconcertarme por lo que le pedí se recogiera el pelo. Accedió. Siempre me han parecido muy sensuales las mujeres con el cabello recogido en un moño alto.

Al tenerla tan cerca descubrí que era más delgada de lo que parecía. Sus dientes, aunque perfectamente alineados, se desplazaban un tanto a la derecha, y la línea que separaba simétricamente la nariz le proporcionaba un encanto especial.

Nunca había hecho el amor con una mujer que usara gafas, o mejor, que lo hiciera con las gafas puestas, aunque al poco rato cayeron sobre sus senos y de ahí al suelo, al no poder soportar aquel movimiento enloquecido y enloquecedor.

Cuando sus ojos estaban casi en blanco, sentí miedo. Siempre me producen miedo las mujeres en ese momento culminante. Precisamente en ese instante se fue la luz en el

compartimento y, posiblemente, en todo el tren, que hizo movimientos extraños. Pasaron unos segundos de oscuridad hasta que las farolas de una avenida cercana iluminaron intermitentemente su rostro.

A pesar de la avería ni ella ni el tren se detuvieron. Unos minutos más tarde —¿o unas horas?, ¿o unos años?— el moño se había soltado, su cabellera pelirroja cubrió mi rostro y cayó extenuada sobre mí.

A partir de aquel momento, lo único que recuerdo de aquella noche es que la luz se apagó y entre tinieblas oí las palabras más bellas que nunca un hombre pudo escuchar de labios de una mujer.

Desperté y ella no estaba.

Realmente me encontraba en mi compartimento y por un momento llegué a pensar que todo aquello no había sido más que un sueño, que algo así no me podía haber sucedido a mí.

Me arreglé y fuí a su encuentro. Por el pasillo se escuchaba como el teclear de una máquina de escribir o de un ordenador, tal vez de un vecino yuppy que quería aprovechar la mañana y terminar un trabajo para presentarlo en Barcelona a su jefe.

Llegué a la cabina 27 y llamé.

Gloria respondió sin darme tiempo a reaccionar:

—Carlos, espérame en el bar.

Silbando *L'ultimo romantico* recorrí el vagón, pasando por el hall donde sólo hacía unas horas nos habíamos presentado, y dando los ¡Buenos días! a todo el que me encontraba. A cierta distancia se oía el llanto de un bebé que lloraba desconsoladamente.

Sentado en un taburete, la esperaba. Al poco rato, golpeó con sus dedos en mi hombro. Nos desayunamos jun-

tos. El paisaje transmitía frialdad, soledad, silencio. La sequía causaba estragos por estas tierras catalano-aragonesas.

En la Estación de Sants el bullicio era tremendo. Recordé el gentío de Semana Santa, sólo que ahora todo el mundo llevaba bolsa o maleta.

Entre los empujones de aquella muchedumbre, le indiqué que necesitaba ir a los servicios. Ella respondió que me esperaría en la Oficina de Información. Los carritos, las carretillas, el ruido de las máquinas eran ensordecedores.

Cuando volví, ya no estaba. Había desaparecido.

La busqué en la cafetería. Salí corriendo hacia la parada de taxis. Entré de nuevo en la estación y pensando que, quizás, ella también hubiese pasado a los servicios. Volví al tren, por si hubiese olvidado algo.

La búsqueda fue infructuosa. Había desaparecido. No podía ser cierto. Había desaparecido.

Cuando transcurrió más de una hora, su desaparición era irremediable. Sentí una decepción y un vacío indescriptibles.

Paseé por las calles del Barrio Gótico, por los alrededores de la Catedral, llegando incluso hasta la iglesia de Santa María del Mar. A veces tenía el presentimiento de que estaba cerca. Me excitaba su posible proximidad. Me daba miedo encontrarla de nuevo. No sabía que decirle. ¿Qué le podría reprochar?, ¿tendría sentido enfadarme? Sobre todo me preguntaba: ¿en qué he podido fallar?, ¿qué le habrá defraudado de mí?

Pasé todo el día vagando por la ciudad. Estuve enfadado conmigo durante horas, repasando una y otra vez cada paso que di junto a ella. ¿Cómo no concreté dónde se hospedaría, su teléfono, dónde trabajaba?. Me sentí tan idiota como hacía tiempo que no me sentía.

Recuerdo aquellas horas como algunas de las más tristes de mi vida, sólo comparables a las lejanas y profundas soledades de mi adolescencia.

Fue un error imperdonable no tomar nota de su número de teléfono.

Intenté localizarla en varios hoteles que tienen consorcio con RENFE. No quisieron darme información porque tenía sólo su nombre y no podía aportar siquiera un apellido. Era sólo una remota posibilidad, y en eso quedé.

En fin... todo aquello pasó... pero no he logrado olvidarlo. No he vuelto a verla. Y recuerdo cada rincón de su cara con todo detalle.

Ahora me encuentro aquí, a escasos minutos de la entrega de premios que tanto he ansiado.

Los grupos de invitados charlan de forma distendida. Parece que se conocen de toda la vida. Hay demasiada gente si sólo se ha invitado a los finalistas. Me siento solo. Tenía que haber venido con mi amigo Eloy. Pero siempre se hace ilusiones sobre una relación que ya le he indicado que es imposible.

Unas señoritas con falda azul y blusa celeste ofrecen un vino español. Cojo una copa para dar y darme la sensación de que no estoy solo. Una señora de mediana edad, con una hoja en una mano y unas gafas colgantes en la otra, recorre la sala saludando a todos. Se acerca y me sonríe. Pregunta mi nombre y tilda un renglón de su lista. Sonríe de nuevo y me guiña un ojo. Parece la «relaciones públicas». Me apetece un cubalibre de *Larios* pero no me atrevo a pedirlo.

Paseo distraídamente entre los grupos, como queriendo transmitir la sensación de que no necesito hablar con nadie. A cierta distancia, no demasiado lejos, diviso una si-

lucida que me resulta familiar. Un ceñidísimo vestido rojo hasta los pies envuelve una figura de ensueño.

Es ella. No puede ser otra.

Las piernas no me responden. Nuevamente me siento anclado en el suelo. Quiero acercarme y no puedo. Quisiera tocarla, y sólo pensarlo me hace dudar.

Se ha cortado el pelo. Recuerda a esa poeta gaditana de apellido italiano, de la que en este momento recuerdo su cara pero no su nombre.

Logro acercarme. Cuando estoy a unos dos metros la llamo.

—Glo...ria.

Se vuelve. Me mira. Sin gafas. Se acerca y me da dos besos, uno en cada mejilla, aunque muy cerca de la comisura de los labios.

Cuando intento hablarle se acerca la señora de las gafas colgantes, y cogiéndola de un brazo se la lleva lejos de mi presencia. Al retirarse me dice suavemente:

—Mi piace molto di piú fare l'amore.

Siguiendo las indicaciones de la «relaciones públicas», los grupos se van disolviendo y poco a poco van entrando a un salón contiguo.

Es como una pequeña sala de cine, una salón de actos presidido por una alta y alargada mesa de madera, y una enorme lámpara pendiendo del techo.

Tomo asiento en una butaca del pasillo central. Estoy nervioso, abrumado. Solo. He llegado a tomar tres copas de vino y no estoy acostumbrado.

Gloria pasa junto a mí. Todos la miran. Todos la saludan. Se sienta una fila delante y hacia mi derecha.

Comienza el acto. Lo abre un joven con aspecto de secretario oficiante que hace balance de las actividades de la

institución, de los datos de las anteriores convocatorias y de la presente.

Gloria se vuelve y me mira con los ojos a media asta.

Se acerca el momento fatídico. Un escalofrío terrible recorre mi cuerpo.

Empiezo a comprenderlo todo...

Y las escenas se precipitan, se suceden de un modo irrefrenable. El kiosco de prensa... las escaleras mecánicas... el compartimento 27... su mirada perdida... el bullicio de la Estación de Barcelona... su negra ropa interior... el teclear del ordenador...

Hasta que me ha sobresaltado una potente voz: «...y la obra ganadora es *Ingenuos*...de Carlos...Cortázar, seudónimo de su autora, Gloria Suárez Malaguzzi».



EL ÉXITO DEL TIGRE

de Luis Miguel García Méndez
(GANADOR) • DE CUBA (RESIDENTE EN SEVILLA)

DÍAS antes de su desaparición —sólo se encontró la manilla de su reloj, un tanto subida de sal, a juicio del forense, y la mitad de un empaste—, mi amigo paseaba a su mascota como cada tarde. Siempre con su cadena y su bozal, porque él era extremadamente respetuoso de la integridad ajena. Así y todo, cuando Radio Reloj anunciaba las seis de la tarde con un breve pitido de tirolés sinfónico, en todo el barrio cerraban los comercios, se atrancaban las puertas, los chiquillos abandonaban a la mitad sus pitenes de pelota, y la parada del autobús se despejaba como por un milagro del transporte urbano. Si entre seis y siete, un vecino descubría algún transeúnte a través de una persiana entornada, compadecía al forastero persignándose en silencio.

Pero esa tarde mi amigo tuvo la aciaga idea de tomar el autobús con su mascota. Aguardó quince minutos en la parada vacía, y cuando apareció, rojo y bufando como bestia jurásica en versión daltónica, intentó subir halando a Pancho. Camina. No te quedés atrás. Oiga, oiga, que aquí no se admiten animales domésticos, y menos un perrazo... Coñóóóó. Un tigre. El chófer se lanzó por la ventanilla, abandonando 146 pasajeros a su suerte. O a su agilidad, porque en el autobús quedaron tres viejitas y un gordo, que no cabía por las ventanillas. Esperaron durante dos eternos minutos a que el tigre desistiera, o violara definitivamente las normas de la Empresa, en cuyo caso las viejitas obviarían su artritis y dejarían solo al gordo. Mi amigo comprendió que no era buena idea, y regresó a casa para alivio del gordo, que se prometió (esta vez en serio) hacer dieta rigurosa y media hora de trote cada mañana.

Acariciando el pelaje espeso de Pancho, sospechó por primera vez que ya era demasiado grande para mantenerlo en casa. Y sin él las cosas nunca serían iguales. Desde que el animal cumplió los ocho meses, la mujer de mi amigo no se atreve a contradecirlo, ni

chilla como antes, porque Pancho, con su oído de tigre, la detecta hasta encerrada en el último cuarto, emite un rugido persistente, espeleológico, y se acerca despacio. A la mujer se le hiela la sangre y su voz se esconde en el tartamudeo de las rodillas. Si los niños se niegan a hacer la tarea, Pancho apoya sobre la mesa su cabeza y bosteza como un gato en pantalla panorámica, mostrando completa su odontología. El curso pasado fueron los mejores de su clase.

Dos años habían transcurrido desde que apareciera en casa con el cachorro metido en un cartucho. Qué gato más raro. ¿De qué raza es? No es. ¿No tiene raza?. No es un gato. ¿Un perro?. No, un tigre. Tú estás loco, cómo vas a traer un tigre a casa. Devuélvelo. No. Suéltalo por ahí y que se las arregle. No. Mátao. No. Dónalo al zoológico. Tampoco.

Desde su ya prehistórica boda, mi amigo ha evitado discusiones innecesarias, transigiendo en los diminutos avatares de la cotidianía: aceptó pintar la casa de rosado; que le relegaran sus libros al trastero, porque no eran decorativos; que su hijo recibiera lecciones de violín, aunque adoraba el karate; y redujo sus cervezas a la cuarta parte del presupuesto en cosmética. También en el periódico aducía que la vida tiene principios y finales. Si te confundes de categoría, corres el riesgo de extraviarte por senderos que se bifurcan y perder de vista la carretera bien pavimentada de tu destino. No vale la pena liarse a discusiones por mierditas. Despreciando nuestra opinión de que mierdita a mierdita, su vida se podía ir a la Mierda, y con mayúscula. Amable y siempre flexible a las exigencias de su mujer, esta vez se negó en redondo. Ni llantos ni amenazas, ni chantaje sentimental con tus hijos, que los va a devorar ese bicho. Lejos de sentirse carne en conserva para felinos (ver fecha de caducidad al fondo), los niños eran los más contentos, porque ningún otro alumno de su escuela tenía en casa un tigre de Bengala.

Temprano en la mañana, mi amigo acudía al vespertino: estropeaba un poco la redacción de los despachos cablegráficos, para compatibilizarlos con el libro de estilo; facturaba títulos antidigestivos y comprimía en veinte líneas la tragedia bosnia, o estiraba la hazaña productiva del mayor cosechero de ajo y berenjena en el municipio La Rebombiá de Cacarajícara: hasta veinte líneas. Escribía casi sin pensar. Con frecuencia ni casi. Sabía que con la extinción del papel sanitario, durante el Período Mesozoico de la Era Revolucionaria, el destino de cuanto redactara, tras su paso fugaz por los ojos, sería desmierdar el millón ciento dieciséis mil catorce culos de la ciudad (sin contar los lactantes). Y los culos son más exigentes en materia de calzoncillos que de sintaxis. Un largo dominio del oficio le permitía divagar sobre las cuadratura del círculo, la inmortalidad del cangrejo o el sitio exacto donde el jején puso el huevo mientras notificaba a sus lectores el nuevo récord de salto alto o la ruptura de las conversaciones de paz en el Medio Oriente. Resultado: un periodismo de baja intensidad, antiinflamable, en caso de ingestión masiva, llame al Servicio Nacional de Psiquiatría. Un placebo informativo atento a la línea del Partido, como la gallina hipnotizada por la raya de tiza, y continuamente alabado (sea Dios) por las Altas Instancias. Nuestros únicos sobresaltos eran obra de los tipógrafos; como cuando titularon: «Despido de embarazadas imprevistas en una empresa agrícola». Recibimos airadas cartas de 684 madres, 22 ginecólogos, el obispo de la diócesis y una fábrica de condones. En este plácido ambiente laboral, lo único que le preocupaba era conseguir en el comedor suficientes sobras para que Pancho no se quedara con hambre. Dado el origen de su dieta, se sospecha que salvo algún tropiezo proteico, Pancho es (fue) el único tigre vegetariano. De Bengala y de cualquier sitio. Quizás por eso miraba con deseo contenido las carnes abundosas, los mofletes, la papada en cataratas hasta el nacimiento

de los melones que reventaban las tiras de los ajustadores. Y la mujer de mi amigo, en lugar de aterrarse, se ruborizaba.

Pero la verdadera vocación del dueño de Pancho era escribir una novela. De joven pensó seguir los pasos de Hemingway y García Márquez, haciéndose periodista. Intentó el reportaje que lo catapultara hacia el Olimpo de Truman Capote y Kapuchinski, pero Procusto Gutiérrez, nuestro Redactor Jefe, le aserró los dientes a la verdad, y le pulió el estilo con una lima del ocho. Mi amigo leyó el reportaje como si fuera ajeno, y preguntó en la oficina cuándo saldría el suyo. La carcajada general aún consta en el Guinness. De menos joven, se consoló con la obra tardía de Carpentier y Saramago, siempre huyendo del póstumo Franz Kafka. Ahora sufre ansiedad, síndrome de los cuarenta, horror vacui curricular, desesperación que lo impulsa a sentarse como un operario cada domingo frente a su Olivetti Lettera —contra la opinión unánime de sus hijos, su mujer y sus vecinos (quieren ir al parque, restañar el sofá cojo, dormir la siesta)— y aporrearla sin descanso a 120 disparos por minuto, aunque sea como Nicholson en *Shining*. Cuenta que acaba de empezar su novela, que el arranque tiene el impacto de *La ciudad y los perros*, la magia de *Cien años de soledad* y el inquietante clarooscuro de *El nombre de la rosa*. Pero la misma relación, combinando referencias literarias, nos la ha descargado catorce veces. Al fin, un día de cobro y borrachera con productos altamente tóxicos, confesó que alguna vez publicará su *Inicios Completos*. En ciento doce folios, ha acumulado ya catorce inicios de novela y ni un solo final.

Cuando Pancho cumplió un año, le advertimos que era arriesgado mantenerlo en casa; que criar tigres es mucho más peligroso que escribir sobre la disidencia o el gobierno sin ofender a nadie. Pero él, quizás porque se sentía escritor, menospreciaba toda noción de peligro, como si estuviera habituado. Que lo donara al Zoo, se lo vendiera por dólares a algún turista, o que hiciera ham-

burguesas de tigre y nos invitara. ¿Sabrá a gato? Él nos miraba con cara de ofendido y se daba la vuelta. Ni que le estuviéramos proponiendo hacer de su suegra carne con papas.

Pero el fallido intento de inaugurar el transporte público y urbano de tigres lo ha convencido. Esa misma noche, una semana antes de desaparecer, pide a su esposa que se vaya por unos días con los niños a casa de su madre. Pensará que peleamos. Por una vez no tendría razón. Quiero deshacerme de Pancho y necesito tiempo. Por fin, por fin. Ya era un peligro para los niños, y yo... (Aunque la mujer recordará con nostalgia las miradas lúbricas, según ella, del animal, sin percatarse de que el pobre Pancho no ha visto un solomillo a la plancha desde el origen de las especies).

Esa misma tarde, dejan solos al tigre y a mi amigo; sin saber que es mi amigo y el tigre quien los está dejando solos para siempre.

Lo que ocurrió esa semana, nunca se sabrá. De lunes a sábado, no acudió al trabajo ni contestó al teléfono. Se negó a atender la puerta, y por la mengua en las reservas hogareñas, se sospecha que mantuvo a Pancho, durante seis días, a dieta rigurosa de agua con azúcar. Al séptimo día (tenía predilección por las referencias bíblicas y los números cabalísticos) llamó al zoológico y pidió que esa tarde, después de las cinco, vinieran a buscar al animal, lo redujeran con dardos tranquilizantes, y se lo llevaran. Que él no estaría en casa, pero les dejaría la puerta entornada.

Cuando los cuidadores y veterinarios aparecieron, ya Pancho había abierto con una cortesía pavorosa la puerta, y se paseaba por el barrio sin bozal ni cadena y fuera de horario. La gente, espantada, pendía en racimos de árboles y postes. Pero el apacible animal se limitaba a rascarse el lomo contra la corteza de un almendro, aterrando a los frutos humanos que cuajaban de las ramas, algunos muy maduros. Los del Zoo actuaron de inmediato, y tras el dardo anestésico, Pancho no caminó ni cinco metros. Estaba en falta el tranquilizante de felinos y le dispararon media do-

sis del que se utiliza para los elefantes. El tigre soñó con Bengala durante tres días. Por suerte estaba bien merendado.

En casa de mi amigo sólo hallaron, en el suelo del comedor (qué detalle, verdad), la pulsera del reloj y medio empaste. El reloj —al que se atribuye un tic nervioso en el ojo izquierdo de Pancho— no apareció nunca. Mi amigo, tampoco. Ni una astilla de hueso, ni un rastro de sangre: el tigre había lamido a conciencia todo el suelo, y como es natural, un tigre de comedor obrero estaba más habituado a los huesos que un doberman.

Tras el velorio sin velado, la despedida de duelo sin despedido, las honras fúnebres sin honrado, acudimos en masa al zoológico: ¿Serán capaces de mostrar a los niños una fiera que asesinó a un hombre? El director nos ofreció una disertación sobre la ética de la naturaleza y la noción homocéntrica del delito, y de ahí hasta Darwin. Pero ni con eso. Frente a la jaula donde dormía Pancho, continuamos la discusión ético-gastronómica; interrumpida por el tigre, que empezó a moverse. Estiró las patas, bostezó, y vino tambaleándose a ciegas hasta la reja. Se sentó en una posición extraña, e intentó reclinarsse, pero cayó de espaldas. Sin abrir los ojos caminó hasta el lateral, se recostó despacio y cruzó las patas inferiores. En el rostro del director descubrí el asombro de un niño cuando sorprende a su padre intentando meterse dentro de su mamá por una puerta demasiado estrecha: la misma que, según su maestra de Educación Sexual, emplean para nacer los niños. ¿Estará mi papá desnaciendo? Primera vez en veinticinco años, masculla el director del Zoo. Primera vez en mi puta vida. Primera vez que veo un tigre cruzando las patas. Cuando abrió los ojos, el tigre examinó con curiosidad los barrotes, bebió largo de la fuente (mi amigo era bastante salado) y vino despacio hacia nosotros. Se sentó, esta vez casi como un tigre, y nos saludó agitando la garra derecha. Primera vez... Al clavar en mí su mirada amarilla y socarrona, supe que Pancho no era Pancho. Y cuando me echó la son-

risa chaplinesca (ahora con colmillos) que enviaba a través de la redacción cada vez que me encomendaban el parte de la zafra azucarera, supe que mi amigo era un tigre.

No sé si los demás se dieron cuenta. Pero ninguno volvió a reivindicar la muerte justiciera del felino. Ninguno.

Desde entonces mi amigo vive felicísimo en el Zoo. Los cuidadores le echan diariamente su ración de caballo vivo, y él se divierte jugando a los escondidos con ellos, antes de comérselos con muy buena educación: diseccionándolos con habilidad de taxidermista, sin arrastrar la carne por los suelos, aseándose continuamente el hocico y sin dejar a su paso la cochambre que en la jaula anexa arman los leones. Siempre elegante, no se digna a mirar a los visitantes. Son ellos quienes vienen a verle. Tras seis meses de soledad, le importaron una tigresa desde la India, permutándola por dos chimpancés (dos almuerzos por la mejor máquina de moler que hay en el mercado). Una tigresa bastante lerda, a juzgar por el caso que mi amigo le hace, o la zarpa de advertencia que hiela sus rugidos. No así sus ronroneos. Las grupas de la tigresa son más que notables. A estas alturas ya tiene tres tigrillos, para beneplácito de las autoridades del Zoo, que han cumplido las metas de incremento en la cuadra de mamíferos superiores. Si fuera por los dos leones imponentes, y el leopardo que ruge de amor a los lobos...

Los más asiduos solemos visitarlo una vez por semana, y siempre le llevamos un paquete de papel reciclado, repuestos de bolígrafo, cintas de máquina: insumos que no constan en el departamento del Zoo que atiende el bicherío. Como se sabe, trasladar cinco lápices de un inventario a otro es una operación burocrática más intransitable que irlos a comprar en Singapur.

Cuando se sienta a escribir, mi amigo se vuelve irascible, muerde y reparte zarpazos a la menor interrupción. En esos momentos, los celadores advierten que se debe mirar en silencio, no tirar maní —los tigres no comen maní, ni siquiera los que no es-

criben— y no turbar, en fin, la concentración del tigre. Ni los niños osan ya molestarlo, y sus padres envidian a mi amigo. La tigresa no comparte las inquietudes literarias de su marido: no lee sus manuscritos, ignora las reseñas críticas que a él lo enfurecen hasta morder los barrotes, y se orina sobre las listas de más vendidos. La sensibilidad lingüística de una tigresa *sensu stricto* no rebasa su idioma gutural en do sostenido. Pero soporta a mi amigo todas sus excentricidades, porque es el único tigre varón de la jaula. Los tigrillos, en cambio, suelen leer antes de acostarse, se inquietan por el destino de los personajes y urgen a su padre para que termine y enterarse por fin del macabro Capítulo XXIII de *Tres alegres tigres*, su última novela. Tampoco disponen de otras lecturas, ni cómics, ni televisión. Son lectores monógamos.

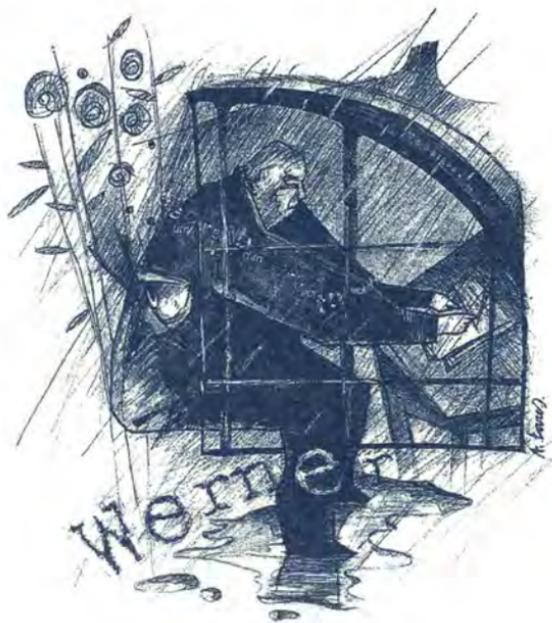
Cada vez es mayor su popularidad en la ciudad, en el país, y con el paso del tiempo se ha convertido en una importante fuente de divisas convertibles: Japoneses, alemanes, canadienses, suizos, acuden en manadas a retratarlo y pedirle autógrafos. Una sociedad ecológica (*Debemos cuidar a los animales, porque no son tan animales como parecen*, en campo de gules) lleva su nombre. Recibe invitaciones (billete, estancia y viáticos) para simposiums y congresos en universidades de luengo *pedigree*; pero por el momento no le es dado asistir. Los estatutos del Zoo no contemplan la libertad condicional, la reducción de penas o las salidas por buena conducta. Bastante que tiene visita matrimonial continua. Pero la afluencia turística no se debe a que sea un tigre (hay muchos), a que sea escritor (hay más), o un tigrescritor, por raro que sea; sino a que sus novelas tienen un éxito glamoroso. Ediciones de lujo en cartoné son recomendadas por librereros, bibliotecarios y decoradores; abusivas tiradas de bolsillo se venden en aeropuertos y estanquillos, traducidas a 25 idiomas (pocos más serán editorialmente rentables). Todos los bichos del Zoo deberían estarle agradecidos, porque con su *copyright* se compran conejos, lagartijas y ratones

blancos para las serpientes, dos cabras a la semana para los cocodrilos, y la hierba de los elefantes. Por eso mi amigo tiene cierta razón en ponerse exigente: Ya no acepta jamelgos que tras quince años tirando de un carro son pura carne de hiena. Exige caballos de raza, corderos árabes, cabras afganas y algún que otro turista noruego, delicados al paladar, sobre todo si están poco hechos. El único modo de enseñar a sus tigrillos el sano placer de la alta gastronomía, y no embutirse cualquier fast-puaf o porquería industrial llena de conservantes.

Funcionarios post-modernos han propuesto incluir su obra en los planes de bachillerato. Es decir, la inmortalidad a plazo fijo: que los escolares te lean a la fuerza por los siglos de los siglos. Y se comenta que algún académico sueco pidió su canonización, pero no es más que un rumor. Por ahora.

Nosotros no hemos tenido tanta suerte en la vida: continuamos bajo la tiranía gramatical y semántica de Procusto Gutiérrez, nos adeudan las *Pentium (Intel Inside)* que nos prometieron, nos adeudan la vida que nosotros mismos nos prometimos; y cotejando el periódico del 10 de abril en curso con el del año pasado, pienso proponer que conserven las planchas, hacer 365 diarios para siempre y jubilarnos. Quién más quién menos, andamos todavía liados con la primera novela, que seguramente concluiremos este año, porque veinte son ya demasiados, incluso para un tango de Carlos Gardel.

14^a EDICIÓN - 1998



EL EXCESO

de **Ángel González Quesada**
(ACCÉSIT) • DE SALAMANCA

«Es preciso todavía morir...»

ALBERT CAMUS

No iba a ser feliz pero estaba vivo y eso, pensaba, lo absolvía de haber renunciado al futuro. Lo mantenía despierto una esforzada falta de ambición y una extraña dignidad cuyo significado último intuía y cuya presencia, una especie de rumor de expectación, reconocía en cada poro de cada piel suya que en otro tiempo le hubiera devuelto un escalofrío de dicha. La edición de su último libro de ensayo, el entusiasmo de la crítica, la recuperación de adjetivos, hubieran significado un estímulo y otro de aquellos renaceres que tan magnánimo consigo lo volvían, pero en el último año la enfermedad había minado no sólo su cuerpo sino su antigua y enorme capacidad de ilusión. Siguió escribiendo en los primeros meses, tras el diagnóstico, por una suerte de inercia sin sentido, no el ensayo de Down ni la recopilación de Conrad —que sabía que no iba a terminar—, sino iniciando cuentos, poemas, artículos, que abandonaba con una sola línea, con media página. Otras veces se precipitaba en una profunda depresión que le impedía escribir y lo postraba días frente a la ventana del patio. Hasta que le tocó la piel de Werner, como describía en su mente el momento en que percibió que el inicio de un cuento se le espesaba entre las manos y una mañana se descubrió con diez páginas sembradas de su irregular prosa. Pudo haber estado esperando aquello, intuía que la historia de Werner y de la lluvia la había estado pensando durante años, pero otras veces, en vano, palpaba su memoria en busca de huellas de Werner y del agua. Desde aquella mañana, cada día de los últimos tres

meses había leído y corregido algo de la historia: un párrafo, el orden, las palabras; luego el matiz, el tono, la textura.

A fuerza de ausentes, las casi olvidadas nubes se tornaron nuevas y fueron recibidas como extraordinario acontecimiento, después de cuatro años de inclemente sequía. La pérdida de la luz constituía así una progresiva recuperación de otra luminosidad interior que hizo revivir momentáneas ilusiones en Werner. Las primeras gotas, al inicio de la tarde, fueron recibidas con júbilo y carreras, con risas, voces y abrazos de todos, que salieron a mojarse en una espontánea ceremonia de autobendición y de comunión con el agua negada tanto tiempo. Si embargo, Werner se sabía tocado por una desesperanza larga. Intuía la muerte como el ocaso. Llovió, a su pesar, durante horas; la vida, aquella lejana y cada vez más extraña vida, continuó latiendo exultante dentro de las casas, las ventanas abiertas para oír el repique del agua y sentir sus salpicaduras. La torrencera de la calle ancha golpeando los pozos y el rítmico tamborileo en los latones de algún tejado atronaban un callar expectante. Apenas había viento y la lluvia caía abundante y mansa.

Trató durante días de hacer literatura en un hipérbaton y un poema en medio de lo que pensaba; e inevitablemente empujado por una desconocida fuerza al tiempo familiar y lejana, había escrito cada día el párrafo final, la conclusión de Werner y del personaje de Werner, de forma diferente; y también, como si hubiera sido inevitable, había desechado cada nueva mañana el último párrafo final y dejado el cuento abierto a la intemperie de la imaginación para retomarlo una y otra vez:

Aquella noche, al susurro de las hojas goteantes, al murmullo de los charcos y de la música dispar y olvidada del agua, durmieron acunados por la resucitada esperanza del

verde, por la recobrada ilusión del futuro rescatado en el último instante. Con la madrugada, cuando Werner se sentía vencer de tanta noche escrutando el dolor y el final del dolor, arreció el aguacero y las ventanas fueron cerrándose al viento y al frío. Al alba seguía lloviendo; nadie salió hasta la tarde, pero tras cada cristal los rostros deformados por las gotas admiraban el lustre de las piedras, el brillo nuevo de las tejas y el desconocido color de los frontones. Fue una fiesta el camino de los niños a la escuela, pisoteando charcos y zambullendo su risa en el juego nuevo del agua, olvidada e inexplicable. Werner se moría cuando la esperanza comenzaba a renacer a su alrededor.

Esos tres meses había significado un notable empeoramiento de su salud y el diagnóstico final, inevitable. No buscó la causa ni escrutó la ocasión del contagio; a nadie culpó y se supo responsable de la enfermedad. La muerte le concedió un escaso plazo y no le importó, sólo por Werner, por alcanzar el término de su creación en medio del agua que iniciaba la esperanza. Tuvo conciencia de que su plazo se agotaba al tiempo que el de Werner. Se entregó al cuento en cada momento que las drogas del dolor le permitieron imaginar paisajes. Se asió a su escritura con la lejana certeza de que le iba a ser otorgado tiempo para finalizarla; respondía ofreciendo lo mejor de su fantasía en otro tiempo deslumbrante, otorgando a Werner los retazos de vida que le eran otorgados: la lealtad de su escritura, el candor de una exquisita atención y todos los rasgos pequeños de pasión, los ofrendó a Werner como el ara de un intuido bálsamo. Quería terminarlo; estaba convencido de que era ése el último deseo y sólo, pensaba, la forma lo impedía:

Al sonido de la celebración y la risa se unió el rítmico chapoteo de las goteras sobre los pupitres, que hubieron de ser

domeñados con recipientes a los que se había otorgado otro uso desde hacía años. Werner les habló del agua, de la fuente de vida que venía del cielo; y de la esperanza. En la nube del vacío de futuro de su cabeza, Werner, el maestro, repetía a los niños la vieja historia del primer filósofo, el principio es el agua, lo inasible, lo ilimitado... Las tierras resacas habían acogido ansiosas el agua de los primeros días, pero ya el quinto los antiguos surcos de las de labor eran un espejo impreciso y las praderas sucumbieron, ahogadas las hierbas que hubieran agradecido el agua hasta la hermosura con un rayo de sol. Tras varios días de ininterrumpida lluvia, los hombres miraban el cielo esperando una señal que indicase que iba a escampar, pero ni una grieta en la capa negruzca y próxima de las nubes permitía imaginar siquiera que amainase. Abrieron en la tierra nuevas torrenteras, tratando de evitar que el agua penetrase en las casas, pero el barro borraba en pocas horas las zanjas, por muy profundas que se cavasen.

Lo observaban incrédulos; el plazo de su muerte excedido en meses, inmóvil en medio de la enfermedad que hubiera debido ya costarle la vida, escribiendo cada momento de vigilia, volcado sobre aquellos papeles mil veces garabateados. No empeoraba; y él percibía que aquel exceso en la historia de Werner, la multiplicación del agua, de algún modo multiplicaba su propia vida, e intuía que el final de Werner, que no hubiera todavía sabido explicar, iba a depender de su propio final, en una transmutación que antes del dolor pareciera impensable. Imaginaba el último zarpazo del dolor agazapado, esperando el final del cuento, de esa historia de un moribundo enfrentado a la destrucción por el exceso de vida, esa historia de la desesperanza en medio de un exceso de esperanza:

Apenas podían pisar las calles, inundadas de un lodo claro que llegaba a las rodillas y que inundaba bodegas y car-

boneras cuando se cumplió el séptimo día. Una forma de desesperación no provocada por el inclemente sol durante cuatro años comenzó a apoderarse de todos y en sólo ocho días de incesante aguacero el pueblo soñaba con el calor y la sombra, añoraba los baldíos, los eriales y el polvo. Werner había perdido su estupor. El dolor, más intenso cada día, le privaba del asombro. Veía llover y acercarse el agua como la muerte. Los alumnos no acudían ya a clase; había abrigado la esperanza de morir hablándoles, viendo sus rostros repletos de futuro y sin embargo el agua se lo impidió. Sabía que iba a morir solo, frente a la ventana que daba al patio.

Quiso escribir que Werner se arrepentía y sin embargo su cabeza se negaba al perdón. Fue incapaz de la ignominia y de la descripción de la piedad. Le hubiera gustado abandonarlo, pero no pudo. Tampoco abandonarse. De algún modo la muerte ganaba la partida al desprecio, al suyo y al de Werner: un personaje que miraba tocado de tragedia, perdido en una búsqueda innombrable: Werner como símbolo del tiempo circular, y del paralelismo de las vidas, de las muertes; la paradoja de la ilusión, la vil ilusión agostada en el exceso; ese Werner espectador de la tragedia y actor de la misma; ajeno, no obstante, a ella. El tiempo y el paso del tiempo lo obligaban a la escritura, a corregir el mismo párrafo una y otra vez, a construir la historia del agua, de la muerte y el desamor, con una pasión que había casi olvidado:

Llovía. Se habían lavado todos los utensilios de labranza, convertidos en inútiles por el sol durante tantos meses y transmutados ahora en imposibles; las colchas y las faldillas, obligadas al propio olor tantos inviernos, se empaparon de aire de agua; se aclararon los sacos, las fundas de los reclinatorios, los ejes negruzcos de los carros y el revés de los trillos; se habían frotado en los patios las maderas de las ca-

millas con cepillos de raíces, las sillas y hasta los cofres que no habían visto la luz durante lustros; se habían pulido las verjas, y los patios recuperaron sus esquinas hasta entonces ocultas por la suciedad; Werner estaba ya postrado; no leía y pensaba. Su absolución era su muerte, y lo sabía. Veía llover y quería ya morir, pero una extraña fuerza lo impulsaba a vivir o a aguardar, la esperanza de ver el sol, o que cesara de llover o de doler; cualquier esperanza, se decía, y le faltaba fuerza para imaginarla.

Veía a Werner desvalido, como a sí mismo, sin alguien a quien pedir perdón; ese Werner, hijo de su imaginación y de su fiebre, símbolo del tiempo y del paso del tiempo, de la inutilidad del presente y de la falacia de la esperanza, cuando la redención es imposible, cuando es mentira el final y también el principio. Quería terminar el cuento con la descripción de un supremo acto de sacrificio que redimiera a Werner y a sí de la culpa de no haber muerto a tiempo. Veía a quienes en otro tiempo fueron amados, mirándole atónitos, preguntándose por qué la muerte no lo había aventado, por qué la espera; y se sentía culpable de estar allí, salvo hablando con Werner. Huyó de las liturgias que le hubieran servido en el cuento para justificar el dolor o el agua; buscaba un acto cotidiano para enfrentarse a Werner y a su muerte con un hálito de razón; sabía, sin embargo, que tejer la ilusión de la razón en la escritura le estaba entonces negado. Buscaba en el exceso la carencia y en el final la calma. Luchó para encontrar la palabra que buscaba:

Se utilizó el agua en cuanto pudo hacerla útil, en cuanto pudo justificar el increíble diluvio jamás visto. Pero siguió lloviendo y hubo que reparar goteras antiguas y nuevas, retejar y taponar los aleros, cegar los palomares y amaestrar de nuevo las contraventanas para fingir que se

evitaba la entrada del agua de los incesantes canalones que espontáneamente se formaban en las grietas. Las casas perdieron la cal y el recibido de sus paredes y todo el pueblo adquirió el color verdoso de los brotes de musgo y hongos que reventaban en cada hendidura. Las maderas de las puertas se hincharon y hubo que cepillar los marcos hasta con hacha para seguir creyendo que cada casa tenía una puerta, porque la intimidad se había perdido al estallar los cristales cuando la madera revenida abrió las vetas y escupió los nudos, cuando saltaron los espejos en pedazos, abrazados hasta la muerte por sus marcos y cuando los zócalos se disolvieron impidiendo el calor y la confidencia; a la superstición antigua de vidrios rotos, de sábados sin sombra y paredes al norte derribadas, vino a unirse el horror del súbito desplome de la imagen del cristo del altar mayor, escupida en mitad de una misa por una cruz incapaz ya de abrazar los clavos. La desesperación y el miedo se apoderaron de la pequeña vida limitada al asombro; la tragedia acechaba en una palabra y la venganza se llenaba de carne por un roce, en un ámbito acuoso en que después de un mes de incesante aguacero, se había incubado un odio salvaje hacia quienes habían pedido la lluvia.

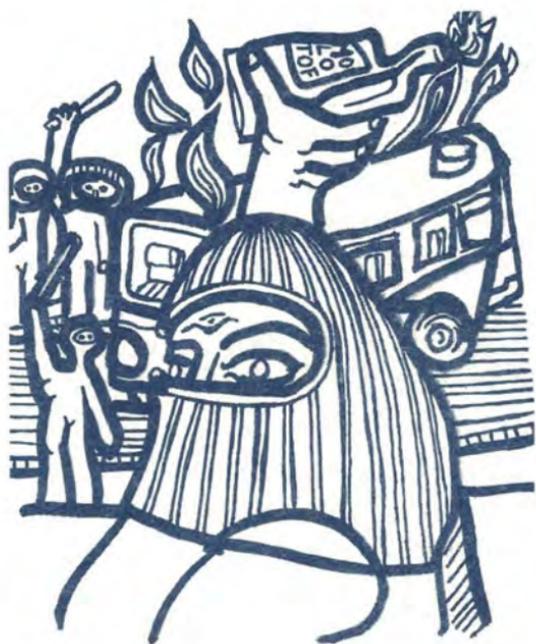
Exceso de palabras; palabras del exceso, palabras para nutrir un todo ajeno alrededor. A veces el cuento se le alargaba entre los dedos y dejaba volar la imaginación en medio del desastre. El dolor se hacía más patente. Le inyectaban cada hora, pero seguía escribiendo con la fe del converso, seguro de la imposibilidad del final antes del final. Apenas podía sostenerse erguido o incorporado a la cama. Los médicos, más allá de toda lógica de la enfermedad, le otorgaron uno o dos días. Y él, inmune a la esperanza, y ya feliz, garabateaba un final que presentía, ahora ya, en este instante:

La eternidad pequeña que le ha tocado el alma tanto tiempo, sin percibirlo apenas. La ardiente belleza de la tarde acuosa lo hiela y sin embargo no lo deja morir. El implacable espejo que le espesa los gestos hace de Werner un remedo de sí; y en esa soledad última se resigna a que sea el agua, precisamente, el principio de todo, su final, el final. Sin fuerzas para morir ni para vivir, Werner se abandona al azar y a la memoria. Sueña el sol en el vaivén último del último gesto de la vida, y sueña la desesperación de lo que intuye que pasa afuera, en la lluvia, cuando los hombres, comidos por el odio y azuzados por la certeza de que inevitablemente habrían de estar solos si querían sobrevivir y ocupar el lugar del único justo, como en los libros antiguos, matan las pequeñas vidas cercanas en medio de la gran muerte de la vida grande. En el castillo del cerro, la única torre de acecho aún en pie se viene abajo blandamente, confundiéndose en el agua con las piedras que habían delimitado el camino de ronda y el patio de banor, y que son ahora un brillante lecho y una laguna rebosante de la que parte un enorme torrente hacia el valle. Llegó el hambre, que no pudo evitarse ni intentando conservar en las paneras embreadas los cuerpos de los animales muertos, que enseguida se ablandaron a pesar de la sal y las vendas de yute, repartiendo un terrible olor a podredumbre por todo el pueblo. El fuego es imposible. Los viejos mueren azotados por colosales dolores y un estupor hecho espasmo que les cierra la garganta. Algunos pretenden salir del pueblo, pero los gigantescos torrentes de barro y de roca han cegado con una montaña el único camino. Sólo los más fuertes pueden resistir en pie el inicio del día cuarenta de la lluvia. Los niños no han aguantado la terrible humedad que rezuman las pocas paredes en pie, y postrados en camas sustentadas sobre piedras, a dos palmos de los techos de

brea goteante, han ido muriendo comidos por la sangre helada y la tristeza. Hubo que enterrar a los muertos en tumbas alzadas sobre la roca, tratando de evitar, en vano, que el agua destapase las fosas y arrastrase los cadáveres lavados y macilentos por lo que fue la calle ancha hasta el lugar del cordel. Los tejados gotearon agua rojiza que los disolvió; sólo un puñado de figuras sin rumbo, blandas y del color de cuanto tocan, se mueve trabajosamente. Werner abre la boca y despierta en la perfecta consciencia de que no ha dormido y el sueño no es un sueño. Una cuchillada de dolor lo deja inmóvil, los ojos desmesuradamente abiertos; no puede gritar y el aire va saliendo despacio de sus pulmones y pinta su rostro horrorizado de una paz que no conoce. Su memoria se extingue arrastrada, como los útiles de labor y las ropas, por los torrentes de la enfermedad o de la lluvia. Sólo quedan locos, ya ni cadáveres, ni túmulos, convirtiendo al pueblo en un magma marrón cruzado por profundas quebradas y atravesado por gritos que se buscaron mientras tuvieron fuerza y se matan ahora para mentirse la existencia un día más, hasta que el agua se precipita desde todas las alturas y en una inmensa mano de barro las blandas montañas líquidas abrazan el valle y se hace el vacío donde estuvo Werner y el dolor de Werner negado ya por el pálido color de un mar nuevo.

Exceso y final. Las manos dejan de responderle y una luminosidad lo hace feliz. Quiere morir y sabe cómo. No hay palabras ya. Piensa en Werner muerto de dolor y de abundancia, y él también se abandona al agua y al tiempo, a la desesperanza y a la última palabra, y la muerte lo toca y el azar lo vuelve definitivamente nada.

15ª EDICIÓN - 1999



LA CITA

de Antonio Llamas Cánaves
(GANADOR) • DE PALMA DE MALLORCA

M

AITE se contempla con atención. El espejo enmarcado en madera con incrustaciones de marquetería le devuelve la pelota de su aspecto, como si estuviera disputando con ella un partido de tenis que empieza a ser reñido. Mima un beso y se lo envía con la punta de los dedos. En la soledad de la amplia alcoba una lamparilla de plata envía, crítica, la luz sobre su rostro y acentúa la desazón que siente. Un carmín suave no vendrá mal. Y unos ligeros toques de maquillaje, casi traslúcido. Devolverá a su cutis el aspecto y la tersura que su piel siempre tuvo, se dice sonriendo. Los prospectos son tan halagadores, tan acariciantes, tan reconfortantes:

—Más que restaurar el físico, son obras maestras de la psicología.

Ahora, un poco de rímel. Acentúa la profundidad de la mirada. Acto seguido, separándose de la perspectiva de la ventana cuyas cortinas descorridas dejan entrar, a la vez, la tenue oscuridad del bulevar lluvioso en esa tarde de otoño y la luz anaranjada de las primeras farolas, ella se aleja un poco del espejo para apreciar mejor su figura y percibe cómo destacan sus ojos azules en el rostro de nariz pequeña y la mata de rizado vello púbico.

—El imprescindible misterio que debe acompañar a toda mujer que se precie —canturrea Maite—. No estás nada mal, así, desnuda, chica. Te conservas cuando has traspasado la frontera de los treinta. De los treinta y cuatro, pero quién sabe exactamente tu edad, mona.

Javier lo sabe, piensa. Se toma sus pechos en las palmas de las manos, Algo pequeños, pero bien formados y de pezones oscuros. Fuerza un escorzo y se mira desde atrás, con una torsión violenta del tórax. Un trasero contenido, proporcionado. Las caderas y la cintura conservan la querencia al aguitarramiento y las

paredes del estómago no se han resentido más de lo justo por los dos partos. Las piernas, razonablemente juveniles.

—Hay esperanza, Maitechu —dice—. Desde el punto de vista físico, hay esperanza. Todavía tienes un buen polvo, hija mía.

El breve sostén celeste semitransparente, con puntillas. Las pequeñas bragas a juego. Una mirada más, de conjunto, evaluadora, un poco mercantil.

—Si al verme así no se echa sobre mí, es que ha cambiado mucho. Y a peor.

Las medias color carne y el vestido. Ha dudado mucho antes de decidirse. Optó por el de color melocotón, levemente ceñido, hasta la mitad del muslo y con escote. Deja los cabellos sueltos, suaves, cepillados doscientas veces. Un collar de perlas cultivadas mallorquinas. Los zapatos entonan perfectamente. Tras dudar, se deja puesta la alianza. Ya está. Sobresaliente, no, pero aprobado alto, piensa.

Se adentra por el pasillo, hasta desembocar en el salón. Los dos tresillos tapizados de terciopelo azul se reflejan en el parqué, separados por una ancha mesa de acero y vidrio sobre la que reposan numerosos ceniceros de plata. Desde un rincón, próximo a un biombo al estilo chino, de madera lacada, se yergue un tronco del Brasil muy crecido. Junto al amplio ventanal, Maite acaricia, en una rinconera, la pequeña escultura de bronce que tiene capturado a un hombre desnudo en el momento de asestar un hachazo al tronco que tiene entre los pies y contempla, distraída, el bulevar, hermoso como un remedo bien logrado de los parisinos. Las hayas que lo bordean, con las ramas agitadas por el viento de octubre, van alejándose del edificio forzadas por las leyes de la perspectiva y convergen en el mar oscuro que se presiente al fondo. Una lluvia suave, mansa, ligera, arranca de las baldosas que tapizan el paseo los reflejos de las luces de las farolas. Va mal de tiempo, retrasada, pero qué impor-

ta. Este salón le aporta recuerdos agrídulces y quiere demorarse un poco en ellos, observando el enorme óleo de Aguirre, que ha captado con rudeza el esfuerzo de un campesino que azuca dos bueyes, arando entre miles de húmedos detalles verdes y pastos terrosos. El último regalo de su padre, justo un mes antes de morir. La librería de mampostería y madera, en la que se mezclan los libros, las fotos familiares enmarcadas en plata y las cerámicas compradas aquí y allá. Su casa, piensa Maite. Nuestra casa, después de todo.

Javier no se portó del todo mal, descontando el despilfarro de diez años de matrimonio y de esfuerzos por convivir. Dos hijos y este piso, grande, luminoso, en la zona noble. Paga la elevada pensión puntualmente, se lleva a los críos una vez por semana, se ocupa de sus problemas, acude a las reuniones de padres que convoca el colegio privado. Un fracaso ejemplar. Al separarse, no hubo la menor discusión material. Raro en un abogado. El último día, a punto de irse, dejó las llaves del piso en el jarrón imitación chino del recibidor y, acercándose, le dijo, casi con timidez, desde su corpulencia, con su voz profunda, un poco forzada por el esfuerzo de mantenerla normal:

—Yo he buscado un estudio en el barrio viejo. Tiene un cuarto de baño y una cocina pequeña. Me arreglaré bien, creo.

—¡Vaya! —le respondió Maite, con sorna rencorosa—. Por fin te sales con la tuya. La buhardillita bohemia que querías cuando estudiante. ¿Vas a vivir solo, o con ella? Porque, para dos, será un poco pequeño.

—Te haré llegar mi número de teléfono cuando lo instalen.

—No te preocupes. Tómate todo el tiempo que quieras. De todas formas, no te llamaré.

Javier se ajustaba las gafas sobre la nariz una y otra vez, se pasaba las manos por el pelo canoso y callaba. Es capaz de poner la tele para disminuir la tensión, pensó Maite. Pero no. Hu-

biera sido más violento, creyó adivinar. Él se agitaba, incómodo en el sofá en que se había sentado, como si su incipiente barriga le molestara y el traje le estuviera demasiado apretado.

—¿Y los críos? —preguntó—. Me gustaría estar un rato con ellos.

—Koldo está en casa de mi madre. Y Nagore hoy come en la guardería. Me parecía mejor así. Son demasiado pequeños. ¿Lo recuerdas, o sólo sabes la edad de ese putón? ¿Qué te crees, que vas a hacer el número del padre moderno y yo, el de la mamá civilizada? ¿Nos invitaréis a los tres a merendar en la buhardilla, como en las películas americanas?

—¿Qué les has dicho de lo nuestro?

—Nada. No sé que decirles. Todavía no. Ya veré yo.

—Maite...

—Márchate ya. El sábado estarán preparados a las diez. Él se había levantado, deseoso de acabar.

—Y tú, ¿qué vas a hacer? ¿Acabarás la carrera?

—Eso es cosa mía. A ti ya no te importa.

Con un gesto indefinido, Javier se dirigió a la puerta. A medias, se volvió.

—Si necesitáis algo...

—¡Vete!

Maite coloca, sin prestar atención, unos libros desordenados. Desde la librería, las ventanas se abocan a otra perspectiva del paseo. ¿Tenía que llover?, se pregunta. ¿No podría haberme tocado en suerte un atardecer suave de otoño, como en las novelas rosas? El pelo me va a quedar hecho un desastre con mechitas. Cuatro mil pelitas a hacer puñetas.

Se sirve un güisqui pequeño en el carrito adosado a la pared. No suele, pero la va a animar, y quizá le dé brillo a los ojos. Un fulgor interesante y un poco extraño, prometedor. Como si fuera la mujer del prójimo, piensa acerbadamente.

—Entre el alcohol y el maquillaje, voy a parecer una chica de alterne —ríe— Y, en realidad no hay para tanto. Siempre has sido una infeliz, tonta. Tontita perdida, chica. No es más que tu marido. Ya sabe quien eres. Y lo que quiere de ti: volver, ahora que se ha estrellado en su aventura.

La llamada de Javier no la sorprendió. Su suegra la había advertido ya hasta la delación. El teléfono no paraba en esos días tan recientes y tan lejanos a la vez. Maite imaginaba el rostro escueto, delgado, de la mujer mientras hablaban. La veía esforzarse por dar a entender la angustia de Javier sin hacerle perder del todo la dignidad, pero sin escatimar del todo una dureza que la llevaba a confraternizar con ella en un taimado compañerismo gremial.

—Le va mal, Maitechu. Nunca debió hacer lo que hizo. Mi hijo es un idiota orgulloso. Y ella, un pendón y un trasto.

—A lo mejor son imaginaciones tuyas y no están las cosas así.

—No, el otro día vino a comer aquí, solo. Y estaba triste. Yo le pregunté, así, a mala uva, por ésa. Ya sabes como soy.

—Y ¿qué te dijo?

—Se encogió de hombros y respondió que no sabía. ¡Fíjate! ¡Que no sabía, ni le importaba! Que se había equivocado. Que estaba hecho un lío. ¡A los cuarenta años y hecho un lío! Para matarlo.

—¿Se han peleado?

—Sí. Y ella se ha trasladado a otro despacho profesional, con el abogado ése de Madrid. Vamos, que Javier y ella ya no trabajan juntos. Han acabado por completo.

—Pues han durado menos de un año. Un amor tan grande... —ironizó.

—Este hijo mío es un niño. Un niño sinvergüenza, pero un niño. Y tú sabes que no es malo. Esa chica lo desconcertó por completo.

—No sé que decirte. Javier estaba muy convencido de lo que hacía. Tan sereno, tan maduro. Tan cuarentón consciente. Tan cabronazo, y perdona, Bego.

—No, hija, si te comprendo, ¡no te voy a comprender! pero, créeme, son ventoleras que les dan a los hombres. Las golfas les sacan de sus casillas, no les basta con una mujer normal. Si yo te contara de tu suegro, tan formal, y lo que aguanté. Dos semanas después del infarto y ya miraba a las enfermeras, y les gastaba bromitas de doble sentido. Con un pie en la fosa, ya ves cómo son. Y nosotras, a aguantar.

—Los tiempos cambian.

—Eso será hija, pero piénsatelo. Todavía sois jóvenes.

—No sé. aquello fue muy gordo. En un año, una se acostumbra a otro ritmo, a estar sin él... No sé, Bego.

—Bueno hija, ya te llamaré.

Pero Maite había sentido una sombría sensación de triunfo. Así que Javier, finalmente, había capotado y se dio el gran morrazo. En apenas un año. ¿Qué le parecería ahora la buhardilla que, según le habían dicho, estaba decorada con tanto gusto? Y, por primera vez en muchos meses, puso un compacto de Sting, repentinamente de buen humor.

Maite deja el vaso sobre la repisa de la chimenea, bajo el mapa antiguo, unificador de las siete provincias, y se acerca otra vez a la ventana del salón. En la calle se ha formado un grupo de personas. Jóvenes en su mayoría. Muchos llevan tejanos, zapatillas de correr y pasamontañas, y giran acompasadamente. Los contempla, contrariada, apedrear un autobús semivacío, que se aleja con algunos cristales rotos. Sus ocupantes no miran la pedrea, ni hacen gesto alguno, absortos en algún punto de la parte delantera, junto al conductor. El grupo de manifestantes se hace más numeroso. Algunos de ellos cruzan un coche en la calzada, otros echan abajo los cristales de una librería, la emprenden a pa-

los con un coche de matrícula francesa, lanzan objetos contra la cristalera de la cafetería que hay enfrente y queman dos banderas entre gritos.

—Tenía que armarse hoy. No dejan pasar ni un viernes. En cuanto se les pone el cuerpo con ganas de jota, al bulevar a pegar pedradas. ¡Que lo hagan en su barrio, joder!

Ella siente que la aprensión le invade. Hoy no, ruega silenciosamente. Hoy no, caray. Que, para liarla, esperen que ella llegue a su cita. Molesta, corre los visillos, que permiten ver sin ser vista. Los gritos parecen amortiguarse y los muebles del salón le envían señales tranquilizadoras. Los plafones del techo, al encender la luz, centellean amistosamente.

No, cuando se produjo, la llamada de Javier no la sorprendió. Al principio, lo dejó asarse a fuego lento, gozando de su confusión y de su recobrada ansiedad por verla. Suave como un guante, atento, preocupado. Un poco celoso, también. A buenas horas y, como siempre, sin motivo. Ya hubiera debido darle alguno, ya, pensó, y ponerle unos buenos cuernos. A lo mejor aún lo hago, por empatar.

—¿Y de qué tenemos que hablar? Yo recibo el dinero puntualmente y los chicos están bien. No veo tema de conversación.

—Mujer...

—¿Vendrá también ella, o estaremos a solas?

—Maite, por favor.

—¿Es que os habéis disgustado?

—Sí —él tenía la voz oscura, como cubierta por un velo de tensión—. Ya no estamos juntos. La he dejado.

—Será algo pasajero, chico. La convivencia no es fácil —rió—. Pero qué te voy a contar. Qué tonta soy. Tu ya eres experto en eso.

—¿Nos vemos entonces? Puedo pasar a recogerte por casa.

—¿Una cita?

—Una cita. Como antes, Maite.

—No. Hoy no puedo. Tengo cosas que hacer.

—¿Es que...?

La voz de Javier se atirantaba. Maite permaneció en silencio.

—¿Es que has quedado con alguien?

—Sencillamente, hoy no puede ser —la venganza, la venganza—. Y no creo que estés en posición de preguntarme nada.

—¿Y mañana? Es viernes. Podemos ir a cenar, salir, hablar.

—¿Y qué hago con los críos? —ella se repliega un poco, dejándose ir.

—Mi madre puede recogerlos. No me pongas más pegas, anda. Quiero verte.

Habían quedado, desde luego. Con un año ya es bastante, se dijo ella. Pero esta vez será diferente. No vivirá tan cómodo, ni dispondrá de todo en cuanto quiera. He aprendido lo elemental: egoísta tú, egoísta yo. Y tendrá que ceder él, para variar. Es hora de poner condiciones.

—Está bien. Si voy, será a las ocho, en *Aizkolari*.

—Puedo pasar a buscarte. Por casa —añade él, nervioso—. ¿Qué dices?

—No, nos veremos allí. Y, por una vez, sé puntual. Te advierto que no esperaré; si cuando llegue no estás, me voy.

Maite se ríe otra vez. Puedo pasar a buscarte por casa... ¡Qué transparencia! Un poco de arrepentimiento, una promesa, unas precipitadas conformidades, y a la cama. Todo arreglado, al modo masculino.

—En *Aizkolari* —se repite en voz alta—. En *Aizkolari*. Y yo sí voy a llegar tarde. Javierito, monín. Para que te jodas un poco y te preguntes si voy a aparecer o se te van a ajar entre las manos esas rosas que comprarás.

En el paseo, los muchachos se apiñan en un extremo, en torno a la fuente. Al otro han llegado dos furgones de la policía. Maite los observa tras la frágil barrera de los visillos. Bajan de los coches, con escudos de plástico y cascos, siete u ocho guerreras rojas, esquivan unas piedras que vuelan hacia ellos, forman en dos filas irregulares. Los chicos siguen arrojándoles adoquines de los que han arrancado. A lo lejos, como en una película mal rodada, arde parcialmente un autocar. Los escasos viandantes pasan presurosos, arrimados a las paredes de los edificios, con un aire furtivo y casi culpable. La lluvia se ha hecho más débil, típicamente otoñal. Un amago de carga, más gritos, insultos, cánticos sincopados. Los guardias vuelven a su posición inicial. Algunos se apoyan en los costados de las furgonetas. Un oficial habla por el walkie.

—Estos niñatos me van a dar la tarde —dice Maite.

Son las ocho y cuarto. Una cosa es llegar tarde, y otra, no ir, piensa. Javier nunca ha sido paciente y estará nervioso, preocupado. Pensará si hay otro sólo por gusto de atormentarse para estar más en situación. Siempre ha sido fantasioso, un poco infantil para las relaciones, con un concepto cinematográfico de las escenas. Quizá hubiera sido mejor que pasara a recogerme, musita. ¡Qué tontería! —rectifica—, en un momento llego a la esquina, y esos animales que hagan las judiadas que quieran. Por lo menos han llegado los guardias. Algo les frenarán, digo yo.

Abajo, la refriega se recrudece. Aunque apenas caen ya unas gotas, Maite se pone la gabardina y toma el paraguas y el bolso de Gucci conjuntado con los zapatos, se echa una última ojeada y aprueba con un asentimiento autoafirmativo. Después de cenar, piensa, sí que vendremos aquí. Sonríe. Ése se va a enterar de que yo también puedo ser un zorrón si quiero. Y hoy quiero. La invade una sensación cálida. Es que es un año durmiendo sola.

Cierra con llave la puerta del piso, toma el ascensor con caja de madera antigua, desciende, sale de él, cruza el vestíbulo de mármol, pasa ante las jardineras verdeantes, deja a un lado las paredes del espejo y progresa con un taconeo airoso. Tras el mostrador de la entrada, el conserje lee un periódico. Al verla, se quita las gafas y la contempla con aire protector y un poco intencionado al rozarle las piernas con la mirada.

—Buenas tardes, doña Maite. Si va a salir, lleve cuidado —le dice—. Hoy los chavales están como están.

—Hola Ander, sí. Pasándose de la raya.

—Ya se sabe. Los viernes por la noche hay manifestación.

—Pero es que es una batalla campal. A veces es que dan ganas de...

—¿No sería mejor que esperara un poco? —corta el portero, dejando a un lado el ejemplar de *Euskadi Información*—. Hoy los chicos están cabreados de verdad. protestan por la detención de Sorotxe en Hendaya. Ha sido un palo muy gordo. Yo, que usted, esperaba.

—No puedo. Son y media pasadas. He quedado, y voy a llegar tarde.

—Menos mal que no lleva usted a sus niños —dice Ander, mirando a la calle—. Con ellos, ni pensar en cruzar. Si sale, corra hacia la esquina. En cuanto la doble, no hay problema. —Esboza un gesto generoso—. Hay que comprender a los chavales. Hacen lo que creen mejor para el país.

Ella ve acercarse al calvo sesentón de larga nariz y ojos hundidos a la puerta enrejada de la entrada. Su silueta rechoncha se recorta contra la escena callejera. La refriega parece haber amainado un poco, siguiendo un ritmo secreto. Pero aún arde el autocar y las papeleras parecen pebeteros de un rito bárbaro. Los antidisturbios se han congregado al otro extremo del paseo y parecen aguardar a que pase el temporal, con los rostros ocul-

tos por las viseras protectoras y unos pasamontañas negros. Los manifestantes están arrancando más adoquines.

Ahora, se dice ella, ahora que están más calmados. Abre la puerta con un pálido temor.

—Me voy. Se me hace tarde.

—Lleve cuidado.

Maite se decide y sale a la acera en el momento en que una rociada de objetos amenazantes parte del grupo de muchachos, vagamente en dirección a los policías. Siente un golpe amortiguado en la espalda y, acto seguido, un dolor fulgurante. Alcanza a escuchar la exclamación sobresaltada del portero en el instante en que un cóctel molotov la convierte en una pira que corre y manotea sin sentido. Entre una niebla ardiente y estremecedora, desquiciada, comprende que los alaridos los profiere ella y se desploma en el suelo, acurrucándose en una temblorosa posición fetal.

Tras el estupor inicial, los adolescentes se dispersan mientras algunos guardias corren hacia ella con mantas y extintores en las manos.

Al doblar la esquina, apenas a doscientos metros del bulvar, brillan las letras luminosas de *Aizkolari*. Sobre la ciudad permanecen las nubes, pero ha dejado de llover.

15^a EDICIÓN — 1999



LA ESCALERA DE JACOB

de **Pedro J. de la Peña**
(ACCÉSIT) • DE VALENCIA



CARMONA subió a *La escalera* mitad por aburrimiento y mitad por curiosidad. Había llegado desde Barranquilla en el avión y, perdido su enlace por el retraso al aterrizar, la escala debía prolongarse hasta la mañana siguiente, en que pudiese embarcar para Bogotá.

En Barranquilla los negocios habían salido razonablemente bien. Las esmeraldas compradas eran de muy buena calidad. Había escondido las más pequeñas reblandeciendo y volviendo a endurecer una pastilla de jabón. Las cuatro grandes, magníficas de pureza, tamaño y brillo, prefirió guardarlas en el compartimento de las pilas de su cámara fotográfica recubiertas por una película. Los costes apenas habían llegado a los cuatro millones. Estaba seguro, en cambio, de que tras un hábil trabajo en su taller de joyería, el collar, la pulsera y los pendientes que pensaba realizar con ellas, su precio no bajaría de los catorce.

Puso la cámara fotográfica en la caja fuerte del hotel. Combinación de seis cifras alternas de su pasaporte y su carnet de identidad. Con la pastilla de jabón, para que adquiriese una mayor apariencia de normalidad, se había lavado las manos hasta dejarlas resplandecientes. Todos los dólares sobrantes los llevaba consigo —«no hay que dejar dinero en los hoteles»— y, después de haberse tomado un tinto en una cafetería, se dispuso a conocer Medellín en donde en otras ocasiones le tocó también hacer escala, pero sin llegar a visitar nunca la ciudad.

No estaba especialmente interesado en los museos ni en las iglesias. Por haber viajado otras veces a Colombia sabía que era peligroso caminar por las calles, pero años atrás había decidido vivir sin miedo de nada. Si uno se acobarda es como si no viviera: encerrado a cal y canto con su sombra. Ya lo quisieron matar en una ocasión, con motivo del atraco a su taller, y se portó como un valiente, golpeando con el maletín al

navajero hasta que lo puso en fuga. Otras varias veces había recibido amenazas. La última, cuatro días antes de salir de viaje. Era una carta anónima, escrita para «enviarle la muerte» en nombre de un predicador amazónico si no aportaba determinadas cantidades en un lugar apartado sobre cuya localización recibiría instrucciones por teléfono.

Arrojó a la basura la carta, típica de una cadena de locos, pensando que era obra de un perista despechado al que debía algún dinero por una operación de joyas anterior que suponía —y con razón— que eran robadas. Sus preocupaciones eran otras. Aún se creía invulnerable, pero su relación con la hija de su hermano mayor, eso sí que lo estaba matando.

Mientras caminaba por la orilla del parque Berrio iba pensando que aquello debía terminarse de inmediato. Él tenía treinta y ocho años y ella apenas diecinueve. Empezó con toda naturalidad, jugando en la piscina. No estaba nadie en casa y subieron la escalera enlazados por la cintura, más veloces que el viento. Nunca se le había hecho tan corta una escalera. Luego, tras un par de semanas, ella empezó a pedirle dinero. Lo necesitaba, decía, sin decir para qué. Tampoco fue necesario cuando él comprobó, en las venas posteriores de las rodillas, los pinchazos. Por eso llevaba siempre faldas largas o pantalones vaqueros. Al cabo del tiempo, le dijo que nada le daría, que se quitase de ese muermo. Ella lo amenazó con contárselo todo a la familia y aunque él se echó a reír, el viaje le había sentado como un bálsamo para hacerle olvidar toda la tensión acumulada en los últimos días en Málaga.

Casi llegando a La Catedral, junto al Parque Bolívar, se dispuso a cenar. Vió el restaurante *Fontanella* y el propio camarero, mientras le servía —«¿qué le provoca tomar?» fue su primera pregunta— le indicó que la manera más cómoda de ver la ciudad, sobre todo de noche, era montando en el viejo transporte

de *La escalera*, que hacía el recorrido turístico por la capital con música de vallenato y trago de aguardiente a pico libre.

Al salir, lo pensó. El camarero, agradecido por la propina, también le proporcionó la dirección de un club —«muchachas jóvenes y sanas; diga que va de mi parte»— que había en las afueras, en Envigado, hasta donde podía llegarse con un taxi, cerca de donde paraba *La escalera*. Tenía dinero de sobra, tras haber cerrado un buen negocio, y una noche de inútil paréntesis, donde podía optar por algún aburrido programa de televisión o por lanzar una cana al aire. Apenas lo pensó, se dijo ¿y por qué no?.

Antes de subir a *La escalera* compró una botellita de ron *Meddlin* en la bodega de Bolívar. Tomó un trago y era fuerte, pero pasaba bien por la garganta. El olor del ron, casi más que el sabor, era lo que le gustaba. Esa concentración de azúcar salvada por el fuego de las altas graduaciones que lo convertían en un aroma pastoso y envolvente.

En *La escalera*, a la que ascendió no sin esfuerzo, debido a lo empinado de su escabel, la bebida que se ponía a la disposición de los consumidores era, en cambio, el aguardiente. Varias botellas circulaban entre la clientela. Todo el mundo, el conductor y el guía incluidos, parecía muy alegre. Volvió a beber y la Catedral Metropolitana, que tenía enfrente, le pareció casi hermosa, con sus dos torres retejadas de ladrillo coronando una fachada simplísima. Al fondo, el vallenato cantaba con su guitarra y sus guitarrones unas canciones que le sonaron licenciosas debido a los muchos sobrentendidos y guiños que dedicaban al auditorio. Una, que hablaba de las relaciones sexuales entre unos cuñados, le llegó a parecer incluso desagradable.

Durante el recorrido no prestó la menor atención a las estatuas, monumentos, plazas y fuentes por las que pasaron. El Señor de la Misericordia o La Candelaria eran para él lo mismo. Se

sentía incapaz de distinguir el Palacio Nacional de la Estación de Ferrocarriles de Antioquía. Sólo la Plaza de Toros por su nombre, *La Macarena*, le llamó la atención. ¡Cuántos andaluces como él no habrían recorrido mundo buscando donde escapar de hambres, persecuciones o conflictos familiares!. Se fijó, sin embargo, y mucho, en las gentes que lo acompañaban por aquel improvisado recorrido. Casi todos eran colombianos, aunque supuso que no antioqueños. Se sabían las canciones del vallenato de memoria y las coreaban con estruendo. Sólo el chino de la coleta y una mujer algo oscura, que parecía brasileña, estaban perdidos como él entre aquella jarana de chillidos y correbotellas. Pronto tuvo que rectificar. El chino se puso en pie y resultó que era una china a la que una amplia blusa de colores disimulaba las formas. La brasileña se alzó para bailarse un garabato mientras cantaba en español y le hizo entender que también hay mulatas colombianas.

Como detective, lo suyo hubiera sido el hambre negra. Le llamó la atención que la mujer llevara sobre la uña del dedo meñique de su mano derecha una funda de oro sujeta por una cadenita también de oro a una pulsera. Por deformación profesional, como gemólogo, lo primero que veía en una mujer eran sus joyas. Quizá no le hubiera extrañado si se tratase de un collar o unos pendientes, pero aquella uña chapada en oro puro era una pieza rara que sólo había visto en colecciones de fantasía y nunca en una mano humana.

Al llegar a Envigado se detuvo en el quiosco y vió unos sombreritos de paja semejantes a los que llevaba el trío del vallenato. Compró uno y se lo puso en la cabeza para gozar con mayor armonía del ambiente. La fiesta era total y bajo el balcón del ayuntamiento, con su flamante bandera colombiana, los soporales se abrían por toda la plaza, al aire libre, invitando a beber, comer, disfrutar de la música y bailar a todo el que quisiera di-

vertirse. Se sentó en un lugar a ver el ritmo del palenque. Pidió ron porque, a pesar de mezclar, necesitaba algo más aromático que el dichoso aguardiente.

—¿Puro o en las rocas?— le preguntó el mesero.

—Puro —precisó. Le resfriaban la garganta las bebidas heladas y odiaba las malas traducciones del inglés.

En la plaza reinaba una alegría fabulosa. Bailaban, le dijeron, la danza del cabildo. Habían elegido un nuevo alcalde que era liberal hasta con su mujer —«A ella la llaman el tintero, porque todo el que llega, moja», le dijeron—, dado que aquélla era una población libre y alegre. Un congo seguía un ritmo diabólico y en torno a él la multitud clamaba con las bocas abiertas, el brillo en los rostros, batiendo las costillas, las caderas, los hombros, las rodillas, sin que los pies se separasen de la tierra. Tenía mucha pimienta aquella gente. La música les encendía por fuera. El alcohol también les calentaba por dentro. Más que bailar, reverberaban como las llamas de una hoguera. Las mujeres, sobre todo, lenguas de fuego. Y sintió, de pronto, la rapacidad de una lujuria soterrada que clamaba, hasta el vómito, por poseer alguno de aquellos cuerpos cimbreantes.

Entonces la volvió a ver. Ella también cruzó la mirada, pero se hizo la desentendida. Bailaba sola, como en *La escalera*. Los brazos en alto, los senos erguidos, las nalgas pomposas con esa carnalidad un poco excesiva del mulaterío. Pensó en abordarla, pero cómo. Él era mal bailarín y no se atrevería a saltar al palenque para hacer el ridículo. Con el ritmo que ella se movía, los labios sudorosos, el pelo humedecido y palpitante, no tardaría en sentarse a descansar a menos que prefiriera deshidratarse. Entonces sería su oportunidad. Eso creyó y se dispuso a esperar, cuando ella, directamente, abriéndose paso entre la multitud, se dirigió hacia él y con gesto gracioso, avanzando la uña de oro sobre su cabeza, le arrebató el sombrero:

—Me despeiné, miamor. ¿No me lo presta?

Se recogió el cabello bajo el jipijapa dejando por vez primera su precioso rostro limpio de interferencias y, sin esperar su contestación, volvió a introducirse entre la multitud para seguir danzando. Él la vio ir y le dio un vuelco al hígado al tomarse, de un trago, el vaso de ron puro. Definitivamente, debía actuar. Pero ella no se detuvo apenas en el baile sino que, cruzando la plaza hacia un lateral, en la misma dirección donde sus ojos podían seguirla, embocó por la calle con paso decidido.

Tenía una disculpa para seguirla: «Se lleva mi sombrero», pensó. Y se puso en marcha con la mentira en los labios de reclamárselo apenas la alcanzara.

La persecución no fue tan fácil como se creyó. Ella caminaba muy aprisa, pese a llevar altos tacones. Él tuvo que acelerar como si fuese un perro faldero asido de una larga correa. ¿Por qué corría, si era claro que lo estaba incitando?. Al cruzar la segunda cuadra las luces disminuyeron significativamente. Ya no había comercios ni farolas y la noche era oscura. Sin apenas haberlo meditado, empezó a sentir miedo. ¿No lo estaría ella conduciendo a una trampa?, ¿no lo llevaría a algún descampado donde lo esperasen algunos sicarios para atracarlo y robarlo? Esta reflexión le hizo detenerse de golpe. No caminaría más. Volvería a la plaza, hacia las luces encendidas, en busca de otros peces en el mar de sargazos de aquel baile.

Tal y como él se detuvo, también ella se detuvo. Intentó él revolverse sobre sus pasos, pero ella lo llamó:

—¡Pero no, miamor —le dijo—, si estamos muy cerca! Es acá en el *Green Emerald* donde voy a devolverte el sombrerito.

Se acercaba hasta él, ahora muy suavemente. Lo tomó de la mano, apenas se encontraron. Lo llamó lindo. ¡Qué lindo eres!, susurró. Y, al verlo todavía dudoso, añadió:

—Mi vida, no tengas miedo. El *Green Emerald* es un motelito de lo más chévere.

No supo cómo defenderse y, mientras ella lo tiraba de la mano, notó que algo en él se dividía en dos y una parte de su cuerpo la seguía mientras otra le dió la sensación de quedarse anclada allí mismo, sujeta por unos clavos más fuertes todavía que los del instinto.

En la cuadra siguiente, un letrero gastado proclamaba la existencia del *Green Emerald* arriba, en el ático de un edificio de apariencia ruinosa. Aquello se concertaba mal con la uña de oro y peor aún con la espléndida apariencia, en cara y cuerpo, de su acompañante. Pero ella, sin dejarle reflexionar más, abrió con un llavín la puerta y encendió la luz mortecina del portal donde una insegura barandilla se alzaba por una larga escalera alfombrada de un veludillo granate muy repelado y sucio.

De pronto imaginó que aquella escalera ascendía al infierno. El infierno no era el lugar de abajo, sino el de arriba. Subir aquellos tramos de muros despintados, ya previsibles desde el herrumbroso pomo de la baranda, equivalía a encontrarse con la muerte y la condenación. Una cadena innumerable de seres infernales, chulos y prostitutas, negociantes de baja estofa, atorrantes y mendigos, policías corruptos y confidentes deshauciados, a lo largo de los años habría ido desgastando la alfombrilla, dejando sobre ella las huellas de sus pasos, la ceniza de sus cigarrillos, las manchas pastosas de sus licores, hasta que los escalones de madera, recios y fuertes al principio, se tambaleasen con el peso de sus cuerpos y el crujido de las pisadas desenmascara las tuertas juntas y los ensamblamientos, a punto todo de derrumbarse por el más leve peso de un humano mortal.

O quizá ni siquiera eran mortales los cuerpos que por allí ascendían, sino espíritus sin peso, como no tiene peso la sombra, como no tiene peso la maldad —pensó.

Cadáveres en búsqueda de sus cuerpos detenidos, del mismo modo que se había detenido el suyo en la calle anterior. Y si subía por ella tal vez sólo ascendieran su lujuria, su vanidad, su deshonor y su deshonra vitalicias.

Una escalera torcida, puesto que posiblemente estaba ya muerto y era la muerte quien lo acompañaba a la hora del juicio, hasta el trono del infierno, donde lo vomitarían con violencia a un estruendo de sangre coronada de buitres.

Por esos escalones, inerme, se dejó llevar de la mulata que le sonreía de manera engañosa. Empezó a ascender por ella por aquella miseria de lugar, todavía llevado de su mano. Estaba cada vez más seguro de haber caído en un agujero sin salida. Pero ella, con la prisa, no había cerrado la puerta con llave. Estaban sólo en el primer rellano. Si seguía ascendiendo, si cruzaba más allá del segundo piso, a mitad de la escalera, lo mismo daría ya continuar hasta el final fuese cual fuese su destino.

Allí, sin testigos, podrían no sólo robarle, sino despedazarlo sin dejar la menor huella. Hizo un esfuerzo por preguntarse ¿qué le ataba a la vida?. Apenas nada. Pero hizo memoria y le salió al encuentro el rostro de su sobrina. Era viciosa y débil, pero era hermosa también y llevaba su sangre. No debía separarse de ella tan bruscamente como había pensado, sino ayudarla y comprenderla y estimular en ella aquellas cualidades que podrían enderezar su vida.

Fue eso lo que le dio fuerza para oponerse a la lenta ascensión hacia el patíbulo. Tenía aún una misión que cumplir. Recordó qué ligeros le parecieron sus pasos cuando su sobrina y él ascendían la impecable escalera de su casa enlazados de la cintura. Esa misma vitalidad, esa misma energía, podía utilizarla ahora para defenderse de la trampa donde pensaban atraparlo como un pardillo. Se soltó de la mano de la mulata y, mientras ella se revolvía sorprendida, la empujó con toda su fuerza hacia arri-

ba mientras él saltaba escalones abajo con la mayor agilidad posible.

Oyó arriba, para confirmación de su idea, gritos de hombres y mujeres. La mulata lo insultaba, pero no lo seguía. Pensó de pronto que el rostro de la muerte, que él siempre había imaginado como una horrible calavera, podía ser bellissimo. Podía tener, como la mulata, los labios gruesos, orondos, centrando en una carnosidad unas mejillas relucientes. Y las cejas densas, pobladas, en un arco puntiagudo. Y, sobre todo, rizadas las pestañas sobre unos ojos grandes, expresivos y verdes, como las esmeraldas sin jardín, como el agua más limpia de un embalse montañoso. La muerte, quizá, tenía mala fama. Pero si imaginaba la hermosura de sus facciones como el espejo mismo de aquella mujer burlada, a la que había vencido en su mezquina treta, no tendría ninguna nueva razón para asustarse.

Cuando regresó al hotel, aunque apenas durmió, Carmona estaba muy tranquilo. No había recuperado su sombrero, pero no había perdido la vida tras él. Alguien lo esperaba al llegar y tenía consigo su magnífica colección de nuevas esmeraldas. Tampoco necesitaba venderlas. Quizá un primer paso, en el camino del nuevo plan que se había trazado para con su sobrina, consistiera en regalarle el collar que tallaría con todas las piezas, grandes y pequeñas, en forma de cabuchones ovalados, como el inicio de una vida distinta.

Sus sentimientos, por más que contradictorios, no eran malos. Lejos de la ruptura y del fracaso de dos vidas, ¿por qué no intentar rehacer ambas en un mismo camino? Nada, ni siquiera la consanguinidad, le impedía casarse con ella si se lo proponía.

Mientras subía al avión, ya de regreso a casa por Bogotá, fue repensando el viaje en *La escalera* y el chino de la trenza, que al fin resultó ser una mujer. Y del trío del vallenato, con sus mam-bos de colorines y sus sombreros de paja, que ensordecía la voz risueña del conductor y del guía, intentando explicar inútilmen-

te las bellezas de la capital antioqueña. Pero se acordó, sobre todo, de la mulata que le había intentado engañar conduciéndolo a un alto abismo, a una sima sin fondo que se escalaba cansinamente para luego desmoronarse por ella al precipicio.

La vida era siempre como una escalera que se subía y se bajaba por distintos tramos. Algunos eran fáciles de acceder, pero otros muy empinados. La cómoda sensación del descenso era engañosa. Subir, aunque más costoso, no siempre era ni mejor ni peor que descender. Había ángeles en el arroyo como había también demonios en las alturas. Podían gozarse los paraísos del infierno con no menos fruición que los infiernos celestiales. Generaciones y generaciones de ángeles hermosos no conseguirían borrar la imagen de Luzbel, que también fue uno de ellos y el menos perverso de los adoradores, pues tenía la grandiosa honradez de adorarse a sí mismo. Ángel del mal, al fin, que caído en los suelos se ganaba la vida a su manera, como una puta mulata. La contrapuso a su sobrina, tan distinta en presencia y, quizá, en esencia. Los ángeles eran, según los escrituristas, rubios y sus largas melenas y sus lípidas pieles permitían admirar en ellos una transparencia indecorosa, como de cristal. Durmió después un largo tiempo y, en el sueño intranquilo del avión, le pareció confundir los rostros de la mulata y su sobrina. La palidez de arroz y los ojos azules y la fina nariz y los labios delgados se superponían de pronto con otros labios gordezuelos, con otra nariz sensual, con otros ojos esmeraldas sobre una tez de café ligeramente aguado. Solo, tras despertarse y desayunar, le pareció que discernía, claramente, el rostro de la muerte y el de la nueva vida.

Descendió la escalerita del avión contento y sonriente. Durante la parada en Madrid había llamado a su sobrina por teléfono para que viniera a recogerlo en el coche.

Al fin había vuelto a casa, más rico en bienes y en experiencias de lo que salió. El viaje, aun con sus pequeños inciden-

tes, podía darse por muy satisfactorio si sacaba de él las conclusiones necesarias para iniciar una etapa plena de sentido junto a Beatriz y olvidarse para siempre de sus ramplonas aventuras.

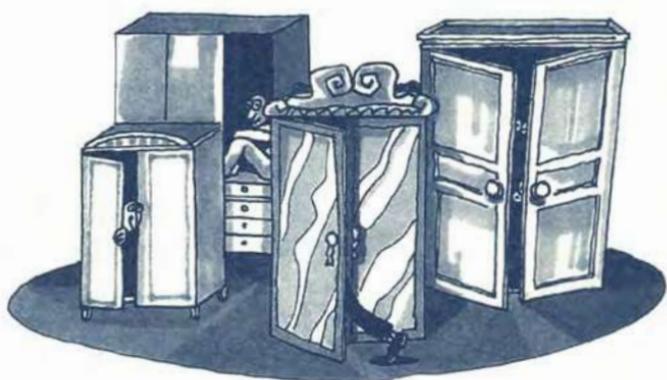
Tras recoger las maleta, que los perros ya habrían olido —«la suerte es que las esmeraldas no huelen»—, cruzó la aduana del «Nada que Declarar» sin la menor dificultad bajo la luz verde en donde dos verdes guardiasciviles le cedieron el verde pase con un amable gesto verde.

La escalera mecánica le hizo descender hasta la planta inferior del aeropuerto. Se acordó de su sueño y las paradójicas posiciones del cielo y el infierno. ¿Quién era cada cuál y dónde estaba cada cosa?. Seguramente nunca lo sabría, como tampoco nunca sabría si el placer de transgredir era más grande que el placer de agradar o el espanto de hacer daño más espantoso que el de sufrir el daño ajeno. Bastaba darle la vuelta a la tierra, poner el ártico en el antártico, si no se pusieran ellos por sí mismos cabezabajo, para que todas sus concepciones se revolvieran como aquellas constantes escaleras con las que en todos lados se encontraba y que era un enigma saber a dónde le conducían.

Resolvió no preocuparse más de aquellos temas, fruto sin duda de su soledad de aquellos días. Ahora, afortunadamente, volvería a estar acompañado. Se dirigió con pie firme a la salida hasta que allí, tras los cristales, percibió algo confuso. Un rostro pálido, rebozado en harina, un rostro deforme y sin vida parecía saludarlo desde el otro lado de la puerta corrediza. Le dio un vuelco el corazón y sintió como un pinchazo exacto en una vena por la que se desangraba toda su fuerza sin remedio. Salió corriendo, escalones abajo, para intentar detener el conjuro de aquella carta amenazante que había arrojado a la papelera con desprecio...

Pero no le bastaba para no percibir en el de Beatriz el rostro exacto de la muerte.

16ª EDICIÓN — 2000



LA VIDA EN LOS ARMARIOS

de **Félix Jesús Palma Macías**
(GANADOR) • DE SANLÚCAR DE BARRAMEDA (CÁDIZ)



CONOCÍ a Moncada en el armario de Silvia Cotrina. Era la primera vez que me encontraba con alguien dentro de un armario y, francamente, el verlo allí encogido, con el rostro medio cubierto por los faldones de una gabardina y tratando de no quemar nada con el cigarrillo, no hacía presagiar el comienzo de ninguna gran amistad. Pero así ocurrió. Una vez superé la tensión inicial y asimilé lo extraordinario del encuentro, Moncada y yo entablamos una conversación que, si bien al principio resultó algo tópica, como ésas que se mantienen con los barberos o los taxistas, no tardó en interesarnos. Dado que él ya se encontraba allí cuando yo llegué, Moncada asumió el papel de anfitrión de un armario que a ninguno de los dos pertenecía. Con una carta de amor que encontró en una caja en forma de corazón que no le dejaba estirar los pies, fabricó un cenicero y luego me ofreció tabaco. Descargando la ceniza sobre aquellos ripios de enamorado, hablamos de fútbol, de música, de los hijos, de las cosas de fuera, con la extraña sensación de que no sólo estábamos matando la espera, sino que de alguna forma nos estábamos reconociendo como afines. Fueron los primeros balbuceos fraternales de dos almas que se aproximan la una a la otra con pudorosa lentitud, disimulando el entusiasmo, puede que la desesperación, como si no quisiéramos revelar al contrario una vida desprovista de amistades tan profundas como la que parecía querer romper entre nosotros.

Lo cierto es que la oscuridad de los armarios se tolera mejor en compañía. Y Moncada se me antojó la compañía perfecta: era buen conversador y se replegaba en su rincón con pericia de armadillo, obsequiando a su acompañante con un generoso espacio para moverse. Cuando observé

que traía un termo de café y una tartera con emparedados comprendí que no estaba compartiendo armario con cualquiera. Moncada era un hombre experimentado en estas lides, una especie de sobreviviente de la espera. Como aquel armario no disponía de luz interior, le fui completando el rostro a golpes de mechero. Entre cigarrillo y cigarrillo, la llama del encendedor limpiaba de sombras un semblante anguloso, casi equino, donde relucían dos ojos negros y profundos en cuyo fondo parecía palpitar un fulgor aquietado, como una bala en la recámara. Era aquel brillo vagamente turbador el que evitaba que su rostro pudiera plasmarse en los cuadros de las iglesias, a los que un cabello rizado como el algodón de azúcar y unos labios infantiles parecían predestinarlo. En un momento de la velada, Moncada me pidió disculpas, extrajo un teléfono móvil de su chaqueta y se giró en lo posible, rebañando cierta intimidación en aquel universo ya de por sí bastante íntimo. Le oí hablar con su mujer, con quien cruzó un par de palabras que no logré entender antes de abandonarse a una letanía de arrumacos y embelecos tan infantiles que me hicieron creer que su cónyuge sufría algún tipo de discapacidad síquica, antes de comprender que la mujer debía haberle pasado el auricular a su hijo. Cuando agotó su repertorio de carantoñas, Moncada, en un tono dulce pero teatralmente autoritario, ordenó a su vástago que se fuera a la cama, que papá llegaría muy tarde esa noche. Luego, de nuevo ante su esposa, abominó del trabajo y se deshizo en excusas y futuras compensaciones, en una cantinela en la que lo único novedoso debió ser el emotivo verso con el que la remató, leído sobre la marcha del cenicero. No había duda de que Moncada era un tipo acostumbrado a aquella vida de armarios y que, incluso, parecía haberle encontrado cierta gracia a los

espacios angostos, a la oscuridad y a las largas esperas, quizá porque cargaba con un pasado de trincheras en alguna guerra remota que le había originado un trauma, o tal vez porque, con un sentido del humor de lo más negro, consideraba aquellas estancias como ensayos para la estrechez definitiva del ataúd. Eran pasadas la medianoche y la conversación se encontraba en lo más álgido cuando, con unos golpecitos en la puerta, Silvia Cotrina nos avisó de que ya podíamos salir. Ambos nos descalzamos y, con los zapatos colgándonos de los dedos como ratas muertas, abandonamos el armario sin la certeza de volver a vernos.

Tras ese primer encuentro, sin embargo, ya nada fue igual. Durante aquellas horas de charla, con los cigarrillos revoloteando como luciérnagas sobre el sentimental cenicero, Moncada me había confesado que, aparte del armario de Silvia Cotrina, él solía frecuentar otros. Y no le importó compartir conmigo sus descubrimientos. Me cantó las excelencias del armario de Elsa Puche, que me recomendó por lo acertado de su tamaño, unas dimensiones cálidas y confortables que parecían diseñadas expresamente para el disfrute de los hombres que se adentraban en su interior; me advirtió sobre el de Verónica Alonso, un vestidor enorme en el que uno se sentía desamparado, como precipitado al vacío, pugnando inútilmente por alcanzar su fondo o sus paredes. Entre calada y calada, me habló del de Carolina Pozo, tan oscuro y profundo como su apellido; del de Fátima Rivera, que olía a lavanda y flores secas; del de Leticia Burgos, henchido por la humedad. Me habló también del de Sonia María de la Cruz, que se movía insinuante al compás de tus movimientos debido a la cojera de una de sus patas; del de Pilar Collado, que no podía contener un gemido de dolor cada vez que alguien se internaba en él a cau-

sa de sus bisagras mal engrasadas; del de Yolanda Noriega, siempre tórrido y supuroso debido a la caldera que palpita al otro lado de la pared; del de Cristina Eugenia Ovejero, un armario virginal que, debido a una mudanza eternamente pospuesta, todavía atesoraba ese olor tan incitante de lo que aún está por estrenar; del de Virginia Ballesteros, que, a pesar de su edad, se antojaba tan imberbe como el de una niña, empapelado de un rosa pubescente y en cuyo fondo se apretaban los peluches que desterraba de su cama cuando recibía visita. Aquel inventario de armarios me abrumó y, al día siguiente, descubrí que no deseaba regresar a mi armario de siempre. Me apetecía cambiar de aires, explorar nuevos lugares, ampliar mis horizontes. Seguir, en definitiva, los consejos de Moncada. Así supe que cada armario es también un mundo, que no hay dos iguales. Primero me apliqué a seguir los pasos de Moncada, como un perito que quisiera comprobar sus informes sobre el terreno. Pero enseguida me entregué a experimentar por mi cuenta, redondeando así la lista de mi maestro, componiendo afanosamente un censo de armarios de lo más respetable y variado. Descubrí así que existían armarios grandes y pequeños, húmedos y secos; armarios tan fríos que nunca acababan de calentarse, tan estrechos que parecían escupirte al menor movimiento, no quererte dentro, y tan holgados que se antojaban como dados de sí, desencajados por el uso, por un tránsito de almas sobrecogedor. Los encontré aquejados de infecciones, como la polilla o la carcoma; de aterciopeladas paredes por las que era un placer pasar los dedos y de contornos ásperos, que evidenciaban un acabado que dejaba mucho que desear. Los había que olían a romero, a espliego, a cerrado. Los había en los que debías acomodarte siguiendo las instrucciones de su dueña, ar-

marios en los que cualquier postura espontánea estaba prohibida. Los había tan hermosos que uno penetraba con veneración, como cumpliendo un recóndito sueño de adolescencia; los había opulentos, acolchados de seda y perfumados de costosas fragancias, en los que uno se sentía mendigo, y los había también suburbiales, armarios del arroyo que te acogían sin aspavientos, abriéndose con una vergüenza conmovedora, con la vaga ilusión de que te quedarías para siempre.

En aquellas correrías también conocí gente. Novatos en su mayoría, tipos que llegaban con la respiración agitada, la ropa entre las manos y una sombra de terror en el rostro, domingueros de los armarios que, durante el tiempo de espera, se abismaban en un silencio tenso y evitaban mirarte a los ojos, como si la culpa les confundiera la cabeza impidiéndoles reparar en que todos estábamos en el mismo barco. En cierta ocasión, tuve que hacer frente al acceso de pánico de un jovencito que, con las prisas, había olvidado un calcetín delator. Agradecí los dos años malgastados en la facultad de Psicología, pero, sobre todo, aquellos combates de boxeo que amenizaron mis madrugadas. También hubo agradables reencuentros, como cuando me tropecé con Luisito Sanjuán, un viejo compañero de colegio ya propenso a esconderse en el armario de las tizas. A veces, como ocurría en el armario de Remedios Garzo, coincidíamos varios en su interior. Una noche llegamos a ser siete, apelotonados como hámsters entre sus abrigos. Todo el mundo conocía las virtudes del armario de Remedios Garzo pero, al parecer, nadie advertía de su extrema torpeza para llevar la agenda, incompetencia que se traducía en aquel tráfico engorroso. Pero esas masificaciones eran, incluso, divertidas. Lo peor eran los encuentros desagradables,

cuando coincidías con algún pariente o con un amigo al que debías dinero.

Mi encuentro más incómodo se produjo, sin embargo, en el armario de Elvira Pulido, una secretaria de la oficina, en cuyo interior coincidí con mi jefe. Fue de lo más embarazoso. Nos quedamos en silencio, cada uno ligeramente recostado contra la pared, con la mirada clavada en el suelo, como dos desconocidos que comparten ascensor. Me costaba reconocer a mi jefe en aquel sujeto tripón de camiseta de tirantes y calzoncillos y a él debía ocurrirle lo mismo, ya que no tardó en encender uno de sus *Montecristo*, como si con aquel símbolo de poder entre sus dedos quisiera recuperar parte de su autoridad perdida. Fumó despacio, sin quitarme la vista de encima, como mirándome desde su esquina del cuadrilátero. Finalmente, tras algunas caladas, se decidió a romper el incómodo silencio, llamándome por primera vez por mi nombre. Emitió un par de juicios corteses sobre el interior del armario, hizo alguna broma, que yo me apresuré a reírle, y, como si con eso ya nos considerásemos viejos camaradas, trató de explicarme qué hacía allí, en aquel armario que ya tenía dueño y cuyos materiales, estaba claro, lo desmerecían. Me confesó que no hacía aquello demasiado a menudo, pero que en las alturas existía un tipo de soledad de la que yo, afortunadamente, nunca sería víctima, una soledad que a veces le espoleaba a descender algunos peldaños para curiosear entre nosotros y que aquello, era innecesario mencionarlo, no significaba que estuviese descontento con su armario. Luego me invitó a olvidar tan divertido incidente y, propinándome un par de palmaditas en el hombro, me confesó que siempre le había parecido una persona trabajadora y responsable, por lo que llevaba meses barruntando la posibilidad de ascenderme.

El armario de Rosa Alvarado, la mujer de mi jefe, era profundo y nacarado y parecía perfumado con mimo. En él fue donde me encontré por segunda vez con Moncada, cuya presencia allí venía a corroborar aquello que me había dicho mi jefe sobre la irreductible soledad que arrasaba las cumbres sociales. También advertía de la existencia de un universo invisible de relaciones, de un mundo subterráneo donde las personas que habitaban la superficie se barajaban de otra manera, entablaban vínculos sorprendentes, retorciéndose para tejer unos lazos tan inverosímiles que ni siquiera podían imaginarse. No sabía qué tipo de retortijones habría sufrido la vida como para encontrarme con Moncada en el armario de mi jefe, pero fue verle y comprender cuánto le había echado de menos, cuánto añoraba su modo de llevarse el cigarrillo a los labios, aquellos gestos de seductor mecanizado, de tenorio que no puede sustraerse a la inercia de unos actos que ya no le dicen nada. Pero, sobre todo, su actitud en los armarios: la naturalidad con que se apropiaba de una esquina y desplegaba sus cosas, como si su estancia allí no fuese un contratiempo, algo fortuito, y fuesen los periodos que pasaba fuera de ellos los verdaderamente eventuales. Para Moncada, la vida fuera de los armarios tenía la misma importancia que se le concede a un sueño o a una representación teatral. Era dentro de los armarios donde uno dejaba al fin de ser un títere, un juguete de las circunstancias, y podía entregarse libremente a la tarea de ser él mismo. Allí, uno podía pensar sin interrupciones, diseccionarse el alma con minuciosidad de eremita. Animado por sus revelaciones, yo también me acomodé en una esquina y traté de contemplar mi vida desde fuera, como si me espicara a mí mismo a través de una mirilla. Repasé mi jornada de ese día y mi existencia se me antojó

un muestrario de actos absurdos donde el único lógico parecía ser el recogimiento en aquel armario.

Moncada también sostenía que era en aquella fase del asunto, enclaustrados ya en el armario, cuando uno conocía de verdad a las mujeres. Bastaba el sencillo acto de abrir un cajón para poder estudiar su ropa interior con objetividad, sin el estorbo del deseo. Bastaba con destapar una caja oculta entre jerseys para que nos saltara a los ojos la arenisca de un secreto horripilante, quizá un sobre ajado donde dormitaba un documento que cambiaría de manos una herencia o que aniquilaría unos lazos sanguíneos con el fantasma nunca sospechado de una adopción. Bastaba, en definitiva, con curiosear un poco para encontrar un doble fondo en esa intimidad que supuestamente nos entregaban. Según Moncada, los maridos deberían echar regulares vistazos al interior de sus armarios, así descubrirían los misterios que encerraban. Y estaba claro que no se refería a nosotros, que poco misteriosos debíamos resultar allí encogidos, con cara de sueño y dolor de espalda.

Los armarios se semejaban hornos donde nuestra amistad crecía como un soufflé. Y, una vez más, tras abandonar nuestro refugio, sentí una especie de impotencia al constatar cómo aquella amistad no podía continuarse fuera. Parecía algo creado en un laboratorio que moría al entrar en contacto con el exterior. Sin abrigos que te cubrieran el rostro, sin la calidez entrañable de la penumbra, sin aquella proximidad impuesta que no daba lugar a suspicacias, todo resultaba más formal y aséptico. Citarnos, por ejemplo, en un bar o un parque, sin ninguna excusa, sin más motivo que el de querer estrechar lazos, resultaba una propuesta forzada, una petición que dejaba entrever una necesidad del otro que acabaría robándole toda la espontaneidad al en-

cuentro. Además, fuera de los armarios, uno poseía una vida, una existencia probablemente mediocre y desagradable que nunca satisfaría nuestras fantasías y, sobre todo, poseía altura, una altura que en el caso de Moncada podía calificarse de envidiable. Cuando, al darle mi teléfono, él tuvo que inclinarse como una jirafa que persigue algo del suelo y yo tuve que estirarme como un perrito que busca algo en los dedos de su amo, ambos comprendimos que nunca habría una llamada que nos citara en ninguna parte, que aquello sólo podía continuar con dignidad en la altitud amiga de los armarios.

Así las cosas, tardamos casi tres meses en volver a vernos al coincidir en un armario tan atestado de cachivaches que más parecía una almoneda. El reencuentro nos produjo un gran regocijo que ambos nos apresuramos a disimular: al contrario que entre las mujeres, existe una ley no oficial que reza que la amistad entre hombres no debe exceder nunca en gestos de cariño, pues corre el riesgo de parecerse demasiado a la de esos otros hombres que incluso exageran sus afectos. De manera que nos despachamos con un viril apretón de manos que nos dejó algo insatisfechos pero que salvaguardaba nuestra hombría.

En aquel plancton de objetos, encontramos un tablero de ajedrez con sus respectivas piezas y decidimos echar una partida. Le cedí las blancas y, mientras las colocábamos, me interesé por dónde había estado todo este tiempo, en el que no se le había visto el pelo por los armarios. Moncada sonrió, soñador, y abrió con un gambito de rey. Enseguida comprendí que no tenía ni idea de ajedrez, movía las piezas convulsamente hacia delante, como si las desparramara, sin preocuparse por defender a los altos cargos de su impulsivo ejército. Tras comerle un peón y ensayar un jaque

para privarle del enroque, opuse a su insinuante silencio una mirada expectante. Era la primera vez que tenía que tirarle de la lengua. Obligándome a sacrificar el peón ganado si quería desplegar mis negras, algo intimidadas por la avalancha blanca, me confesó al fin que había encontrado el armario de su vida, al cual se había dedicado en cuerpo y alma en los últimos meses. Alcé una ceja, sorprendido por el carácter de su confesión. Un armario tan delicioso, tan confortable, que absorbía todo su tiempo, añadió, preso de un trance de enamorado en el que se le despistó un caballo. Insensible a su éxtasis adolescente, lo devoré sin piedad al tiempo que le preguntaba con calculada indiferencia por la dueña de aquel armario tan extraordinario. Es el armario de Aurora Rivas, confesó mientras me daba jaque mate colocando su alfil a la entrada del pasadizo que me había hecho abrir en mis filas sin yo darme cuenta y que conducía inevitablemente hasta mi rey. Apreté la pieza vencida en mi puño, luchando por asimilar su inesperada jugada, aquella estocada repentina, aquella cuchillada mortal y doble. El armario de Aurora Rivas era el único armario en el que yo nunca podría entrar. Un armario ropero de dos lunas, modelo *Imperial* en madera de cerezo, en cuyo interior, magníficamente distribuido, había incluso uno de esos chismes electrónicos que hacían circular las corbatas. Un armario que habíamos adquirido con mi primer sueldo, nada más verlo retratado majestuosamente en el catálogo. Un armario espacioso y cálido que se diría que ya compramos pensando en Moncada. Un armario que yo miraba un minuto antes de dormirme, sin sospechar nunca que, como todos, también encerraba sus misterios.

Tras su confesión, Moncada, reclinado hacia atrás, me miraba sin comprender con el único ojo que podía, el de-

recho. En el otro tenía clavado un rey negro que le dificultaba la visión. Todo había sucedido muy rápido para los dos. Esperé a que la trabajosa respiración se le extinguiera definitivamente sin saber qué decir. Pensé que tal vez le gustase entender mi súbito gesto, aquel movimiento fuera del tablero, pero no conseguí reunir a tiempo palabras que explicasen los motivos por los que moría. Cuando expiró, como un escapatista con un maniquí, le entrelacé las manos en el regazo, haciéndole componer una postura tan relajada como las que él mismo solía adoptar, y abandoné el armario sin ser visto.

Durante semanas traté de explicarme las causas de mi arrebato, pero no saqué nada en claro. Pensaba en Moncada, lo imaginaba recostado allí dentro, roído tranquilamente por la muerte, y no sentía el menor remordimiento. Parecía como si mi acto, por haber sido perpetrado dentro de un armario, no tuviese por qué acarrear consecuencias. Era como si aquello no contara, como si lo hubiese asesinado en un sueño. Las leyes de los hombres no parecían contemplar el ámbito de los armarios, que se revelaban territorios sin jurisprudencia, lugares para el desahogo, algo así como urinarios de madera donde evacuar los desechos del alma para volver ya aliviados a nuestro puesto en sociedad. Tampoco la omnisciente mirada divina parecía poder penetrar en ellos, como si aquellas creaciones del hombre también fuesen, bajo la coartada de ordenar la ropa, disimulados reductos donde poder huir de su sofocante escrutinio. Lo único que sentía era cierta vergüenza de que otros se toparan con mi macabra obra. Era un arrebato difícil de entender y extremadamente fácil de condenar. ¿Acaso no jugábamos todos en el mismo bando?. ¿Acaso no frecuentaba yo otros armarios?. Mi único consuelo era que el

tablero de ajedrez dispuesto entre las piernas de Moncada ofrecía una explicación menos vergonzosa. Pero era un pobre consuelo. Yo sabía la verdad y resultaba, de todas formas, igual de doloroso. Cada noche, después de hacer el amor, Aurorita contemplaba nuestro armario con nostalgia, quizá preguntándose que habría sido de aquel mirlo blanco que había anidado en él los últimos meses. Yo ni siquiera lo miraba y mucho menos hacía amago alguno de abrirlo, como si aquel gesto fuera contra las reglas del juego. Finalmente, tras varias noches de tormento, me acepté como individuo. Llegué a la conclusión de que yo carecía del espíritu necesario para la vida en los armarios. No era digno de ella. Debía abandonar lo único que me hacía soportar mi existencia.

Afortunadamente, existía otra alternativa.

Bajo la cama de Julia Cuevas no se estaba mal del todo. El suelo era de cálida madera de haya y el somier se encontraba lo bastante alto como para que, al moverse, apenas descendiera sobre mi nariz. Allí conocí a Herrera. Era la primera vez que me encontraba con alguien debajo de una cama y, francamente, el verlo allí tumbado cual largo era, limpiándose la cara de pelusas y evitando hacer demasiado ruido al utilizar el orinal, no hacía presagiar el comienzo de ninguna gran amistad.

16ª EDICIÓN — 2000



EL MUDO SIN NOMBRE

de **Vicente Marco Aguilar**
(ACCÉSIT) • DE ALBORAYA (VALENCIA)

«Nadie predica mejor que la hormiga, y no habla».

BENJAMÍN FRANKLIN

CUENTA papá que el mudo sin nombre llegó a nuestra casa en noviembre de 1936. Lo trajo un alguacil que iba buscando hospedaje a los damnificados de guerra. —Si pueden mantener a alguno de éstos durante unos días...—le pidió a mi abuelo.

No le dio tiempo a responder ni a elegir pues, apenas hubo abierto la puerta, el mudo sin nombre se coló allí, sin permiso, y se sentó con las manos entre las piernas en la primera silla del amplio pasillo.

Tenía piojos e iba muy desastrado, con la barba sin afeitarse. Olía a viejo, aunque de edad no sería mayor que tus abuelos, que entonces rondaban la treintena.

La abuela Carmen se quedó mirándolo de arriba a abajo. Y él le hizo un gesto con la mano: todos los dedos unidos en la punta hacia detrás y hacia delante, al lado de la boca, mientras se llevaba la otra mano al estómago.

—Tiene hambre —dijo el abuelo Pascual—. Dale algo de comer.

Pero la abuela Carmen, fiel a sus principios, no puso en aquellas manos sucias ningún alimento.

—Primero que se lave —y se frotó los pechos y el cuello con la palma de la mano abierta.

El mudo sin nombre negó con la cabeza. Repitió que deseaba comer. Pero la abuela Carmen preparó la palan-gana llena de agua y espliego en el corral.

Después del baño, parecía otro: tan alto, tan guapo, tan fuerte.

Se comió dos trozos de pan, seis piezas de embutido, dos cortadas de jamón, un buen pedazo de queso y dos melocotones.

Dio las gracias diciendo que sí, la cabeza arriba, la cabeza abajo, y, en cuanto descubrió la escoba apoyada en la pared del corral, se puso a barrer.

Estuvo treinta y seis días seguidos barriendo.

Hasta que regresó el alguacil dispuesto a llevárselo.

Ese día, nadie pudo encontrarlo. Se había escondido arriba, en la cilla, entre los montones de mazorcas.

—Déjelo, total, dónde va a ir, el pobre mudo —dijo mi abuelo—. Mejor estará aquí que en cualquier otra parte.

—Seguro —asintió el alguacil, viejo conocido de la familia.

Mi abuelo le había dado unos pantalones viejos, una camisa raída y unos zapatos que le venían pequeños y no le dejaban andar bien. Por eso, sus pasos eran cortos y parecían torpes. Pero, en el momento en que le dejaron las alpargatas de labrador y lo llevaron al campo, demostró que era muy apañado.

Tenía muchas ganas de trabajar. Muchas ganas de mostrar su valía.

Al abuelo Pascual, por qué negarlo, le vino bien que le echara una mano. Y a la abuela Carmen, que al principio era reacia a que hiciera tarea distinta a barrer, la ayuda del fámulo la hizo sentirse señora.

Por aquellos tiempos, papá tenía diez años justos, una bicicleta, y los abuelos habían comenzado a llevarlo al colegio.

Le daba tanto miedo el mudo sin nombre que no había noche en que éste no le persiguiera en sus pesadillas.

No se convenció de que era bueno hasta el día en que el mudo sin nombre se puso a pelear en el campo con un perro que se había abalanzado sobre papá. El chucho le metió dos dentelladas en el brazo, al lado del tatuaje donde llevaba grabadas sus iniciales: F.A. —si es que eran sus iniciales—, pero, a pesar del mordisco, consiguió ahuyentarlo.

Mi abuelo detuvo la hemorragia con un vendaje casero pero, por la noche, el mudo sin nombre comenzó a tener escalofríos y a sudar; la abuela Carmen lo alivió con paños fríos que no fueron remedio suficiente pues, por la mañana, ardía tanto su frente que lo debieron llevar al hospital.

Cuando salió de allí, estaba más flaco todavía y se le habían formado en las cuencas de los ojos dos huecos morados que le daban aspecto de calavera.

Pero papá ya no le tenía miedo: se acercó a él y lo besó en la mejilla hirsuta.

Fue la primera vez que alguien de nuestra familia le dio un beso.

Él, como estaba débil, se echó a llorar.

No fue aquélla la única vez que papá vio las lágrimas del mudo sin nombre y pensó que el pobre estaba débil siempre, pues lloraba a menudo.

Por eso le daba comida a hurtadillas.

El abuelo Pascual, en una de sus escasas lecciones, le había enseñado que las mujeres lloran, pero los hombres, no. Y el llanto del mudo sin nombre, que era alto, guapo, fuerte y un edecán excelente, sólo podía ser provocado por un debilidad extrema.

○ por una gran tristeza.

○ porque estaba tan agradecido a nuestra familia que cualquier muestra de cariño le emocionaba.

Pero papá era demasiado pequeño para comprender el por qué de aquellas lágrimas, de modo que, durante muchos años, siguió llevándole jamón a la cilla y, un día, mientras aquél devoraba con ansiedad, a papá se le ocurrió la magnífica idea de pintar con el carboncillo en la pared: pintó una casa, un árbol, un niño y al resto de la familia: una mujer y dos hombres. Les puso boina y señaló al más alto.

—Éste eres tú, mudo —dijo.

Él se señaló en el pecho y, riendo, asintió a su manera.

Después papá escribió su nombre con las letras mayúsculas que le habían enseñado en el colegio: PASCUAL.

—Yo me llamo Pascual —dijo muy despacio, vocalizando.

Y el mudo, enfrente, flaco, asintió con las cuencas de los ojos arriba y abajo.

Papá extendió el brazo con el carboncillo.

—Ahora tú. ¿Sabes escribir cómo te llamas?

El mudo sin nombre se metió, todo de una, un trozo de jamón en la boca, cogió el carboncillo y se acercó a la pared.

Con la lengua sacada y los ojos bizcos trazó varias rayas.

Pintó un tricornio.

—¿Qué es?

Se llevó las manos a la cabeza.

—¿Un gorro?

Repitió el gesto.

—¿Y qué más sabes?. ¿Sabes escribir tu nombre?. Mira, yo soy Pascual —dijo papá señalando las mayúsculas del colegio que había escrito en la pared—. Yo —repitió de nuevo—. ¿Y tú?.

El mudo sin nombre tardó diez minutos en escribir:
342

Lo puso así, en número, y después se señaló.

Papá se sentó en el suelo de la cilla, pensativo, con ganas de preguntarle más cosas, pero no sabía cómo ni qué.

Al mudo sin nombre le había gustado lo del carboncillo, de modo que continuó arrimado a la pared mientras papá descansaba.

Sólo cuando hubo terminado su obra pictórica se apartó para que papá la viera.

Era un preso.

Subieron muchos días más a la cillas a pintar.

Pero el mudo sin nombre sólo sabía dibujar tres cosas: el tricornio, el preso y el 342. Por mucho que se empeñó papá en que pintara algo diferente, las paredes de la cilla se llenaron con esas tres imágenes.

El abuelo Pascual, que era muy despistado, no reparó en los dibujos hasta ocho meses después.

—¿Qué hace la cilla llena de presos? —preguntó con ese humor serio que lo caracterizaba.

—Los ha pintado el mudo —respondió papá.

Al abuelo, la contestación de mi padre le entró por un oído y le salió por el otro; pero la abuela Carmen, que era curiosa como todas las mujeres del pueblo, subió a la cilla y miró detenidamente las paredes.

Tampoco ella entendía de letras ni números. Sólo vio muchos presos y muchos tricornios.

—Ése ha estado en la cárcel —le dijo un día al abuelo durante la comida.

—En guerra.

—En guerra, no. Antes.

—¿Y qué?

Ya no dijo nada más la abuela Carmen, pues temía que una respuesta pudiera despertar el genio siempre dormido del abuelo, que, precisamente por estar siempre dormido, las pocas veces que despertaba, lo hacía con gran fiereza.

Mucho lloró —porque estaba débil— el mudo sin nombre la muerte de la abuela Carmen. Sucedió dos años después del incidente de los dibujos. Se marchó por culpa de una embolia que la dejó unos días atontada. Él veló al pie de su cama durante seis días y seis noches, sin apartar ni un instante de sus ojos débiles el pañuelo que sirvió para enjugar sus lágrimas.

A partir de entonces, el abuelo Pascual y papá comieron rancho. El mudo sin nombre cocinaba sólo para tres, pero los sabores eran los propios de un cuartel.

Él fue el encargado de preparar la cena familiar de aquel fin de año del cincuenta y dos. Papá tenía entonces veinte años.

Sólo supo cocinar aquel día. Como si le hubiese llegado una inspiración culinaria que ya nunca más tuvo. Recuerdo a todos los comensales: tíos y primos chupándose los dedos y pidiendo un poco más de pavo. Cómo había aprendido a trufar un pavo, es algo que nunca supe; pero fueron tales las delicias que sirvió aquella noche en la mesa, que el abuelo Pascual, agradecido a los dieciséis años de fiel servicio, le invitó a sentarse a la mesa familiar en los postres.

Él rehusó con la mano, zarandeando la cabeza, nervioso, mientras todos reían de su vergüenza.

—Venga, mudo. Hoy te sientas con toda la familia —dijo papá.

El abuelo Pascual, tras las reiteradas negativas del mudo sin nombre, lo agarró del brazo y lo sentó en la

mesa. Él desplazó la silla hasta la esquina, acurrucó su cuerpo gigante y se quedó menudo como un enano, en un rinconcito, alejado de todos.

Entonces papá le pidió que pintara tricornios. Llevó un papel en blanco y un bolígrafo y los puso en sus manos.

Se pasó toda la noche dibujando.

Ocho años después, llegó mamá a usurparle el puesto en la cocina y él se dedicó a acompañar al abuelo a los campos o al casino y a las labores de limpieza de la enorme casa.

Un día de aquéllos, papá le enseñó un mapa de España. Señaló hacia el Levante.

—Nosotros estamos aquí. ¿Ves?. Nuestro pueblo, este pueblo donde vives, se encuentra en esta parte del mapa. ¿De dónde eres tú? —lo preguntó vocalizando, como hacía siempre que hablaba con él. Y, como vio que no respondía, comenzó a señalar regiones y a nombrarlas en voz alta, exagerando el movimiento de los labios.

Al mudo sin nombre le hizo mucha gracia la escenificación de papá y, una vez hubo recorrido todo el mapa, comenzó a aplaudir.

Se podría suponer que era incapaz de leer los labios; pero lo cierto es que cuando papá le preguntó despacio si quería volver a su casa, él comenzó a gesticular, señaló el suelo y las paredes, se puso en cuclillas y palmeó en tierra y después se pegó en el pecho con tal fuerza que papá pensó que se iba a romper alguna costilla.

Mi madre cuenta que se asustó mucho.

Nunca lo habían visto enfurecido, con los ojos crispados por la rabia, y aquella estatura descomunal imponía a cualquiera.

Papá supo tranquilizarlo.

—Ésta es tu casa, claro. Sólo quería saber si deseabas hacer alguna visita a tu tierra —le dijo.

Cuando yo llegué al mundo, tanto el abuelo como él eran viejos ya. Al menos yo los recuerdo viejos. El mudo andaba inclinado hacia delante, con la boina calada en la cabeza, dejando al descubierto dos orejas elefantinas.

Recuerdo también que se me quedaba mirando durante horas con una sonrisa tierna pegada a los labios.

Como si fuera su nieto.

Y que un día se metió un ratón en la casa. Mamá puso el grito en el cielo y una escoba en sus manos.

—Mátalo, mudo —gritaba.

Era un ratoncito gris, inofensivo, arrinconado entre una esquina y el macetero.

—Venga, mátalo, mudo —insistió mamá.

Pero el mudo zarandeó bruscamente la cabeza y devolvió la escoba a mamá.

—Te he dicho que lo mates. ¡Date prisa, antes de que se escape! —y puso de nuevo la escoba en sus manos.

Él echó la escoba al suelo y se fue corriendo a su cuarto.

Allí se encerró durante horas.

Estaba muy débil.

Tendría yo cinco años cuando papá le regaló unos zapatos negros con cordones. Eran nuevos, recién comprados en la zapatería.

Estuvo más de tres horas mirándolos antes de calzárselos. Una vez puestos, recorrió el ancho pasillo con pasos cortos y lentos, como si estuviese aprendiendo a caminar, apoyando primero el talón, luego la planta, sin apartar la vista del suelo.

E inmediatamente, después de la prueba, se los quitó.

Lo veíamos a menudo limpiarlos —aquéllos fueron los zapatos más brillantes de España— con un trapo ennegrecido y betún, incluso la suela relucía; pero no se los volvimos a ver puestos hasta el día en que, a mis ocho años, tomé la primera comunión.

Se vistió de gala para el acontecimiento: con una chaqueta que el abuelo había retirado veinte años antes y que él guardaba recelosamente en el armario, los pantalones de ir a la iglesia los domingos y una camisa nueva que debió comprar en algún mercadillo con las limosnas que le daba mi padre para el café que nunca tomaba.

Los pantalones y la chaqueta le quedaban muy pequeños porque el abuelo, que ya era grande, medía veinte centímetros menos que él; pero los vestía con tanto empaque y tanto orgullo que nadie reparó en que iba a medias de prestado.

En la comida —creo que era la primera vez que iba a un restaurante—, no quiso sentarse al lado de nosotros. Papá se lo dijo mil veces, otras tantas el abuelo, incluso estaba previsto de este modo en el reparto de mesas, pero él se negó ostensiblemente: cabeza a la derecha, cabeza a la izquierda, gestos muy exagerados y sonidos guturales.

Se volvió a sentar en un rinconcito, en la mesa de los primos, y fue la atracción de todos ellos gracias a los juegos que sabía hacer con las servilletas.

Cuando llegamos a casa, el mudo sin nombre entró en su cuarto, escuché que abría armarios y cajones; cuando al fin salió, llevaba en las manos un paquete rojo envuelto en papel de estrellas. Extendió el brazo y me señaló.

Dentro había un reloj, con caja y todo, en el que estaba grabado mi nombre.

Papá le riñó por haber gastado sus escasos ahorros en hacerme un regalo; pero los gritos de papá fueron en balde, pues el mudo sin nombre no apartó de mí la vista ni un solo instante.

Me conminó a que me lo pusiera: rodeó su muñeca con los dedos gordo e índice y estuvo mirando alelado lo bien que me sentaba el reloj.

—¿Cómo le habrá dicho al relojero que grabara ahí Pascual? —preguntó papá mientras miraba el regalo.

La respuesta a la pregunta de papá estaba en las paredes de la cilla donde veinte años antes él le enseñó a pintar. El mudo sin nombre había añadido a su colección de dibujos las siete letras que conforman mi nombre.

Fue él quien me llevó allí, quien hizo hincapié en los dibujos cuyos trazos borrosos todavía se vislumbraban en la pared. Fue él quien me mostró cómo se escribía Pascual con letras mayúsculas de las que enseñaban en las escuelas de antes.

El abuelo Pascual se marchó primero. Unos meses sólo. Desde el cielo tiró de él con una cuerda invisible.

Como si el abuelo lo hubiese dejado por olvido en la tierra.

Ésa fue la impresión que me dio. Porque al mudo sin nombre comenzaron a torcésele los músculos de la cara hacia arriba. Se le fueron los ojos, la nariz y la boca. Como si lo hubiesen pescado con una caña.

Y después la cabeza, como si estuvieran tirándole de las orejas.

Hasta que se fue del todo.

Lo enterraron junto al abuelo, en el panteón familiar. Pero no añadieron nombre alguno en la lápida.

Ésa es la única y verdadera historia del mudo sin nombre.

La única y verdadera.

Lo que años más tarde contara Tello, el de los Serranos, sólo fue un intento de difamar su inexistente nombre.

Porque las personas buenas, tan buenas, no pueden pasar por la vida en silencio, sin provocar las iras de los malvados.

Y si alguna vez amenazó al padre de Tello, el de los Serranos, para que guardase callar porque aquél lo había escuchado hablar; si engañó a tres generaciones con un silencio fingido, sólo para quedarse, es un dato irrelevante a la hora de contar su historia.

En las páginas de este libro se agrupan una veintena de cuentos de todos los estilos y para todos los gustos, galardonados en las últimas diez ediciones del concurso «Ciudad de Elda». Los hay con una cierta voluntad vanguardista y los hay tradicionales. Hay historias urbanas y rurales, anécdotas elevadas a categorías y ambiciosos planteamientos que se quedan en anécdotas. Hay relatos que apelan al sentido del humor y otros definitivamente trágicos o retorcidos. Los hay que se alimentan del presente y los que nos descubren aspectos del pasado que creíamos equivocadamente enterrados.

Tanta variedad de registros y autores es suficiente garantía para sumergirse sin temor en unas páginas que invitan a disfrutar de la esencia del cuento apelando exclusivamente al placer de la lectura. Porque, mientras no se descubra lo contrario, un libro seguirá siendo el mejor vehículo para la literatura.



AYUNTAMIENTO DE ELDA